Colección
Clásicos del Pensamiento

fundada por Antonio Truyol y Serra

Director:
Eloy García

Han Fei Zi

El arte de la política
(Los hombres y la ley)

Estudio preliminar de
PEDRO SAN GINÉS AGUILAR

Traducción de
YAO NING y GABRIEL GARCÍA-NOBLEJAS

SEGUNDA EDICIÓN

tecnos

Diseño de cubierta:
JV, Diseño gráfico, S. L.

1.ª edición, 1998
2.ª edición, 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Estudio preliminar, PEDRO SAN GINÉS AGUILAR, 1998
© Traducción y notas, YAO NING
y GABRIEL GARCIA-NOBLEJAS SÁNCHEZ-CENDAL, 1998
© EDITORIAL TECNOS, S. A., 2010
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 - 28027 Madrid
ISBN: 978-84-309-5048-5
Depósito Legal: M. 12.711-2010

Printed in Spain. Impreso en España por Closas-Orcoyen, S. L.
Pol. Ind. Igarsa. Paracuellos de Jarama

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR ..... *Pág.* IX

I. Advertencia IX
II. Un mundo más cercano IX
III. Han Fei Zi XII
IV. La filosofía china XIV
V. El legismo XXI
VI. El poder XXIX
VII. El arte de la política XXX

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN XXXIV

BIBLIOGRAFÍA XXXIV

EL ARTE DE LA POLÍTICA
(LOS HOMBRES Y LA LEY)

Capítulo 1: EL PRIMER ENCUENTRO CON EL MONARCA DE QIN. 5
Capítulo 5: ASÍ DEBEN HACER LOS MONARCAS 9
Capítulo 6: EL SISTEMA LEGAL 15
Capítulo 7: LOS DOS PODERES 25
Capítulo 11: DESDE LA SOLEDAD Y LA IRA 31
Capítulo 13: UN HOMBRE LLAMADO HE 41
Capítulo 16: TRES PRINCIPIOS 45
Capítulo 17: LOS PELIGROS DE DENTRO DE PALACIO 49
Capítulo 18: DESDE EL TRONO 55

Capítulo 20: Interpretación de Lao Zi 61
Capítulo 23: Un bosque de historias (2.ª parte) 95
Capítulo 28: El predicamento de los monarcas 107
Capítulo 43: La implantación del sistema legal 111
Capítulo 48: Los ocho principios 117
Capítulo 49: Las cinco polillas 137
Capítulo 50: Las escuelas más famosas 161
Capítulo 54: Los hombres y la ley 175

ESTUDIO PRELIMINAR

por Pedro San Ginés Aguilar

I. ADVERTENCIA

Los datos y las fechas que ofrezco a continuación son relativos, muy sujetos a diferentes tratamientos según las fuentes documentales de las que provienen. La sinología, pues, se enfrenta a numerosos retos y polémicas en cuanto a las multitudes de interpretaciones que cada experto hace de la información que posee.

II. *UN MUNDO MÁS CERCANO*

Poco a poco, aquel Lejano Oriente se nos hace más familiar. De los primeros navegantes originarios de Europa a nuestros días numerosos acontecimientos y generaciones han pasado. Las distintas culturas del mundo, en nuestra economía globalizada, van encontrándose paulatinamente, de tal modo que de norte a sur y de este a oeste se va creando una nueva

cultura universal fundamentada en los *derechos humanos* (cumpliéndose el centenario en este año 1998).

Con el paso del tiempo nuestra rica y heterogénea cultura del mundo se va sintetizando y comprendiendo mejor, a pesar de los obstáculos fronterizos y los intereses particulares de cada nación. Frente a la comparación unilateral a partir de una cultura singular, se va desarrollando la comparación multilateral humanística y científica más proclive a un entendimiento intelectual consensuado.

El mundo chino y el mundo griego son dos universos filosóficos que han fomentado la reflexión del ser humano y su entorno. Si el mundo chino se fundamenta en conceptos básicamente agrarios, hacia dentro, el mundo griego se expresa en el vasto mar, hacia el exterior, es decir, en las relaciones mercantiles y nómadas del ser frente a las relaciones sedentarias y funcionarial de ese mismo ser. No obstante, a pesar de sus diferencias, ambas civilizaciones han planteado el problema del poder y de las relaciones que se derivan entre el pueblo, el gobernante y los mediadores (clase política, funcionarios...) entre éste y los gobernantes, entendiendo la noción de la palabra «pueblo» como un todo muy heterogéneo que se va transformando en el curso de la historia, dependiendo de las realidades dinámicas de las diferentes sociedades.

En España, todavía los estudios, documentos y publicaciones sobre el mundo chino son escasos y muy sujetos a la voluntad de aquellos aventureros del pensamiento. Desde los poderes educativos y políticos poco se ha hecho frente a una de las fuentes del conocimiento humano más importante y con más futuro. Frente a los principales países de Europa y a

Estados Unidos el retraso se va haciendo más profundo. La voluntad de los individuos no es suficiente si queremos hacernos con ideas, aunque muy antiguas, novedosas o muy próximas a nuestra civilización actual. La aportación cultural legada por la historia antigua y clásica China que continúa hasta el siglo XX es una fuente inagotable que nos permite reinterpretar los datos en función de los conocimientos y las realidades actuales.

No cabe duda, a menudo nos planteamos las culturas ajenas según un proceso de aproximación al conocimiento que podríamos definir en tres etapas de la forma siguiente:

— Primera etapa: Nos acercamos al objeto de conocimiento según nuestros propios criterios definidos en nuestras culturas.
— Segunda etapa: Adaptamos nuestros conocimientos según nuestros códigos.
— Tercera etapa: El conocimiento más profundo del otro nos permite modificar y ampliar nuestros códigos propios.

La primera etapa, en realidad, es la que corresponde a la ignorancia que tenemos del objeto, y, como se suele decir, *la ignorancia es muy atrevida*. De este atrevimiento nos aventuramos a exagerar, manipular, adaptar e interpretar lo que nos conviene, a veces con aciertos, pero a menudo con numerosas torpezas y falsedades. No obstante, el contacto se ha producido y la relación se hace verdadera. La incomprensión llama a la comprensión, que llegará más adelante.

En el transcurso de la segunda etapa la ignorancia desaparece y nos introducimos en el espacio de la codificación lingüística que adaptamos a la nuestra.

Los errores de interpretaciones múltiples son todavía importantes, pero ya poseemos un soporte definido, aunque todavía primitivo, que utilizaremos como referencia básica.

Por último, nuestros códigos propios se amplían o adaptan al conocimiento del otro, podemos interpretar libremente y acertadamente, dentro de las diferencias naturales que surgen en el momento mismo de interpretar los datos sobre los que nos vamos refiriendo de forma constante como en cualquier reflexión, tanto de las realidades propias como de las ajenas.

Si nos referimos al Lejano Oriente, todavía nos queda mucho por recorrer; sin embargo, ya tenemos bastantes códigos consolidados como para atrevernos a una aproximación más rigurosa y certera del mundo que queremos comprender y del que pretendemos aprender.

III. HAN FEI ZI

Como ocurre con los autores chinos, resulta difícil conocer sus biografías y averiguar la autenticidad de los escritos que los representan. Los intelectuales chinos y los discípulos de autores célebres, con el tiempo, moldeaban, añadían o reducían los textos en función de sus propias interpretaciones, por lo que recomponer y autentificar éstos es tarea de titanes, aunque los procesos de conocimiento textual son cada vez más exactos y fidedignos. Con Han Fei Zi nos encontramos ante el mismo dilema. Vivió, pues, más o menos de 280 a 234 a.n.e., siendo contemporáneo de Xun Zi (298-238 a.n.e.), un famoso filósofo confuciano influido, a su vez, por la escuela legista

(*fa-jia*), corriente a la que pertenece el sintetizador Han Fei.

Han Fei era oriundo y descendiente de los duques de Han. Era tartamudo, por lo que se dedicó a escribir, ya que sus dificultades expresivas le impedían una retórica verbal fluida. Fue alumno del confuciano Xun Zi y tuvo como condiscípulo a Li Si, quien fue ministro de Qin Shi Huangdi, fundador y constructor del primer imperio centralizado y unificado de China. También gustaba del estudio de los nombres y las formas, la ley y las estrategias políticas que fueron los fundamentos de su pensamiento filosófico.

Han Fei no obtuvo ningún cargo oficial y de confianza en el reino Han, del que era oriundo, por lo que tuvo que irse al reino de Qin, quien conquistara todos los reinos en el año 221 unificándolos en un solo imperio. Sin embargo, murió en un calabozo; se dice en el *shiji* —registros históricos—, del historiador Sima Qian (145-86 a.n.e.) que Li Si condiscípulo suyo fue el instigador de su desgracia. El hecho de que el reino de Qin quisiera atacar y hacerse con el reino Han —patria de Fei— fue, en todo caso, el origen de su encarcelamiento y desdicha fatal.

Con la presentación de este libro, los traductores Yao Ning y Gabriel García-Noblejas quieren ofrecer al público una pequeña antología de diecisiete capítulos pertenecientes a la obra —en cincuenta y cinco capítulos— de Han Fei Zi. Esta pequeña muestra da una cierta idea de lo que estaba en juego en la época de los reinos combatientes con la formalización de Estados militares y el desarrollo de la agricultura, la artesanía y el comercio. Igualmente, la aparición del concepto de ley, como referencia única de la convivencia social frente al uso de los ritos defendidos por los confucianos, unido al concepto de centralización

del poder político conformarán la ideología y filosofía de los Estados militares emergentes (siglo V-II a.n.e.) tras el período de los estados hegemónicos (VIII-V).

Es de agradecer la aportación de estos escritos legistas, ya que nuestra percepción de China está más sujeta a los conceptos tradicionales confucianos y taoístas difundidos a través de los religiosos occidentales, sobre todo los jesuitas.

IV. LA FILOSOFÍA CHINA

Partiendo del hecho según el cual la filosofía es el pensamiento del hombre, en tanto que individuo, y su medio, interpretando éste como la sociedad en la que el sujeto mismo vive, el entorno geográfico, espacial e histórico en el que está inmerso, podemos reflexionar objetiva y subjetivamente en torno a la relación singular que conforma cada sociedad a través de su cultura depositada en la memoria de las diversas civilizaciones. A menudo, cuando se habla del mundo chino (China, Japón, Corea y Vietnam) se hace hincapié en la poca individualidad del hombre y en la búsqueda permanente de la realidad frente a la ficción. Desde mis propias interpretaciones, quisiera decir que los mundos individual y colectivo están muy determinados en cuanto a sus funciones en el mundo chino. El universo colectivo está sujeto al poder y a las relaciones sociales que derivan de él y definidas en las realidades políticas, mientras que el universo individual se define a través de las sensaciones y sentimientos que representan la intimidad del hombre, siendo el mundo del arte el que más se ha beneficiado de este concepto.

Si en occidente el pensamiento filosófico emana fundamentalmente del mundo mediterráneo, siendo sus fuentes muy heterogéneas, su proceso histórico, en cambio, le da una homogeneidad muy peculiar. En cuanto al pensamiento antiguo chino, podemos considerar que se inicia en una misma fuente homogénea, para traducirse, posteriormente, en una heterogeneidad de puntos de vistas filosóficos. Con estas premisas, pretendo de forma breve y sencilla, en lo posible, subrayar las peculiaridades intrínsecas del pensamiento chino que permitan comprender, en cierta medida, los capítulos traducidos de Han Fei Zi presentados en este libro.

El pensamiento original chino es, desde mi punto de vista, tridimensional, fundamentándose en los principios del *yin-yang-dao,* correspondiéndose a los principios femenino y masculino y sus relaciones mutuas a través del *dao*, que significa vía, camino, es decir, la unión entre los elementos contradictorios, lo que fue interpretado nuevamente durante la época de Primavera-Otoño (700-479), en la que se produjo la aparición de numerosas escuelas, o *Cien escuelas* según la denominación tradicional china. Estas tres fuerzas provienen de un principio cosmogónico en el que el hombre es el mediador entre el cielo y la tierra. Por otra parte, es de resaltar que los antiguos sabios chinos consideraban que, además de estas tres fuerzas, era necesario añadir que la naturaleza estaba, además, sujeta a la ley cíclica de las *cinco esencias*, determinadas por los cuatro *orientes* (norte-sur, este-oeste) y el centro, que regula el espacio mediante trinomías, puesto que tanto norte-sur como este-oeste se definen por la referencia de la posición que mantiene y sitúa al individuo, convirtiéndose éste en punto centrípeto. Desde esta percepción básica, cual-

quier signo, clase u objeto estará definido según el principio que fundamenta las *cinco esencias*: el mundo de las sensaciones, sentimientos, diversas realidades (objetos, animales, plantas, notas musicales, etc.) y ficciones. Del origen del pensamiento chino se pueden definir tres corrientes fundamentales que han ido asentándose en la consciencia colectiva china a través de los siglos e, incluso, milenios:

1. Colectiva: el confucianismo (Kong Zi, Men Zi, Xun Zi, etc.); el moísmo (Mo Zi); y el legismo (Shang Yang, Shen Dao, Shen Buhai, Han Fei Zi, etcétera).
2. Individual: el daoísmo (Yang Zhu, Lao Zi, Zhuang Zi, Lie Zi, etc.); más tarde podríamos añadir el budismo, sobre todo el chanismo o filósofía Zen.
3. Neutra o prolongación del pensamiento original: la escuela de los nombres o sofistas (Hui Shi, Gong Sun Long, etc.); la escuela del *yin-yang* y la antigua cosmogonía china, etc.

Defino como pensamiento colectivo lo que tiene que ver con el arte de la política, frente al pensamiento individual más tendente a la unidad del cuerpo y la mente con el entorno natural. En cuanto al pensamiento neutro lo defino como aquello que no se corresponde directamente a las ideas sociales o colectivas y la de tipo individual, o correspondiéndose ambos. Muy poco se ha investigado en este campo, por la escasez de datos, quizás, o por la poca atracción, en principio, frente a las ideas que más han fructificado en el desarrollo de la sociedad china. Por otra parte, este tercer objeto se ve reflejado, constantemente, en los escritos de los pensadores chinos, tanto los de tipo colectivo como individual.

Otra característica de la filosofía china responde a su tendencia sintética o ecléctica en función de lo que es verdadero o falso, frente a una visión binómica occidental más unilateral en función de la lucha entre el bien y el mal. El pensamiento chino, en consecuencia, será de tipo fatalista, como síntesis del binomio optimismo-pesimismo, mientras que, en el mundo occidental, la lucha entre optimistas y pesimistas será permanente. Quizás este carácter fatalista sea una de las características de nuestra sociedad civil actual, por lo que los poderes actuales son de tipo sintético y eclécticos, ya que los distintos poderes son políticos o civiles y no religiosos o unilateralmente dependientes de una única ideología. Si nos referimos a la antigüedad china, podemos decir que los poderes políticos son siempre de tipo civil. Por las extrañezas de los desarrollos históricos o los designios de las realidades sociales que dependieron de los contactos occidentales, China quizás tenga, hoy día y por primera vez en su historia, un poder político no civil, sino ideológico, con un partido único en el poder. Cierto es que, desde el fin de la revolución cultural china (1996-1976), China se ha abierto al mundo, haciendo que la sociedad civil vaya tomando más protagonismo. La recuperación del papel de la Conferencia Consultiva del Pueblo Chino y el concepto de *una China, dos sistemas* permite, a este inmenso país, volver a sus tradiciones culturales y políticas tradicionales, por supuesto dentro de las relaciones internacionales y los intercambios culturales y filosóficos.

El pensamiento chino, al ser trinómico, es de carácter unitario, mientras que la dialéctica occidental está más unida al concepto de binomio, es decir, de lucha de contrarios; ésta dará lugar, a su vez, a los

conceptos definidos en los principios que corresponden a la teoría de los saltos cualitativos que recrean una nueva realidad binómica. En China, además, el desorden se caracteriza por la pérdida del *dao*, es decir, cuando la resolución de las contradicciones no se realiza adecuadamente. El problema filosófico estriba, pues, en el concepto del *dao* que resulta de las contradicciones y alternancias de los contrarios *yin-yang*.

En el pensamiento colectivo, el confucianismo corresponde a un concepto tradicional y conservador de las relaciones políticas, económicas e ideológicas perpetuado en la idea de los ritos que representan las normas de convivencia a través de los usos y costumbres legados por los antepasados. El pueblo debe obediencia al príncipe y sus ministros y nobles; a cambio, éstos deben benevolencia al pueblo, siempre dentro de los ritos, usos y a costumbres de las relaciones sociales heredadas del pasado. Es, pues, la resolución del mantenimiento del poder de unos cuantos y se mantiene a través de las tradiciones que se asientan y asimilan en el individuo con la educación. Por lo que la transmisión de las herencias culturales se fundamenta en el poder educativo. El *dao* sería, pues, el equilibrio y resolución de las contradicciones sociales mediante la moral que se enseña en las relaciones tradicionales a través de los ritos y la obediencia al monarca por parte del pueblo y la benevolencia que recibirá éste a cambio. Posteriormente a Confucio, y dependiendo de épocas y condiciones y realidades sociales muy distintas, Mencio desarrollará su misma idea partiendo del hecho de que el hombre es, ante todo, bueno; en cuanto a Xun Zi, el hombre es, en principio, malo, por lo que la educación, a través de la cultura, fomenta aptitudes buenas.

Igualmente, pertenecen a este pensamiento colectivo el moísmo y el legismo. El primero, basado en el concepto de Mo Zi, se fundamenta en el principio del amor universal y del temor a los dioses y espíritus. Es un concepto más bien de tipo socialista o comunista, incluso religioso, definido en las relaciones que deben existir entre los hombres. Los bienes creados por la colectividad deben ser redistribuidos en bien de la sociedad, oponiéndose frontalmente los lujos y fastos de los ritos propugnados por los confucianistas. En su época tuvo muchos adeptos, que vivían de forma austera y sencilla. Dicen que eran solidarios y creíbles, ya que siempre llevaban a cabo lo que pregonaban. Su concepto militar era exclusivamente de autodefensa, siempre en contra de cualquier tipo de guerra, de conquista o de lucha de poder. Él mismo posteriormente se definió según las aportaciones lógicas y retóricas de Mo Zi. Una de las más innovadoras, originales y singulares definidas en la lógica de Mo Zi podría ser la triple formalización de un discurso: 1) la *investigación* (*kao*) o la búsqueda en el legado ofrecido por la historia a través de sus documentos; 2) el *fundamento* (*yuan*) o el análisis de lo que es común a una sociedad; 3) la *prueba* (*yong*) que corresponde a las aplicaciones que se derivan de lo anterior, así como su verificación a través de las reacciones del pueblo. En cuanto al legismo, más adelante dibujaremos un breve esbozo de su manifestación filosófica sedimentada en el concepto de ley. Igualmente, el moísmo influirá, con algunos de sus preceptos, en las teorías legistas.

Al referirnos al concepto individual, las primeras ideas surgen a raíz de la vida errante de los eremitas, *de hombres que se ocultan*, que rechazan el mundo social, que tiende, según ellos, a la uniformidad y al

poder de destrucción. Sus orígenes provienen de las ciencias ocultas y de los adivinos ancestrales, del equilibrio de la mente y el cuerpo a imagen de la propia naturaleza. Paulatinamente, y frente al budismo, se desarrollará un afán de búsqueda de la longevidad o inmortalidad cuyos secretos se encuentran en una vida individual, fuera de toda ambición y deseos típicamente característicos de la vida social, así como del cuidado y cultivo del cuerpo y la mente según unas normas de vida que se definen en el *dao* como resolución de las contradicciones alternativas *yin-yang*. Este binomio está siempre visto desde un principio dinámico que determina las alternancias de sus contrarios, así como de la relatividad de las cosas en ciclos continuos. Podríamos decir que los daoístas (taoístas) buscan la felicidad en el hombre mismo, en su equilibrio interior, que es, al fin y al cabo, la armonía y la imagen misma del cosmos o universo. El ritmo del hombre debe adaptarse a las circunstancias y a las realidades cambiantes, puesto que él mismo se está transformando en cada momento. El *dao* se manifiesta en los principios de vacío y olvido. Ambos conceptos daoístas determinarán el arte chino, ya que éste sólo puede ser individual e intransferible a partir del vacío como punto de partida de la creación misma, y el olvido de los conocimientos y técnicas adquiridos en el transcurso de la vida humana.

Entre los pensamientos colectivo e individual está lo que he denominado pensamiento neutro, que ha dado mucho de sí en los desarrollos de ambos pensamientos descritos anteriormente, así como en el progreso de las matemáticas y otras investigaciones. Las escuelas de los sofistas (de los nombres y las formas) y de los cosmólogos serán una fuente inagotable de

todos los demás pensamientos. El problema de los nombres y sus realidades lo encontraremos en todos los filósofos. En cuanto a los conceptos del *yin-yang-dao* y de las *cinco esencias*, ocurre lo mismo.

Ciertamente, en el pensamiento chino queda mucho por descubrir. No olvidemos que el clasicismo chino finaliza a principios del siglo XX, cuando China forma parte de la historia universal en la cual estamos inmersos. Los conocimientos que han surgido en China forjados y sedimentados durante siglos y milenios pueden ser de gran utilidad en el conocimiento del comportamiento humano y de sus soluciones en la convivencia colectiva, así como en su proyección individual. Las interpretaciones que podemos realizar, a la luz de nuestro presente, pueden aportar una gran riqueza de información que puede servirnos en la creación y desarrollo de nuestra cultura común universal.

V. EL LEGISMO

Cuando desaparece el poder de los Zhou occidentales en el 770 a.n.e., los demás reinos ya no hacen caso a los Zhou orientales sucesores de los primeros, por lo que van apareciendo Estados hegemónicos. El desorden y el caos se van acentuando con guerras cada vez más crueles. Los ritos ancestrales no son obedecidos, y la lucha por el poder se hace, paulatinamente, más encarnizada.

El mundo chino ha cambiado profundamente, existe un desarrollo sorprendente de la población, la fundición del hierro está asentada como un hecho histórico anterior a la forja, lo que cambia los modos de producción. En cambio, en Europa, la fundición

aparece a finales de la Edad Media después del uso de la forja. Además, el comercio se acrecienta y la artesanía se desarrolla velozmente. Sin embargo, los métodos de gobierno, y las relaciones entre los súbditos no se han adaptado a la nueva época que se avecina.

Es una época de nuevos personajes que entran en escena desalojando a los viejos nobles incapaces de responder a los retos de entonces. Muchos de ellos se empobrecen, por lo que deben encontrar nuevas salidas a su situación social y económica. Ya no les valen únicamente los favores de los reyes, puesto que los reinos se empobrecen igualmente, buscando nuevas vías de desarrollo.

En este ambiente de mutación social aparecen las numerosas escuelas filosóficas que intentarán responder a los problemas planteados a todos los niveles, social y cultural. Por supuesto, para los confucianos se trata de volver al pasado, a los ritos ancestrales, a los que se oponen las demás escuelas como la de Mo Zi, que aborrece de los lujos y de la inutilidad de estos ritos, que sólo contribuyen al empobrecimiento del pueblo. En cuanto a los daoístas, estos problemas políticos no les interesan en absoluto, o no les conciernen, no creen que se pueda resolver la situación sino a través del individuo en sí, fuera de toda actividad social, viviendo según el ritmo de la naturaleza misma, con tranquilidad y sosiego, como eremitas, buscando la inmortalidad o la longevidad en la *no acción*. En cuanto a los legistas, se trata de entrar de lleno en los problemas políticos y crear los nuevos instrumentos para el ejercicio del poder en unos momentos de caos y desórdenes. Si para los confucianos este desorden se debe a la no observancia de los ritos, para los legistas se debe a la no

adaptación de las normas a las realidades inmediatas. Como los daoístas, pero desde una perspectiva política, las realidades imponen nuevas formas de actuar, de tal modo que el gobierno sea natural y actúe dinámicamente en función de los cambios que se producen de forma continua, por lo que la ley, frente a los ritos, se convertirá en el instrumento ideal.

A pesar de las transformaciones que se avecinan, la cultura profunda china se va imponiendo como referencia de toda crítica:

1. No se trata en ningún modo de replantear el papel del monarca como centro del poder. En aquella época no se ponía en tela de juicio la emanación del poder del príncipe, del duque o, en suma, del jefe último. Este poder era un hecho y nada más. Se justificaba su poder por la relación entre cielo y tierra a través del poder central —como el eje de una rueda— del monarca como gestor y administrador de la sociedad humana.
2. Tampoco se modifica el papel del pueblo como súbdito que debe obediencia al poder político. Sin embargo, representa la prueba o la regla de medir el orden de las cosas. Si el pueblo está satisfecho, no habrá levantamientos, conflictos; vivirá en paz, pagará su tributo al poder establecido. El pueblo no puede participar en los asuntos de Estado, sino sufrir o recibir las bondades o maldades de los mandatarios que lo gobiernan.
3. El Universo representa un orden establecido, jerarquizado, por lo que la colectividad debe, a su imagen y semejanza, reproducir ese mismo orden que proviene del calendario, del ritmo de las estaciones y los ciclos estacionales.

4. La agricultura es la base de toda la actividad económica, a ella debe favorecer cualquier cambio.
5. Aunque la artesanía y el comercio se desarrollan, siguen siendo los marginados. La idea es que los agricultores son gente sedentaria que tiende a permanecer en sus tierras, por lo que el control de sus actividades es fácil, mientras que los artesanos, y sobre todos los comerciantes son más bien escurridizos, se desplazan, engañan, suben o bajan los precios según sus intereses, por lo que son difícilmente controlables.
6. Los premios y castigos son los dos instrumentos básicos del poder.

Estos seis puntos —quizás haya olvidado otros— conforman la base misma del debate político. El problema real se plantea en torno a las relaciones del pueblo con el monarca. Éstas dependen de los intermediarios que aplican las órdenes del monarca en bien de la nación. El verdadero problema reside, pues, en la elección o representación legítima de estos cargos políticos.

Para los confucianos, entre el monarca y el pueblo está la nobleza, cuyos poderes le son otorgados por el pasado de los santos reyes sabios, por lo que son inamovibles, y no pueden ser castigados como lo puede ser, evidentemente, el pueblo. La tierra pertenece al soberano así como los súbditos que viven y trabajan en ella. El pueblo, pues, es esclavo de sus propietarios, de los cuales el monarca es el dueño más importante. En suma, todo está colectivizado bajo un mismo poder absoluto del rey y sus nobles, así como de los funcionarios que gestionan en nombre de sus superiores.

Cuando cambian las formas de producción con el

invento de la fundición, que pone a disposición de los agricultores nuevas herramientas de trabajo más eficaces, la demanda se hace cada vez más amplia, lo que conlleva una mayor producción agrícola, en función también del aumento exagerado de la población que empobrece al pueblo, por lo que la distribución de las riquezas se restringe cada vez más. En consecuencia, se buscan nuevas salidas que sólo se pueden producir si se libera el mercado, es decir, si se desarrolla el mundo de la producción de hierro y el desarrollo de la artesanía en la realización de objetos o herramientas de trabajo más adecuados al aumento de la población, con familias cada vez más amplias que necesitan más para alimentar a todos sus miembros.

La respuesta más eficaz a los problemas planteados la formalizarán los legistas con sus reformas fiscales y la privatización de los bienes públicos, por lo que una masa de agricultores podrá pasar a la producción artesanal, así con la realización de grandes obras, como la construcción de la Gran Muralla, las obras hidráulicas, las minas, la fundición de hierro, etc. La política familiar consistirá en dividirlas, reduciendo, así el número de sus miembros, de tal modo que se amplíe la roturación de nuevos terrenos y se extienda y desarrolle la producción agrícola, base de la riqueza económica china.

Para llevar a cabo estas profundas reformas se necesita un tipo de relación que se fundamente en nuevas características propias de los nuevos fenómenos derivados de las transformaciones demográficas, agrícolas y económicas. Para este fin, el legismo propone el concepto de ley, es decir, el hecho de que cualquier individuo estará sujeto a ella.

En el rito, las relaciones eran interdependientes

entre todos los miembros de una misma comunidad, por lo que estas relaciones dependían de los valores morales y éticos, a través de la obediencia al superior y de la benevolencia hacia el inferior. Con la ley se produce un cambio completo, puesto que dichas relaciones no dependen directamente de los demás miembros de la comunidad, sino de la obediencia estricta a la ley como ente abstracto.

Los legistas consideran que el hombre sólo se mueve por el interés, y no por la bondad de sus principios. Los ritos sólo permiten la corrupción del Estado, puesto que las relaciones se hacen entre personas y no en función de una referencia al que todos deben sus puestos. Las influencias, las amistades son los principios mismos de la decadencia de los Estados, por lo que los ritos sólo sirven para enmascarar la realidad.

Al legismo le importa poco que el hombre sea bueno o malo, puesto que su egoísmo, ambición e interés le llevan a buscar su fortuna. Todo dependerá, pues, de la ley y de su cumplimiento. Es fundamental que cualquier individuo crea en ella para que el sistema legal pueda funcionar independientemente de los deseos humanos.

Aunque la ley tiende a no cambiar, tiene la gran virtud de adaptarse a los tiempos y modificarse, cuando sea necesario, en función de los cambios producidos en la sociedad. Sin embargo, la ley en sí misma no es suficiente: es necesario que sea cumplida a través de la autoridad del poder y de los premios y castigos. Además, es importante que el poder político sepa usar adecuadamente a los hombres según sus funciones. Cada cual debe estar en el puesto que le corresponde dependiendo de sus características propias y sus méritos. Las experiencias de numerosos

legistas que gobiernan se recogen ejemplarmente en torno a tres personajes decisivos en su época (siglo IV a.n.e.): Shang Yang, Shen Buhai y Shen Dao. A su vez las teorías de estos personajes se encontrarán sintetizadas en la formulación teórica que ofrece Han Fei Zi.

El legismo definido por Han Fei Zi recoge tres ideas básicas e indivisibles: *fa-shu-shi*. El principio *shi* corresponde al concepto de poder o autoridad, que trata del uso adecuado de las realidades concretas y las oportunidades que aparecen en cada momento; el *shu* representa el saber manejar a los hombres; por último, el *fa*, la ley, sirve de referencia a las relaciones humanas adaptándose a las épocas y a los cambios históricos.

Shang Yang, hijo bastardo del Estado de Wei, servirá el duque de Xiao del estado Qin, reino que unificará China en el año 221 a.n.e. al anexionarse todos los territorios e imponiendo su propia ley, *fa*. Este pequeño país, gracias a las reformas de Shang Yang, se convertirá en un territorio próspero y fuertemente militarizado. Desde su punto de vista, para que una nación sea fuerte es necesario enriquecer el Estado y fortalecer el ejército. Es decir, sin una economía desarrollada no era posible tener un ejército reforzado. Además, para conseguir enriquecer el Estado y potenciar el ejército era fundamental apoyarse en la ley como referencia de las relaciones que se establecen entre los individuos mediante la aplicación de las recompensas y de los castigos. Para que la población se lo creyese, se cuenta que un día plantó una estaca en la puerta orientada al sur de la capital, ofreciendo al que la llevara a la puerta norte una recompensa importante. El primer día, nadie se fiaba, por lo que la estaca permaneció en el mismo lugar. Aumentaron

la recompensa, con lo que un individuo se atrevió a realizar la tarea; a cambio recibió, efectivamente, lo prometido, lo que se había dispuesto en la ley. Con este símbolo, el pueblo pudo creer que las leyes promulgadas se iban a cumplir decididamente. Shang Yang pensaba que la ley no se cumplía cuando la gente fuera de lo común no la observaba, por lo que era importante que los ministros y funcionarios obedecieran las normas vigentes. Durante el tiempo en que tuvo el poder, Shang Yang hizo cumplir la ley, por lo que atrajo a no pocos enemigos palaciegos. Antes de morir, el duque de Xiao le propuso el gobierno del reino, que rehusó aceptar, ya que, para los legistas, ellos debían ser fieles hasta la muerte a su monarca o para el que trabajaban. En suma, eran políticos que gestionaban el Estado al servicio de un soberano que les había dado toda su confianza. Al rehusar todo el poder, las intrigas, las contrarreformas y las venganzas palaciegas empezaron de nuevo, y el príncipe Hui Wen, que sucedió al duque de Xiao, decidió arrestarlo. Shang Yang huyó, y en una posada quiso pasar la noche antes de cruzar la frontera. El hostelero se opuso a recibirlo sin verificación de identidad según la ley dictada por el propio Shang Yang. La ley que él mismo promulgó se volvía en su contra. Pasó, pues, la frontera de Wei, su país natal; sin embargo, la gente no olvidaba la traición que hizo a Wei cuando gobernada el reino enemigo Qin, por lo que le enviaron de vuelta al país vecino. Shang Yang se refugió en el pequeño territorio que le pertenecía, gracias a la recompensa del duque Xiao, al que sirvió, en pago de sus leales y buenos oficios. El pequeño ejército no resistió al potente de Qin, y murió en combate. Sus despojos fueron posteriormente descuartizados como símbolo de traición.

Shen Buhai, oriundo de Jing, fue un pequeño funcionario de Zheng. Posteriormente, en el Estado de Han sirvió al marqués de Zhao. La corrupción, las intrigas y la insubordinación reinaban, por lo que desarrolló la teoría del uso o la técnica política consistente en saber manejar a los hombres, *shu*. Mediante habilidad y tenacidad gobernará con cierto éxito un mundo caótico y peligroso.

Shen Dao no gobernó nunca, por lo que sus teorías son más bien retóricas y especulativas. Al igual que Shen Buhai, o en general los legistas, había aprendido de la escuela de los nombres y de las formas. Su teoría consistía en saber utilizar el saber de los demás. No elegir sino utilizar todos los resortes de cada actuación. Si para un mismo plan hubiera varias posibilidades de solución, no se debía elegir una entre todas, sino utilizarlas todas, y mejor si lo realiza el que lo ha propuesto. El poder, *shi*, o arte de gobernar, reside en que actúen los demás y utilizarlos. Si no se logra lo pretendido, tiene culpa el que lo ha propuesto; si la cosa sale bien, el soberano gana.

En la traducción que se ofrece a continuación, podemos contemplar estos tres principios sintetizados y ampliados por Han Fei, que considera que cada cosa tiene su propia lógica, por lo que la ley debe referir a ella para que el sistema funcione adecuadamente.

VI. EL PODER

El poder lo representan el soberano, sus ministros y sus funcionarios. La relación entre cada uno de ellos será fundamental a la hora de desarrollar una política concreta. Para Han Fei Zi y, a través de él, los

legistas en general, es conveniente separar el soberano del gobierno. Cada cual tendrá su papel y estará sujeto a la ley.

El poder absoluto estará en manos del monarca, quien usará, en exclusiva, de las recompensas y castigos. Es fundamental que sea el único que maneje estos dos instrumentos del poder total. Sin embargo, según Han Fei, el soberano debe ser invisible y distante. No debe proponer nada, sino que le han de dar soluciones, por lo que él juzgará los resultados. No debe traslucir sentimientos ni opiniones, sólo debe escuchar y ver, de tal modo que pueda hacerse una idea de lo que ocurre en su entorno y de la eficacia de sus súbditos, a los que recompensará o castigará. El soberano debe saber manipular a sus ministros y sus súbditos mediante el cumplimiento de la ley.

El papel de los ministros y funcionarios es gobernar, proponer soluciones y demostrar, a través de sus aciertos y desaciertos, la valía de las políticas emprendidas. No deben ni extralimitarse ni no llegar a los resultados requeridos. Cada uno tendrá sus obligaciones definidas a través de las normas legales. La riqueza del Estado y el fortalecimiento del ejército dependerán de la riqueza producida por el pueblo, por lo tanto de su estabilidad social y económica.

VII. EL ARTE DE LA POLÍTICA

Para los legistas todo tiene un precio que se paga a través de las recompensas. El hombre puede ser bueno o malo, no importa, pero se mueve según sus intereses, por lo que es básico que sea remunerado (recompensado) según sus actividades o posición en la sociedad, así como de su rendimiento y merecimiento de los logros conseguidos. En caso de que no cumpla con sus tareas será castigado de inmediato según la gravedad de los hechos. Se trata, pues, de que cada cual obtenga la retribución que se merece y recompensar la obra bien hecha siempre que se actúe adecuadamente en beneficio del Estado, de tal modo que tengan su tiempo dedicado exclusivamente a desarrollar sus dones en el bien de la nación, y no a las intrigas palaciegas, influencias, camarillas, etc.

Tanto el pueblo como cualquier gobernante deben temer los castigos, que serán duros, incluso terroríficos, y adecuados a cada caso. El miedo al cumplimiento de la ley debe transformarse en actitudes naturales en las que cada individuo cumpla con su propia tarea encomendada.

Cada circunstancia, cada momento, cada cosa posee su lógica interna que lo conforma. Según la escuela de los nombres, a cada forma le corresponde un nombre, es decir, a cada cargo político su función. El conocimiento interno de los objetos permite formalizar las leyes adecuadas a cada caso, por lo tanto debe ser natural.

Todo en el universo está en permanente transformación, así como lo sugieren los daoístas, por lo que el hombre debe de adaptarse continuamente a las leyes de la naturaleza y adaptarse a ella. La pretensión de los legistas es, pues, seguir esta teoría, ya que el ejercicio de la política consiste en adaptar los tres instrumentos del poder *fa-shu-shi* a las realidades cambiantes de los estados y de las naciones.

Para los chinos, desde la más alta antigüedad, las sociedades deben corresponder a las leyes dinámicas de la naturaleza, por lo que las relaciones sociales que emanan de la colectividad se conformarán y cambiarán según el paso del tiempo, siempre que se

conciba que las leyes están hechas para durar, por lo que su adaptación a las nuevas circunstancias se hará de manera racional, dependiendo de las necesidades reales.

En el cosmos, como unidad del macrocosmos y los distintos microcosmos, en la naturaleza o en el cielo todo está unido, cada elemento, grupo o espacio determina tantos microcosmos que repetirán las leyes del macrocosmos, por lo que todo está entrelazado en un sistema determinado si cada uno de sus elementos está en su sitio conforme a su función y disposición. En consecuencia, el ejército, como microcosmos, tendrá los mismos mecanismos de funcionamiento que los del estado civil. No cabe duda que cada cual tiene su función propia, sin embargo su organización asemejará a cualquier microcosmos.

Para el legismo, cualquier poder dependerá, al fin y al cabo, del grado de riqueza de la nación, por consiguiente del desarrollo de su ejército, que realizará el cumplimiento de los castigos, la defensa adecuada del territorio y, en su caso, la capacidad de anexión de otros. No olvidemos que, en los tiempos en los que surgen los legistas, las guerras son continuas. Las estrategias y las tácticas son numerosas y existen varias obras sobre estos *conflictos guerreros*.

Lo más importante para los legistas es la política interior frente a una política exterior que es, ante todo, de guerra. Las soluciones de la política interior resuelven los demás problemas. Los legistas no creían en la política de alianzas. Los hechos les darán la razón, puesto que la unificación de China por el Estado de Qin será completa, aunque sólo durará del 221 al 206 a.n.e. Cierto que, con la dinastía Han (206 a.n.e.-220 d.n.e.) una nueva historia imperial surgirá, que incluirá los preceptos de la ley y los ritos a través del confucianismo como fórmula necesaria al mantenimiento del poder.

Ni los conceptos de democracia ni otras ideas de gobierno aparecerán en el horizonte cultural chino sino a través del emperador como garante de las leyes, y el mantenimiento de su poder según los ritos y el poder de la educación confuciana. En suma, para los chinos, cualquier estado puede conseguir estar bien gobernado (*wang*) si el pueblo está feliz, o mal gobernado (*ba*), es decir, dictatorialmente, en caso contrario.

Los regímenes políticos chinos serán de tipo absolutista, siguiendo a los legistas despóticos. No obstante, guardando las distancias y los sistemas sociales democráticos de hoy y los de tiempo de guerra de los legistas, muchos de los comentarios y reflexiones hechos por Han Fei Zi pueden ser reinterpretados a la luz de nuestros conocimientos actuales.

El problema fundamental que no se planteó en la antigüedad china es, reitero, la emanación del poder. Está claro que en ningún sistema feudal el poder emanaba del pueblo, ya que los chinos, está claro, lo daban por hecho. Sin embargo, en los sistemas democráticos en los cuales el poder emana de la voluntad y del voto de los ciudadanos, la idiosincrasia de las relaciones de poder se repite en el *fa*, la ley y su cumplimiento, el *shu*, o saber manejar a los hombres, y el *shi*, o el uso del poder.

El arte de la política es un arte muy difícil y complejo, ya que debe reflejar la dinámica siempre cambiante de la sociedad. En cuanto a la gestión del poder que consiste en elegir adecuadamente los que nos gobernarán, las palabras de Han Fei Zi pueden ser de gran utilidad, siempre que sepamos interpretar de nuevo los argumentos del discurso expuesto.

Espero, pues, que está obra interese al lector y comprenda que la experiencia de los hombres en la historia es infinita, y de ella mucho podemos aprender para no repetir los desaciertos y usar adecuadamente, en cambio, los aciertos.

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

El original de la siguiente traducción es *Han Fei Zi Jiao Zhu*, Zhejiang Renmin Chubanshe, 1982 (notas al cargo del Departamento de Traducción de la Universidad de Nanjin); las demás ediciones consultadas aparecen en la Bibliografía.

BIBLIOGRAFÍA

1. EDICIONES COTEJADAS DEL *HAN FEI ZI*

HAN FEI, d. 233 B.C., *The Complete Works of Han Fei Tzu: A Classic of Political Science*, 2 vols., trad. de W. K. Liao, Arthur Probsthain, Londres, 1959.

Han Fei Tzu, Basic Writings, trad. de B. Watson, Columbia University Press, Nueva York, 1964.

Han Fei Zi Ji Shi, 2 vols., notas de Chen Qiyou, Shanghai Renmin Chubanshe, Shanghai, 1974.

Han Fei Zi Jiao Zhu, notas del Departamento de Traducción de la Universidad de Nanjin, Jiangsu Renmin Chubanshe, Jiangsu, 1982.

Han Fei Zi Xuan, notas de Wang Huanbiao, Zhongyang Shuju, Shanghai, 1965.

Han Fei Zi Xuan Zhu, Shanghai Renmin Chubanshe, Shanghai, 1976.

LEVY, J., *Les dangers du discours (stratégies du pouvoir)*, Ed. Alinéa, Aix-en-Provence, 1985.

2. OTRAS EDICIONES DEL *HAN FEI ZI*

HAN FEI, *Die Kunst der Staatsführung. Die Schriften des Meisters Han Fei*. Kiepenheuer, G/LibriF, 1994.

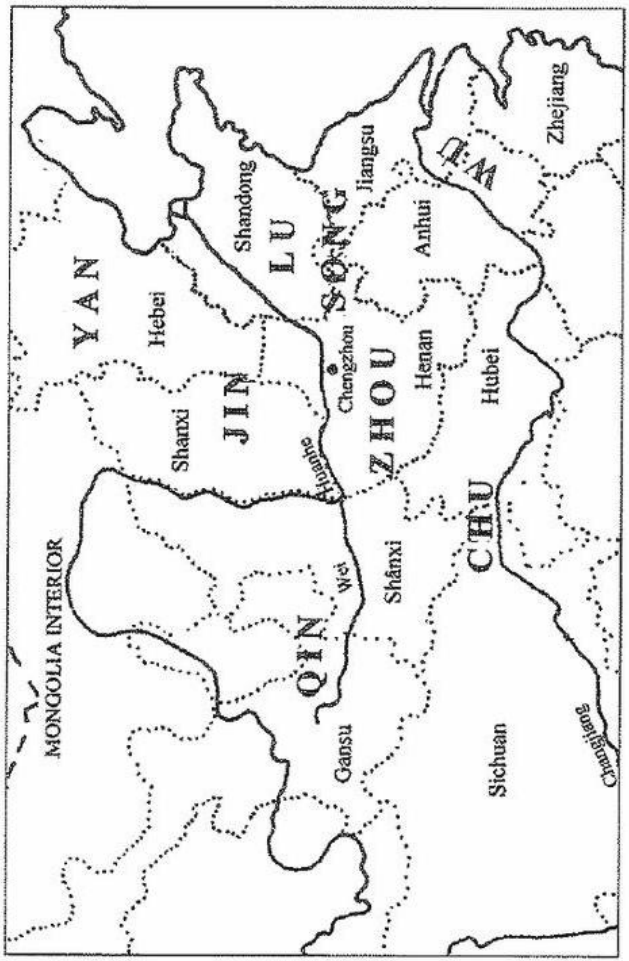
3. BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL CAPÍTULO 20

Lao Zi. El libro del Tao, trad. de I. Preciado, Alfaguara, Madrid, 1996.

The Way and its Power. A Study of the Tao Te Ching and Its Place in Chines Thought, trad. de A Waley, Grove Press, Londres, 1958.

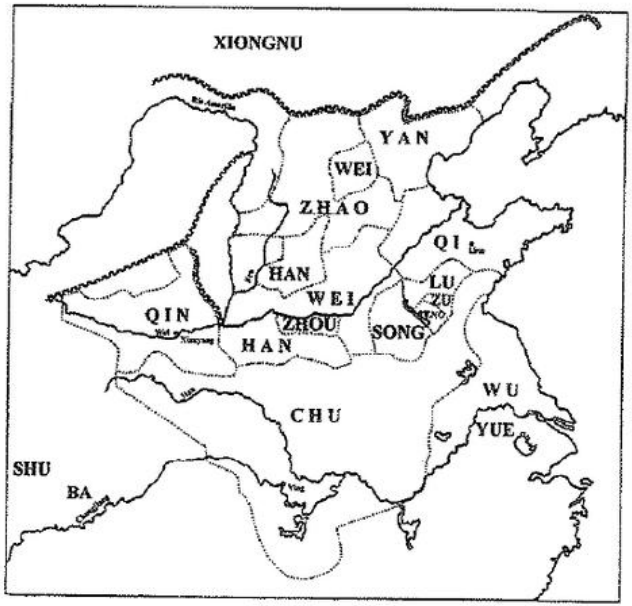
Lao Tse, Chuang Tzu. Dos grandes maestros del taoísmo, trad. de C. Elorduy, Ed. Nacional, Madrid, 1983.

PRIMAVERA-OTOÑO
CHUNQIU
(770-476 a.n.e.)



EL ARTE DE LA POLÍTICA
(LOS HOMBRES Y LA LEY)

REINOS COMBATIENTES
ZHANGUO
(475-221 a.n.e.)



CAPÍTULO 1
(Primeros párrafos)

EL PRIMER ENCUENTRO CON EL MONARCA DE QIN

Dice este Su servidor: que insensatos son los que hablan sin saber y desleales son los que callan sabiendo. Por eso, y aun constándome que todo ministro hallado desleal en sus acciones e insensato en sus palabras tiene por castigo la pena capital, me atreveré a decir todo lo que pienso aquí, esperando que Su Majestad se digne a juzgar si es apropiado o impropio lo que exponga en mi discurso.

Dice este Su servidor: que el Imperio está hoy dividido así: al norte está el Estado de Yan y al sur, el de Wei; que el estado de Jin está formando alianzas, el de Qi está estableciendo pactos y el de Han está trabando coaliciones; que dichos Estados quieren una alianza vertical, de norte a sur, y así atacar Su Estado, Qin, que está al este de todos ellos. Y digo también que me parece ridículo lo que están haciendo, pues ese modo de obrar contiene las tres causas que

llevan a todo Estado a su propia perdición. Y dichas causas son: que Estados mal gobernados ataquen Estados bien gobernados, que Estados cuyos ministros sean desleales ataquen Estados cuyos ministros son leales y que Estados que van contra el curso natural de las cosas ataquen Estados que siguen el curso natural de las cosas.

Actualmente, todos los Estados del Imperio, salvo el Suyo, están desgobernados: tan sólo se ocupan de reclutar al pueblo, dejando sin llenar sus arcas exhaustas y sin repletar sus graneros vacíos. Y aunque sus ejércitos, es verdad, cuentan con varios millones de soldados y el número de generales que con cascos de guerra tocados de plumas se postran solemnemente y juran morir sobrepasa los mil, no hay uno solo que, llegado el momento de las espadas desnudas en vanguardia y los tambores de guerra en retaguardia, no huya de la muerte. ¿Por qué? Ciertamente, no porque el pueblo y los soldados no *puedan* morir por sus Estados, sino porque esos monarcas son incapaces de lograr que entreguen sus vidas por ellos. ¿Por qué? Porque ni les dan los premios que prometen ni les infligen los castigos con que amenazan, de suerte que los soldados acaban descreyendo de premios y castigos y, en consecuencia, no arriesgando su vida en la batalla.

Pero no bastaría con esto. Ved, si no, que hoy día en Su mismo Estado no sólo hay un sistema legal sobre cuya base se decide qué premios y qué castigos ha de darse, sino también sobre cuya base se decide quién merece premio y quién castigo. Ved también que, gracias a ello, a los hombres de su Estado les basta oír la palabra *guerra*, palabra que acaso jamás habían escuchado antes, para desafiar a pecho descubierto las lanzas enemigas y cruzar descalzos todo

fuego, muriendo muchos. Ahora pregunto: ¿qué les mueve a entregar sus vidas, siendo la vida tan obviamente preferible a la muerte? La gloria, la gran gloria que es en Su Estado el morir luchando. Y un soldado dispuesto a morir puede enfrentarse a diez y diez a cien y cien a mil y mil a diez mil y, con diez mil, es posible vencer a todos los Estados del Imperio. De hecho, es así como el Suyo, compensando algunas esquinas pequeñas con zonas grandes para mejor calcularlo, ha llegado a tener una extensión de varios miles de *li*; un ejército de varios millones de excelentes soldados; unas leyes que distinguen claramente a quién se debe premiar y a quién castigar, y una localización geográfica enormemente favorable. No habiendo nación que le aventaje en todas estas cosas, facilísimo le habría sido derrotar todos los Estados del Imperio, dominarlo y expandirse varios miles de *li*, obteniendo así uno de sus más grandes logros. Sin embargo, sus lanzas están hoy día embotadas; su ejército y su pueblo, fatigados; exhaustas se ven sus arcas, baldíos sus sembrados, vacíos sus graneros y perdido el sometimiento de los soberanos de los Estados secundarios colindantes. ¿Por qué Qin no ha conseguido doblegar a todos los demás Estados y hacerse cabeza del Imperio? Por falta de lealtad en sus consejeros y ministros.

Este Su servidor se tomará ahora la libertad de agregar unas palabras: en la antigüedad, el Estado de Qi venció a los Estados de Jing y de Song, que tenía al sur y al este, respectivamente; conquistó los de Qin y Yan, al oeste y al norte; desde el centro, además, regía los Estados de Han y Wei. Su territorio fue vasto y su ejército fue fuerte. Venció siempre y todo Estado en el Imperio se sometía a su mandato. Sus terrenos eran tan vastos que el límpido río Ji y el tur-

bio río Amarillo funcionaban como sus líneas defensivas, y la Gran Muralla y la ciudadela occidental de Jufang funcionaban como sus baluartes protectores. En efecto, el Estado de Qi venció en muchísimas batallas..., pero fue derrotado una vez y estuvo al borde de la destrucción total. Ved, pues, la importancia decisoria de la guerra para la permanencia o perdición de los Estados. [...]

CAPÍTULO 5

ASÍ DEBEN HACER LOS MONARCAS

Dado que el *dao* es el principio de todo, dado que el *dao* es el criterio de todo, los monarcas, si tuviesen claras las ideas, aprehenderían dicho principio y entenderían así el origen de todo, escrutarían dicho criterio y entenderían así las causas de todo. Y desde un yo vacío y quieto dejarían que las cosas se nombrasen por sí mismas y que los hechos ocurriesen por sí solos, porque desde el vacío se entiende la verdad de los hechos y desde la quietud, lo acertado de las acciones.

Según esto, dejarían a sus ministros hablar y obrar, y comprobarían después si cumplen lo que dijeron, si sus palabras concuerdan con sus obras, mas sin intervenir en nada sino dejando que los hechos, por sí solos, mostrasen su verdad. Por eso digo: que ni muestren sus deseos, o los ministros fingirán los suyos en concordancia, ni muestren sus intenciones, o los ministros simularán las suyas en consecuencia. Y digo también: que no muestren ni lo que aprueban

ni lo que reprueban, o sus ministros aparentarán ser lo que no son, y que no muestren ni de qué tienen ideas preconcebidas ni qué conocen bien, o sus ministros les tratarán con reserva.

Serán sabios pero no idearán proyectos desde su sabiduría, sino que dejarán que las cosas encuentren por sí solas su lugar; serán rectos pero no se les verá obrar con rectitud, sino que observarán a sus ministros para saber si es la rectitud o la maldad lo que les mueve a obrar, y serán valerosos pero no lo ostentarán, sino que dejarán a los ministros desplegar toda su fuerza. Y, al no usar su sabiduría, serán precavidos; al no usar su propia rectitud, lograrán sus propósitos y al no usar su valor, serán fuertes. Pero sí responsabilizarán a los ministros de lo que hagan, les darán a todos los oficiales una ley que obedecer y pondrán a los hombres en aquellos cargos y trabajos que desempeñen con mayor eficacia. De un monarca que así hiciera se diría que ha aplicado el sistema legal. Y digo: que en virtud de este sistema, los monarcas, silenciosos, estarían como sin estar; infinitos, nadie sabría dónde están. Estarían arriba, sin obrar, con los ministros abajo temblando de temor.

He aquí, pues, cómo harían los monarcas si fuesen inteligentes: harían que sus hombres más sabios se entregasen a la reflexión, usarían sus juicios y conseguirían así una sabiduría inagotable; inducirían a sus hombres de más talento a ejercitar su genio, usarían sus ideas y conseguirían así un talento inagotable, de suerte que cuando sus ministros acertasen serían loados los monarcas y, cuando errasen, culpados los ministros..., y conseguirían así una buena fama también inagotable. De este modo, aunque los monarcas no fueran rectos podrían regir hombres rectos y aunque no fueran sabios, dirigir hombres sabios. He

aquí, pues, algo fundamental para los monarcas: que sean ellos quienes cosechen los éxitos de los trabajos que sus ministros pasen.

La clave de este sistema está en ser invisible, en usarlo sin que nadie consiga saber cómo, descubriendo así los defectos de los ministros desde lo oculto de un yo que no interfiere y está en quietud. Está en ver pareciendo que no, en oír pareciendo que no y en saber pareciendo que no. En no modificar las proposiciones de los ministros en un punto pero siempre mirar si las llevan a cabo, y cómo de bien. En evitar que los subordinados tengan visiones claras y globales de las cosas, limitando a cada uno a sus asuntos y manteniéndolos incomunicados entre sí. En ser como un dios inescrutable e incomprensible para los ministros. En no dejar huellas de uno mismo y ocultar las ideas propias. En no usar ni el poder de que se disponga ni la sabiduría que se tenga. En, sin desvelar intenciones, comprobar si las de los ministros coinciden con las propias. En empuñar el cetro primero con cautela para, luego, aferrarlo. En eliminar acechanzas y destruir conspiraciones ministeriales imposibilitando que un solo ministro codicie el poder.

Y todo esto ha de hacerse con precaución, reforzando bien las entradas principales, o habrá tigres, y conduciéndose con cautela, tapando bien las cosas, o surgirán traidores; cuando digo *tigres* me estoy refiriendo a los ministros regicidas, usurpadores de tronos que ganan por el terror el apoyo del pueblo y cuando digo *traidores,* a los ministros que urden regicidios, aprovechadores de su cercanía con los monarcas para espiar sus puntos flacos. Que los monarcas, en consecuencia, desintegren dichas camarillas, eliminen a sus familiares, condenen las puertas de sus casas y exterminen a sus cómplices, y así no habrá en

el Estado un solo tigre. Y que comprueben si los ministros cumplen su palabra, que examinen si se ciñen a las leyes y que ejecuten a los que no, y así no habrá en el Estado un solo traidor. Tan grandes que serán inmensurables, tan profundos que serán insondables: así se volverán los monarcas que sigan este método.

Pero recuerden que de cinco formas les engañan sus ministros: cuando les tapan la verdad de las cosas dejándoles fuera, les engañan; cuando controlan las riquezas del Estado, les engañan; cuando emiten órdenes libremente, les engañan; cuando favorecen en secreto a algunos, les engañan y cuando apoyan conspiraciones, también les engañan. Porque, cuando los ministros tapan la verdad de las cosas dejándoles fuera, la autoridad de los monarcas pierde eficacia; cuando controlan las riquezas de los Estados, los monarcas pierden el modo de mostrarse magnánimos; cuando emiten leyes arbitrariamente, los monarcas pierden el control de la nación; cuando favorecen en secreto a algunos, los monarcas pierden su buena fama y, finalmente, cuando urden conspiraciones, los monarcas pierden a sus colaboradores. Que solamente los monarcas tengan potestad sobre estas cinco cosas, que sean inalcanzables para todos los demás.

Los monarcas han de estimar la quietud y la reserva como al jade. De ahí que no deban hacer las cosas por sí mismos sino sólo saber si sus ministros son torpes o diestros al hacerlas; de ahí que no deban hacer planes ellos mismos sino sólo saber si los que hacen sus ministros serían provechosos o perjudiciales para la nación. Que no pregunten, pues sin preguntar obtendrán buenas respuestas, y que no obren, pues sin obrar obtendrán buenos resultados. Así deben hacer: escuchadas las propuestas de los ministros, las tomarán como si fueran la mitad de un anillo; vistos los resultados, los tomarán como si fueran la otra mitad, y comprobarán si ambas mitades encajan, y en esto se basarán para otorgar los premios e imponer los castigos de la ley. Es decir, escucharán las propuestas de cada ministro para, según ellas, encomendarles un trabajo u otro de cuyos resultados les harán responsables, de suerte que premiarán a los ministros que hayan cumplido lo que propusieron y cuyos trabajos hayan dado buenos resultados para la nación, y castigarán a aquellos que no hayan cumplido lo que propusieron y cuyos trabajos no hayan dado buenos resultados para la nación. De ahí se deduce que ningún monarca, si fuera inteligente, permitiría a sus ministros hacer propuestas borrosas. Que, si bien los premios de los monarcas prudentes han de bajar sobre el pueblo como cálida lluvia a tiempo, sus castigos han de desplomarse como rayos y truenos que ningún dios pudiese detener.

Así pues, ningún monarca inteligente premiaría ni remitiría libremente, sino que se ceñiría a la ley. ¿Por qué? Porque, si los monarcas concediesen premios inmerecidos, los buenos ministros dejarían de trabajar afanosamente para conseguirlos y, si remitiesen castigos libremente, los malos ministros verían que es posible hacer el mal impunemente. Así que, que ningún hombre que haya trabajado por el bien de la nación y merezca premio, aunque distante al monarca y de condición plebeya, deje de ser premiado, y que ningún hombre de mal, aunque allegado al monarca y apreciado por él, deje de ser castigado; y, así, ni los distantes al monarca y de condición plebeya dejarán de afanarse por la nación en sus trabajos ni los allegados al monarca y apreciados por él se ensoberbecerán.

CAPÍTULO 6

EL SISTEMA LEGAL

No hay un solo Estado que sea fuerte por siempre ni débil por siempre, sino que todos cambian según se aplique en ellos la ley: si es aplicada con rigor, se harán fuertes; si no, se volverán débiles. Ved, si no, cómo el Estado de Chu, tras haberse anexionado veinte Estados menores y haberse apoderado de vastísimos territorios cuando Zhuang estaba a su cabeza, sucumbió tan pronto como éste falleció; y cómo el Estado de Qi, tras haber conquistado treinta Estados menores y haber extendido sus territorios grandemente cuando Huan estaba a su cabeza, sucumbió tan pronto como éste falleció; y cómo el Estado de Yan, tras haber ampliado sus dominios situando su frontera sur en el río Amarillo y su capital en Ji, y tras haber reforzado sus fronteras en Zhuo y en Fang, y tras haber estragado el Estado de Qi y arrasado el de Zhong hasta el punto de que todo Estado con él aliado era considerado de peso y todo Estado que no lo estuviera era visto como insignificante cuando Xiang

estaba a su cabeza, sucumbió tan pronto como éste falleció; y cómo el Estado de Wei, tras haber atacado al Estado de Yen para salvar al de Zhao, y tras haberse apoderado de una vasta extensión al este del río Amarillo y de territorios de los Estados de Tao y de Wei, y tras haber guerreado contra Qi, y tras haber conquistado la ciudadela de Pinglu, y tras haber atacado al Estado de Han y ganado Guan y vencido en la batalla del río Qi, y tras haber hecho huir al ejército de Chu en la campaña de Cai y haberlo derrotado en la campaña de Sui, y tras haber, en fin, llegado a todos los confines del Imperio cuando An Li estaba a su cabeza, sucumbió tan pronto como éste falleció.

¿A qué se debe la decadencia actual de esos Estados que fueran grandes dictadores bajo el mando de Zhuang y Huan y fueran fuertes bajo el de Zhao y An Li? A sus ministros. A que en ninguno de dichos Estados, cuando, ya débiles e inmersos en el desorden, hubiera ministros que procurasen el buen gobierno sino el desgobierno y a que todos violasen la ley para apoyarse en países extranjeros como vía de salvación personal, lo cual es como querer apagar un fuego añadiendo ramas secas. De esta manera, el desgobierno y la debilidad sólo pueden empeorar.

Para evitarlo, para que los Estados estén gobernados y los pueblos vivan en paz, todos han de obedecer la ley y nadie ha de obrar por su solo bien. Y entonces, cuando todos obedezcan la ley y nadie obre por su solo bien, el Estado propio será fuerte militarmente y débiles los enemigos. Para ello, los monarcas han de tener ministros que obren por el bien de la nación y que respeten las leyes, y así no serán engañados por ellos hipócritamente, y han de tener ministros de política exterior y diplomáticos que también obren por el bien de la nación y tengan buen juicio, y así no se engañarán con relación a los demás Estados.

Porque si promovieran los monarcas a los hombres por tener buena reputación, en lugar de por ser efectivos según las normas objetivas de la ley, los oficiales dejarían de ganarse la promoción por los méritos estatuidos en la ley y lo harían por medio del apoyo de amigos y camarillas, de suerte que los cargos no estarían ocupados por hombres efectivos para el Estado, lo cual lo llevaría al desorden. Que los monarcas otorguen premios y cargos mirando la buena reputación de los candidatos en lugar de mirar si han hecho buenas obras por la nación y que inflijan castigos a aquellos que hayan sido simplemente acusados por hombres de su confianza son dos cosas que impulsan a los hombres que creen en la ley a dejar de trabajar en bien de la nación y a procurar beneficiarse privadamente desde sus cargos. Y, si dejan de trabajar por el bien de sus monarcas y pasan a amistarse con miembros de camarillas y a buscar ayuda privada en otras potencias, servirán a sus monarcas cada vez menos. Y si las camarillas proliferan y sus aliados son muchos, de suerte que abarquen hombres tanto dentro como fuera de su Estado, sus integrantes pueden cometer cuantos crímenes quieran, pues entre todos los ocultarían consiguiendo impunidad; y, del mismo modo, podrían también acusar a ministros leales de crímenes no cometidos, consiguiendo que se les impusiese la pena capital. Pues bien, que los ministros leales corran peligro de muerte, que el resto de los buenos oficiales huyan en consecuencia y que los ministros ruines sean premiados y promovidos sin habérselo ganado trabajando por el bien de la nación, no es sino el origen de la perdición de tal Estado.

Y, cuando, menospreciando e incumpliendo la ley, los ministros procuran su beneficio individual desde sus cargos; cuando las cortes quedan vacías mientras se repletan las casas de los hombres influyentes; cuando nadie piensa cómo mejorar la nación pero todos idean mil modos de enriquecerse privadamente; cuando los hombres de la administración son muchos, pero pocos los que en verdad honran a sus monarcas, y cuando todos los cargos están ocupados, pero ninguno por hombres en quienes poder confiar asuntos de gobierno, los monarcas lo son sólo nominalmente, pues su poder ha pasado a manos de sus ministros. De ahí que diga este Su servidor: «las cortes de los Estados decadentes están siempre vacías». Decir *vacías* no significa que el número de hombres que en ellas haya sea menor que el de ordinario, sino que hay camarillas que no se ocupan de beneficiar al Estado sino a sí mismas, individualmente; significa que ningún ministro se ocupa ya de acrecentar la honra de sus monarcas sino la suya propia y la de los de sus camarillas, y que ningún funcionario menor se ocupa ya de cumplir bien su trabajo sino de amistarse con hombres influyentes y cobrar un sueldo. Y lo grave es que se llega a tal estado por esta causa: porque los monarcas no aplican la ley para juzgar sino que se fían de sus subordinados.

Por ello, los monarcas inteligentes actuarían distintamente. Los monarcas inteligentes aplicarían la ley para elegir a sus subordinados y no sus propios gustos personales, dejando al margen toda subjetividad y utilizando unas normas objetivas que dejaran claro quién hubiera hecho méritos reales por el bien de la nación. Porque así, examinándolos a todos según las normas de la ley, sabrían bien quién es o fue eficaz para la nación y quién incompetente, y así

ni nadie recibiría un cargo oficial sólo por tener buena reputación ni nadie sería cesado sólo porque alguien lo hubiese acusado. Y es que sólo con una ley que separe a los monarcas de los ministros se puede gobernar bien los Estados. Sólo por medio de la ley pueden los monarcas gobernar *de facto*.

Y, gobernando con la ley, los monarcas tendrían ministros que obrarían rectamente, que se les someterían sin dobles intenciones, que nunca declinarían los cargos menores que les encomendaran (si estuvieran en la corte) ni evitarían los peligros (si estuvieran en el ejército). Que obedecerían a sus superiores y observarían las normas. Que, sin voluntad propia, acatarían órdenes cuyo acierto o desacierto no cuestionarían. Serían ministros cuyas bocas nunca hablarían en beneficio propio y cuyos ojos no mirarían por su propio provecho, sino que bocas y ojos estarían siempre al servicio del monarca. Serían al monarca, si así se puede decir, como las manos al cuerpo: protegiendo la cabeza arriba y cuidando de los pies abajo, calentando cuando hiciera frío y refrescando cuando hiciera calor, y defendiendo todo el cuerpo cuando hubiera espadas de jade atacantes.

Mas aún faltaría esto: que los monarcas nunca tratasen a dichos ministros rectos e inteligentes, leales y eficaces, con favoritismo. De lo contrario, el pueblo preferiría pasar fatigas y dificultades buscando amigos favorecidos, y nacerían las camarillas. Que tanto nobles como agricultores, necios como inteligentes ocupen cargos de funciones bien delimitadas, sin interferencias entre ellos, cada uno en su puesto, y así el gobierno será perfecto.

Sin embargo, hoy en día, no lo es. No lo es porque hay muchos, a los que no calificaría exactamente de *rectos*, que desdeñan rango y paga y están dispuestos

a cambiar de cargo, Estado y monarca. Porque hay muchos, a los que no calificaría exactamente de *leales*, que propugnan falaces doctrinas contrarias a la ley y contradicen a sus monarcas con duras críticas. Porque hay muchos, a los que no calificaría exactamente de *benevolentes*, que hacen obras de caridad y reparten bienes generosamente con la intención de ganarse así a sus subordinados y cobrar buena reputación. Porque hay muchos, a los que no calificaría exactamente de *íntegros*, que se aíslan del mundo y al vivir como anacoretas rechazan a sus monarcas. Porque también hay muchos, a los que no calificaría exactamente de *inteligentes*, que sólo se dedican a amistarse con monarcas de otros Estados aunque ello acarree el empobrecimiento del suyo; que se aprovechan de las crisis para, con palabras como «sólo gracias a mí podríais establecer alianzas con otros monarcas y acabar así con las hostilidades de los Estados enemigos», convencer al suyo hasta el punto de que, aterrorizado, acabaría creyéndole y confiando en ellos cualquier asunto de Estado; que rebajan a sus monarcas para poder enaltecerse personalmente y que apuran las fuentes estatales en beneficio de su propia casa.

Pero no son éstos hechos propios de las edades de los reyes modelo sino de la nuestra, agitada. Porque los súbditos de los reyes modelo seguían la ley, no sus intereses personales; y la ley decía: «ningún ministro buscará poder propio ni ganancias personales, sino el cumplimiento de las órdenes del rey. Ningún ministro hará el mal, sino que hará lo que diga el rey». Y el pueblo obedecía las órdenes de sus superiores como si fuera un solo ser.

Los reyes modelo, además, no trataban de llevar un control personal de la administración, porque

sabían que intentarlo sólo les llevaría a fatigar sus días y malgastar sus fuerzas. Tampoco usaban sus ojos para ver, pues sabían que sus subordinados bien podían engañarlos embelleciendo aquello que mirasen; ni usaban sus oídos para escuchar, pues sabían que sus subordinados bien podían hermosear aquello que escuchasen; ni usaban su inteligencia para pensar, pues sabían que sus súbditos bien podían exponerles cien discursos. Conscientes de sus limitaciones, no usaban sus propias facultades para gobernar, sino un sistema legal y la teoría del uso, aplicando un patrón claro y riguroso para decidir a quién premiar y castigar. Y así, asegurado lo esencial, con códigos legales fácilmente comprensibles y por todos observados, gobernaron el mundo, un mundo donde los más inteligentes eran incapaces de engañar; donde los mejores oradores eran incapaces de lograr crédito; donde los hombres ruines carecían de apoyo; donde ningún ministro osaba decir a miles de *li* cosas diferentes de las dichas ante su rey; donde ninguno se atrevía ni a tapar las buenas obras ni a ocultar las malas y donde todo ministro entregaba al rey sus esfuerzos sin arriesgarse a traspasar el límite de sus funciones. Y, como los reyes seguían este método de apoyarse firmemente en su autoridad para gobernar, gobernar no les era penoso sino suave.

Firmemente, porque ocurre que muchos monarcas pierden su autoridad sin darse cuenta, como cuando uno va desviándose paulatinamente al caminar por un paraje uniforme, tan uniforme que acaba yendo hacia el este cuando cree estar yendo hacia el oeste. Para evitar estos casos, los reyes modelo fijaron puntos de referencia señalando levante y poniente. Y no de otro modo usarían el sistema legal los monarcas de ideas claras, a modo de límite que ningún ministro

debería traspasar, que les impediría que anduvieran dispensando favores (aunque estuvieran contemplados por la ley) pues no es algo propio de su cargo, y que les permitiría obrar sólo dentro de la ley.

Gracias al sistema legal se evitaría que se cometiesen faltas y actos en beneficio privado; y gracias a los castigos se aseguraría el cumplimiento de las normas y la disciplina de los ministros. Por otro lado, es gracias a que la autoridad y el poder estén exclusivamente en manos de los monarcas, y no difuminados en otras manos, como se logra evitar que haya delincuencia e indisciplina. De ahí se deduce que o los hombres siguen la ley o los monarcas podrían ser fácilmente asesinados; o los castigos son infligidos o la delincuencia seguirá existiendo.

Y de ahí también que diga: *del mismo modo que ni los buenos carpinteros se fían de acertar a ojo si una línea es recta sino que usan una regla, los buenos funcionarios se guiarían antes por la Ley de los monarcas modelo que por su propia habilidad.* Del mismo modo que con ayuda de la regla se puede enderezar lo torcido y con ayuda del nivel se puede nivelar lo rugoso y con ayuda de la balanza se pueden equilibrar los pesos y con ayuda de las medidas nadie discutirá sobre cantidades, con ayuda de la ley los Estados estarán bien gobernados. Porque la ley, del mismo modo que la regla no se adapta a ningún torcimiento, no atiende a si el cargo de los hombres juzgados es alto. La ley es algo a cuyas resoluciones nadie se opondrá, pues ni los inteligentes las discutirán ni los valerosos las lucharán, de cuyos castigos ningún alto cargo podrá escapar y cuyos premios a todo plebeyo llegarán.

Y es que nada mejor que un sistema legal para corregir las faltas de los cargos superiores y descubrir las maldades de los inferiores, para restablecer el orden, juzgar las infracciones, controlar a los prepotentes, impedir la delincuencia y homogeneizar la conducta y el pensamiento de los hombres. Nada mejor que los castigos para amenazar a los funcionarios, atemorizar al pueblo, combatir extravagancias e indolencias e impedir la doblez y la mentira. Porque, cuando los castigos son implacables, nadie osa aprovecharse de su propio cargo para abusar de los humildes y cuando un sistema legal delimita claramente las prerrogativas de cada puesto, nadie osa irreverenciar a los monarcas acaparando sus prerrogativas. Siendo reverenciados ellos y respetadas sus prerrogativas, puede decirse que los monarcas han logrado lo esencial; de ahí que sea eso lo que los reyes modelo de la antigüedad quisieron legar a las generaciones posteriores. Y es que, si los monarcas no gobernasen según la ley sino según sus propios principios, se estarían rebajando e igualando a sus ministros.

CAPÍTULO 7

LOS DOS PODERES

Dos poderes bastarían a los monarcas inteligentes para controlar a sus ministros: el de castigarles y el de recompensarles. ¿A qué nos referimos con *castigar* y *recompensar*? Por castigar nos referimos a dar estema y muerte; por recompensar, a conceder honores y riqueza. Usándolos bien, los ministros siempre estarán temerosos de los castigos y ansiosos de las recompensas.

Pero no son así las cosas hoy. Hoy, los monarcas han perdido el control sobre los castigos y las recompensas: movidos por venganzas o favores personales, resulta que son los ministros quienes persuaden a los monarcas de que castiguen a aquél y recompensen a éste. De que los monarcas castiguen y recompensen a quienes digan los ministros se sigue esto: el pueblo ya no tiene respeto a los monarcas sino a los ministros, ya no obedece a aquéllos sino a éstos. He ahí lo que sucede cuando los monarcas pierden el control sobre las penas y las recompensas.

Si los tigres cediesen a los perros sus garras y colmillos, que es con lo que pueden vencerles, serían los perros quienes vencerían sobre los tigres fácilmente; igual ocurre con los monarcas: que si cediesen a sus ministros sus dos poderes, que es con lo que pueden controlarles, serían los ministros quienes acabarían controlando a los monarcas. Ved, si no, a Tien Chang. Tien Chang, favoreciendo a otros ministros con la cesión de emolumentos y títulos que su monarca, el duque Jian, le había otorgado, y favoreciendo también al pueblo usando un almudelio mayor del debido, se hizo con ese poder de dispensar favores que pertenecía al monarca, quien, al cabo de cierto tiempo y como es sabido, fue asesinado. Y ved también a Zi Han. Zi Han le dijo al monarca de Song: «sea Su Majestad quien conceda premios y favores, pues es lo que agrada al pueblo; pero permítame que sea yo quien le imponga en su lugar penas capitales y castigos, pues, de lo contrario, el pueblo le detestaría». El monarca de Song cedió su poder de castigar a Zi Han, y fue asesinado al poco tiempo. En suma: en cuanto los ministros se hicieron con uno de los dos poderes (Tien Chang con el de recompensar y Zi Han con el de castigar), sus monarcas fueron asesinados.

Pero es que aún mayor sería el peligro que correrían los monarcas de hoy si les concediesen poder a los ministros actuales, mayor que el que corrieron el duque de Jian y el monarca de Song, porque el que los monarcas cedieran a sus ministros los poderes de castigar y favorecer no sólo les llevaría a acabar embaídos y asesinados, sin los dos poderes y controlados por sus propios ministros, sino que también llevaría a sus naciones a la perdición total.

Los monarcas que deseen librarse de este mal deberían cuidarse mucho de si las palabras y los

hechos concuerdan, es decir: de si los ministros cumplen lo que propusieron. Para ello, lo mejor es que dejen a los ministros exponer sus propuestas y que, después, les asignen las tareas que ellos mismos propusieron, exigiéndoles rigurosamente su cumplimiento. Y que premien a quienes hayan cumplido lo prometido y castiguen a quienes no, que premien a aquellos cuyas palabras concuerden con sus hechos y castiguen a aquellos cuyas palabras no. Así pues, deberían castigar a todo ministro que hubiese hecho grandes promesas pero hubiese cosechado pequeños logros, mas no porque sus logros fueran pequeños, sino por no haber cumplido lo prometido; y deberían castigar igualmente a todo ministro que hubiese hecho una pequeña promesa pero cosechado un gran logro, mas no porque les desagradase su gran logro, sino por considerar más grave el haber faltado a la correlación entre promesas y logros, palabras y hechos, que el haber cosechado una gran victoria.

Una vez, el monarca Chao del Estado de Han, tras haberse embriagado, se quedó dormido; viendo el almotacén de la corona que hacía frío, le tapó con una capa; cuando se despertó, preguntó agradecido a sus almotacenes: «¿quién me tapó ayer con esta capa?» «El almotacén de la corona», respondieron. Y el monarca castigó tanto al almotacén de la corona como al almotacén de la capa: castigó al primero por incumplimiento de su deber y al segundo por sobrepasar los límites del suyo. No es que no le fastidiase el frío: es que consideró más grave el que un oficial traspasara los límites de su deber entrometiéndose en los de otro que el pasar un poco de frío.

De ahí que todo monarca inteligente impediría que sus ministros sobrepasaran los límites de su deber para hacer méritos (condenando a muerte a todo el

que así hiciera) y que prometieran cosas que no cumplen (castigando sin falta a todo el que así hiciera). De este modo, logrando que los ministros no traspasaran los límites de su deber y se ciñeran al cumplimiento de sus propias promesas, evitarían también la formación de camarillas y que los ministros busquen el provecho individual.

En dos calamidades *podrían caer* los monarcas: que, por haber mostrado preferencia por los hombres honrados, sus ministros finjan serlo y, ganada su confianza, les traicionen; y que, por promover arbitrariamente a los hombres, desconozcan su verdadera valía. Si así hicieran, los ministros fingirían la honradez que saben que sus monarcas quieren, ocultándoles cómo son en verdad y, en consecuencia, impidiéndoles distinguir a los buenos ministros de los malos. Ved, si no, al monarca de Yue: porque apreciaba el valor en los hombres todos sus súbditos se reían de la muerte; y al monarca de Chu: porque le gustaban las mujeres delgadas en su Estado abundaron las anémicas; y al de Huan: porque le placían sus concubinas pero era celoso, su subordinado Shu se hizo castrar para poder estar al cargo de su harén sin darle celos, y porque le atraían los sabores nuevos su subordinado Yi hizo cocinar para él la cabeza de su propio hijo; y al monarca de Yan: porque veneraba a los hombres virtuosos su subordinado Zi le mostró que nunca aceptaría el trono que le ofrecía. Es decir: si los monarcas mostrasen lo que aborrecen, sus ministros sabrían qué tipo de cosas habrían de ocultarles y, si mostrasen lo que aprecian, sus ministros sabrían qué cualidades habrían de fingir ante ellos. Si llegasen a conocer los deseos de sus monarcas, los ministros sabrían qué postura les convendría más adoptar. ¿O es que no veis que fue fingiéndose honrado como se apoderó Zi del poder de su monarca, que acabó asesinado en las revueltas sociales en que se sumió su Estado?, ¿y que fue aparentando querer lo mismo que su monarca como Zhou y Yi le robaron el poder al suyo, cuyo cadáver permaneció insepulto tanto tiempo que los gusanos salían por las puertas de la cámara donde se hallaba?

Es obvio, pues, que este tipo de calamidades no se deben sino a que los monarcas dejan que sus subordinados conozcan sus deseos. Y es que los monarcas no han de olvidar que sus ministros no les sirven por amor sino por interés material y que, por tanto, son capaces de hacerse con sus prerrogativas y derechos en cuanto vean la ocasión, es decir: en cuanto descubran cuáles son sus sentimientos y sus planes, tal como les ocurrió a los mencionados monarcas de Zi y de Zhou. De ahí que diga: «ni lo que denigran ni lo que aprecian, y sabrán cómo son sus ministros en verdad». Y, sabiéndolo, nunca serán embaídos.

CAPÍTULO 11

DESDE LA SOLEDAD Y LA IRA

Por una parte, están los hombres que quieren la teoría del uso y que se cumpla la ley: los primeros son previsores, perspicaces y ven las infracciones que otros ocultan; los segundos son categóricos, rectos al aplicarla y pueden corregir el mal y las violaciones de la ley. Por otra, están los ministros: unos ejecutan las órdenes recibidas y otros no; los primeros actúan en observancia de la ley mientras los segundos, a los que aquí llamaré *hombres de peso*, no la observan sino que actúan arbitrariamente, infringiéndola en provecho propio, usando la riqueza del país en beneficio privado y alcanzando así un poder tal que llegan a controlar a sus monarcas. ¿Cuáles deberían ocupar cargos oficiales? Ciertamente, los que sepan aplicar la teoría del uso con perspicacia y los que sean justos al hacer que se cumpla la ley, porque gracias a ellos verían los monarcas las infracciones que tales hombres de peso ocultaran y podrían hacer que se corrigieran. Y, así, los hombres de peso

estarían fuera de la ley y, por tanto, podría imponérseles su castigo. Porque los ejecutores de la ley son contrarios a los *hombres de peso*, a los hombres negativos: imposible es que coexistan.

Pero son precisamente dichos hombres negativos quienes tienen en verdad una gran autoridad en las naciones hoy, tanto en las propias como en las extranjeras. Tienen una autoridad tal que sin su ayuda nadie podría lograr nada con sus monarcas: ni los mandatarios de Estados extranjeros, pues sin su enlace no podrían tratar con los monarcas de nada (por lo que los mandatarios favorecen a dichos hombres negativos); ni los oficiales del Estado, pues sin la cooperación de los negativos sus aciertos no llegarían a oídos de los monarcas (por lo que los oficiales les obedecen); ni los almotacenes, pues sin su permiso ni podrían acercarse a los monarcas (por lo que los almotacenes ocultan cosas al monarca en favor de dichos hombres negativos); ni, finalmente, los hombres de letras, pues sin su ayuda ni sus sueldos ni su respeto social podrían permanecer altos (por lo cual hablan continuamente en su favor). Así es como estos hombres traidores, sirviéndose de cuatro tipos de cómplices, se enmascaran. De que los hombres negativos, traicioneros, estén recomendando a hombres de su misma clase y formando, así, una barrera intraspasable que no deja ver a los monarcas como son sus ministros en verdad, se sigue esta situación: los monarcas están cada vez más embaídos y los hombres negativos, acaparando cada vez más autoridad.

Y dichos hombres ¿cómo consiguen la confianza más absoluta y el aprecio más íntimo de los monarcas? No contradiciéndoles, haciendo lo que a éstos agrada y aprobando y reprobando lo que éstos aprueban y reprueban. De ahí que hayan llegado a altos

cargos, sus camarillas sean multitud y la nación entera los apoye. Y de ahí también que cuando quienes quieren aplicar la teoría del uso y que se cumpla la ley piden a los monarcas que rectifiquen su actitud equivocada, que sigan la ley y apliquen la teoría del uso, sólo consigan volver a los monarcas en su contra y que, en consecuencia y a diferencia de los hombres negativos, estén en cargos bajos, sin compañeros y sin apoyo.

Además, si estos hombres, alejados de los monarcas pero que saben aplicar la teoría del uso y hacer que se cumpla la ley, compitiesen con los hombres negativos, cercanos a ellos y que gozan de su confianza y sus favores, el sentido común me dice que la victoria sería de los hombres negativos; si aquéllos, cuya relación con los monarcas es reciente, compitiesen con éstos, cuya relación con los monarcas es antigua, el sentido común me dice que la victoria sería de los hombres negativos; si aquéllos, que piden a los monarcas que se corrijan, compitiesen con éstos, que siguen todas las preferencias y los aborrecimientos de los monarcas, el sentido común me dice que la victoria sería de los hombres negativos; si aquéllos, que están en puestos bajos, compitiesen con éstos, que están en puestos altos, el sentido común me dice que la victoria sería de los hombres negativos y, en fin, si aquéllos, que son como un hombre solo, compitiesen con éstos, que son como una gran multitud, el sentido común también me dice que la victoria sería de los hombres negativos.

Pero es que estas cinco cosas no sólo están en contra de los que quieren aplicar la teoría del uso y los que hacen que se cumpla la ley, sino que también están a favor de los hombres negativos, pues las utilizan para impedir que aquéllos puedan entrevistarse

con los monarcas y para poder hacerlo ellos en cualquier momento y a solas. De ahí que sea difícil para los que hacen que se cumpla la ley y aplican la teoría del uso lograr cargos de importancia y, en consecuencia, que los monarcas despierten y conozcan la verdad de sus Estados.

Y así, teniendo a los hombres negativos como acérrimos enemigos, ¿cómo no iban a correr peligro sus vidas, si son hombres sin fuerza ni apoyo? Porque si fuesen falazmente acusados de alguna infracción de la ley, ¿no se ceñirían los hombres negativos, entonces sí, a las normas de la ley, para matarles? Y, si no pudiesen acusarles de ninguna, ¿no es obvio que enviarían sicarios para asesinarlos subrepticiamente? De esta suerte, mientras que todos aquellos que se opusiesen a las intenciones de los monarcas en pro de la aplicación de la ley y la teoría del uso serían muertos bien a manos de la ley bien a manos de sicarios, todos aquellos que, tupidamente confabulados, embayesen a los monarcas y les dieran mentiras por verdades y verdades por mentiras en favor de los hombres negativos, recibirían no sólo toda la confianza de éstos sino también la de los mandatarios de Estados extranjeros. Y, con cualquier asunto de política interior como excusa, los hombres negativos les regalarían altos cargos oficiales o títulos de nobleza y, a falta de excusa dentro, conseguirían las recomendaciones de mandatarios fuera. De hecho, ¿quiénes tienen hoy los cargos altos y el apoyo de los mandatarios extranjeros? Los hombres que embaucan a sus monarcas en favor de los hombres negativos. Mientras tanto, ¿qué ocurre con los que se atreven a defender públicamente la ley y la teoría del uso ante monarcas, que, como los actuales, no siguen un criterio fijo a la hora de aplicar la ley, de premiar y castigar? Que podrían ser asesinados en cualquier momento. No, esos ministros traidores y ruines jamás abandonarán *motu proprio* una posición tan favorable. Y la autoridad de dichos hombres negativos seguirá aumentando conforme la de los monarcas, disminuyendo.

El Estado de Yue es rico y su ejército es fuerte, pero está demasiado lejos de los Estados centrales para que, de algún modo, puedan aprovecharse de él: «no lo podemos dominar», se lamentan estos monarcas. Algo semejante ocurre con las naciones que, aunque grandes y populosas, están gobernadas por monarcas embaídos: que, al haberse hecho los ministros con el dominio real, es como si su propia nación estuviera tan fuera del dominio de sus monarcas como el lejanísimo Estado de Yue. Pero lo importante de este paralelismo entre Yue y la propia nación está en ver que, perdido el dominio de ella, se le vuelve a los monarcas tan lejana e incontrolable como Yue.

De ahí que quienes sostienen hoy que la nación de Qi ha desaparecido no estén aludiendo en absoluto a que su territorio y sus ciudades hayan sido estragadas, sino a que la casa de Lu, no pudiendo evitar que la casa de Tian se hiciese con el poder, haya perdido el dominio de dicha nación. Y lo mismo sucede con quienes afirman que la nación de Jin ha desaparecido: no se están refiriendo en absoluto a que su territorio y sus ciudades hayan sido arrasadas, sino a que la casa de Ji, no pudiendo evitar que seis casas de la aristocracia se hiciesen con el poder, haya perdido el dominio de dicha nación. Pues bien, lo mismo está ocurriendo en la actualidad: que los monarcas, por falta de perspicacia, no saben cómo recuperar el poder que los ministros les han quitado. Y tan imposible es que un enfermo cuya enfermedad mató a

todos los que padecieron la misma enfermedad viva o que una nación cuya política llevó a la perdición a todas las naciones que siguieron la misma política exista, como que las naciones que van hoy por el camino de Qi y Jin se salven de la perdición.

Las dificultades con que topa la aplicación del sistema legal y la teoría del uso, tanto en los grandes Estados como en los pequeños, son varias. Una: si un hombre inteligente aconsejase o hiciera propuestas a un monarca, éste las discutiría con sus allegados; pero, como los allegados a los monarcas no son necesariamente inteligentes, todo quedaría en que propuestas inteligentes habrían de ser aprobadas por necios. Otra: si un hombre honrado aconsejase o hiciera propuestas a un monarca, éste las discutiría con sus allegados; pero, como los allegados a los monarcas no son necesariamente honrados, todo quedaría en que propuestas de buena fe habrían de ser aprobadas por hombres de mala fe. Y así, con necios juzgando a inteligentes y con ímprobos enjuiciando a honrados, ¿cómo no iban a sentirse avergonzados esos hombres inteligentes y honrados? ¿Y cómo no iban a equivocar los monarcas sus resoluciones?

Pero no es que entre los ministros que desean ascensos y grandes cargos no los haya honrados e inteligentes: los hay. Los honrados desempeñan sus cargos incorruptiblemente y los inteligentes trabajan en verdad por el bien de la nación. Aquéllos, por incorruptibles, jamás violan las leyes; éstos, por desear el bien de la nación, nunca obedecen a los allegados al monarca, sino al monarca, ni favorecen a nadie ocultamente.

Pero ocurre que los allegados al monarca, esos hombres en quienes los monarcas depositan su total confianza, no son un Bo Yi[1], sino hombres que, si no se les da lo que piden o no reciben ricos sobornos, son capaces de acabar con todos los ministros inteligentes y de buena fe rodeándoles de calumnias y levantando falsos testimonios en su contra. Son ministros que pueden evitar que los monarcas sepan de las buenas obras de los ministros honrados e inteligentes y de calumniarles acerca de lo bueno que hayan logrado por no haber recibido sus sobornos ni haberles hecho favores. Son hombres que pueden deshacerse de esos ministros honrados e inteligentes para enceguecer a los monarcas, enceguecerlos de tal suerte que confíen en ellos plenamente. Y de ese confiar en cualquier cosa que pudieran decirles acerca de las obras y las infracciones de los ministros honrados e inteligentes en lugar de comprobarlo ellos mismos mirando si los frutos de sus gestiones son realmente buenos para la nación y si en verdad han cometido infracciones, se deriva esta situación actual: ¡los monarcas no están rodeados más que por una corte de inútiles, de oficiales malditos y corruptos!

En suma: lo peor que puede acaecer a los grandes Estados es que sus ministros se hayan hecho con excesivo poder, y lo peor que puede acontecer a los pequeños es que los allegados a sus monarcas se hayan ganado su demasiada confianza: he ahí un desastre común a todo monarca, grande o pequeño. Y es que lo que es bueno para esos ministros es malo para sus monarcas; lo que beneficia a los unos, perjudica a los otros. Por eso digo: si para los monarcas sería bueno que los oficiales que estén en los cargos altos fueran capaces y fieles, a los ministros les inte-

[1] Dechado de honradez, integridad moral y rectitud.

resa que sean incapaces y corruptibles; si para los monarcas sería bueno que posición y riqueza fueran otorgadas a quienes lo merecieran por sus trabajos en bien de la nación, a los ministros les interesa los bienes y el dinero sin haber trabajado por el bien de la nación; si para los monarcas sería bueno estar rodeados de hombres que trabajasen eficientemente en beneficio de la nación, a los ministros les interesa rodearlos de sus camarillas y sus confabulaciones. Es por esto por lo que algunos Estados se empobrecen territorialmente mientras algunas de sus familias medran; es por esto por lo que hay monarcas cuya autoridad disminuye conforme la de algunos de sus ministros aumenta. Y es por esto, también, por lo que hay monarcas sin autoridad y ministros con gran poder, ministros que se truecan en monarcas y acaban emitiendo edictos. Engañar a los monarcas para obtener beneficios personales: he ahí el objetivo de las confabulaciones de los grandes ministros. Mirad la Historia y veréis que, cuando hay un cambio de dinastía y, con él, un cambio de ministros, el nuevo Gobierno apenas salva a dos o tres de la pena capital. ¿Por qué? Porque ocho de cada diez son hallados culpables del gran crimen de haber embaído a su monarca.

Los hombres inteligentes y los de buena fe, por el contrario, no son así, sino que se apartan de los hombres negativos: los inteligentes se apartan de ellos por previsores y temerosos de la muerte; los honrados, por rectos y avergonzados de los engaños al monarca. En cuanto a los que forman camarillas cómplices de los hombres negativos: o son idiotas ignorantes de las desgracias que trae consigo ayudarles, o son hombres tan viles que ni quieren eludir lo que saben malo e infame. Y en cuanto a los grandes

ministros, junto a los malditos y corruptos que arrastran tras de sí: no son más que unos engañadores de monarcas dados a la concusión, hombres que usurpan los bienes del pueblo y se confabulan estrechamente en camarillas para, diciendo todos lo mismo, embaír a los monarcas y poder violar la ley impunemente. A raíz de sus graves delitos brotan las protestas sociales, protestas sociales que a su vez desequilibran a las naciones, desequilibrios que a su vez confunden a los monarcas. Y si en un Estado se llegase a una situación tal en la que los monarcas ya no supieran cómo gobernar y, además, nadie arrestase a esos ministros culpables de su embaimiento, su perdición sería inevitable.

CAPÍTULO 13

UN HOMBRE LLAMADO HE

Un día, un hombre llamado He halló en el monte Chu una matriz de jade, que llevó a la corte y ofreció a su rey de regalo; el monarca llamó al quilatador; tras examinarla, concluyó: «es un guijarro». Suponiendo que He estaba tratando de engañarle, el rey ordenó amputarle el pie izquierdo. Cuando dicho monarca murió y el sucesor Wu fue entronado, He volvió a la corte y le ofreció al nuevo rey la misma matriz de jade; el rey llamó al quilatador de palacio; tras examinarla, concluyó: «es un guijarro». Suponiendo que He estaba tratando de engañarle, el rey ordenó amputarle el pie derecho. Pasó el tiempo, murió el rey Wu y le sucedió el rey Wen. He, con la piedra apretada contra el pecho, fue al pie del monte Chu y lloró tres días y tres noches, lloró lágrimas primero y sangre cuando ya no tuvo más. Al saberlo, el rey despachó un heraldo, que le preguntó: «¿por qué tanta pena por haber sufrido amputación, cuando es algo tan común?» «No es haber perdido los pies lo

que me apena —replicó He—, sino el que se considere guijarro a una joya y mentiroso a un hombre honrado. Por eso tanta pena.» Entonces ordenó el rey al quilatador cortar y pulir la matriz, y apareció la piedra preciosa que hoy es llamada «jade de He».

Todo monarca ansía conseguir perlas y piedras preciosas, sí, mas ¡qué difícil le es reconocerlas! Ved cómo la belleza oculta de la que regaló a su monarca He, una piedra que en nada perjudicaba al rey, sólo fue reconocida tras estemarle. Así de difícil es hacer que reconozcan cualquier tesoro. De ahí se desprende que, si estos ministros actuales que saben cómo se ha de gobernar aún no han sido igualmente castigados por estos monarcas que no desean tanto la ley y la teoría del uso como las perlas y los jades y que, además, están ansiosos de acabar con aquéllos ministros que sólo buscan ganancias personales, es simplemente por esto: porque, ante castigos de ese tipo, han preferido no mostrarles esas piedras preciosas suyas de la ley y la teoría del uso.

Y es que tanto ministros como pueblo llano ven en la teoría del uso y en la ley algo contrario a sus intereses personales, porque la aplicación de aquélla impide a los ministros tomar decisiones arbitrariamente y a los allegados del monarca vender su influencia, y, la de ésta, impuesta por los magistrados, obliga a todo desocupado vagabundo a dedicarse a la agricultura y a todo guerrero independiente, al ejército. Que los monarcas, pues, rechacen las propuestas de ciertos ministros y se eleven sobre las críticas del pueblo llano, admitiendo sólo aquello que se ajuste al legismo y la teoría del uso, o los defensores de tal ideología serán como He y sólo conseguirán que se reconozca su valía a fuerza de repetirla a un paso ya de la muerte.

Una vez, Wu Qi aconsejó a su monarca, el monarca Dao de Chu, de esta manera: «Sus ministros tienen excesivo poder y los nobles feudales son demasiados, lo cual representa una amenaza para su monarca y una opresión para sus pueblos. De esta situación sólo puede resultar esto: que su Estado se empobrecerá agrícolamente y su ejército tendrá cada vez menos soldados. Mejor sería que ordenase confiscar todos los títulos y emolumentos de esos nobles feudales, bajar rango y salario a sus oficiales, prescindir de todos aquellos cargos prescindibles y dar cargos sólo a quienes hayan demostrado ser hombres capaces y expertos.» El rey Dao siguió tales consejos; falleció al cabo de un año y los hombres de su propio reino, miembro a miembro, descuartizaron al consejero Wu Qi.

Shang, el consejero legista del duque Xiao de Qin, le enseñó a aplicar el sistema de *shi wu*, según el cual se castigaba hasta cinco familias colindantes a una familia culpable de alguna infracción acusadas de complicidad por no delación; le aconsejó quemar los clásicos confucianos *Shi Jin* y *Shang Shu*, usar unas leyes y unas normas muy claras, rechazar toda petición encaminada a beneficiarse privadamente y promover a los que trabajasen sólo por el bien de la nación; le conminó a prohibir que los hombres pudieran lograr cargos oficiales viajando aquí y allá y, finalmente, a ensalzar a los que se dedicaran por entero a la agricultura y el ejército. El duque Xiao siguió tales consejos, que sirvieron para acrecentar y asegurar el respeto y la posición del monarca y para enriquecer y fortalecer el Estado; falleció al cabo de ocho años, y los hombres de su propio reino ataron a Shang de manos y piernas a dos carros, y lo descuartizaron.

Ved, por un lado, que, tan pronto como se abandonó en Chu la política del consejero Wu Qi, brotaron revueltas populares y sufrió invasiones; por otro, que, tan pronto como se aplicó en el de Qin la política de Shang, floreció agrícolamente y se fortaleció militarmente. Entonces, si tanto Wu Qi como Shang defendían políticas apropiadas, ¿por qué el uno fue descuartizado por su propio pueblo miembro a miembro y el otro descuartizado por dos carros? Porque los grandes ministros detestaban sus leyes y el pueblo odiaba su gobierno y su orden. Pues bien, los ministros y los pueblos de la actualidad son ministros con muchas más ansias de poder y pueblos mucho más dados a los desórdenes que aquéllos. En una sociedad tal, ¿quién estaría dispuesto a correr la suerte de Wu Qi y Shang a cambio de exponer sus ideas de la ley y la teoría del uso ante monarcas que no admiten consejos apropiados? Nadie. Por eso está el Imperio sumido hoy en el desorden y sin un buen dictador.

CAPÍTULO 16

TRES PRINCIPIOS

Hay tres principios que todo monarca debe observar, pues traerán seguridad a su nación y dignidad a su figura si los observa por completo, pero también peligro a su nación y a su propia vida si no. ¿Cuáles son estos tres principios? Primero: nunca compartir con esos aduladores y otros allegados de su plena confianza la información que algunos veraces y honrados ministros le den acerca de los fracasos, los errores políticos y las trazas ocultas de grandes ministros; porque, si supieran que la información que dan podría llegar a oídos de los allegados a los monarcas, no se arriesgarían a informar más que de aquello que supiesen que no iba a enfadar a dichos allegados, pues en sus manos está el lograrles audiencia con los monarcas. ¿Y qué resultaría de todo ello? Que los monarcas quedarían aislados de sus ministros fieles y de buena fe.

Segundo: los monarcas siempre han de premiar o castigar cuando piensen que deben hacerlo, sin nece-

sidad de esperar a que dichos allegados exalten a quien pensaban premiar o acusen a quien pensaban castigar; de lo contrario, estarían concediendo demasiado poder a las decisiones de sus allegados y, por consiguiente, perdiendo el suyo.

Tercero: nunca han de permitir, llevados por detestar los trabajos del gobierno, que esos radios de una rueda que son los ministros se conviertan en el eje del carro, nunca han de permitir que esa autoridad absoluta suya sobre la vida y la muerte de sus súbditos, sobre si premiarles o castigarles, sobre si darles o quitarles, acabe en manos de sus ministros, pues les causaría gran perjuicio. Éstos son los tres principios que han cumplir puntualmente; no hacerlo, no les augura otra cosa que peligro de usurpación y muerte.

Hay tres tipos de usurpación: pública, de lo político y de la ley. La usurpación pública y manifiesta se da cuando hay ministros que llegan a hacerse con un poder tal que pueden controlar la nación desde fuera del Gobierno, sobornar a otros ministros y hacerse indispensables para la resolución de cualquier asunto, tanto intragubernamental como extragubernamental, de modo que nadie en el Gobierno, aunque estuviese formado por hombres honrados y rectos, se enfrentaría a ellos, porque siempre perdería, sino que muchos les apoyarían, porque siempre ganarían; en consecuencia, ninguno de los ministros honrados y fieles a sus monarcas, e intranquilos por su país, se atrevería a rebelarse y a luchar por el bien de su nación. Y cualquier nación donde el monarca no pueda decidir libremente y sus grandes ministros no se atrevan a serle fieles está llamada a la destrucción. De hecho, de una nación tal digo que carece de auténticos ministros; y, si una nación carece de auténticos ministros, ¿cómo no iban a ser pocos también los subsecretarios y escasos, en definitiva, los auténticos servidores del monarca? A esta situación de un Estado cuyos ministros son corruptos, maquinadores y no buscan el bien de la nación sino el suyo propio denomino de usurpación *pública*.

La usurpación por lo político se da cuando son ciertos ministros, que alardean ante todos de ser los favoritos del monarca, quienes dominan la nación, controlan la política interior aliándose secretamente con mandatarios extranjeros y exageran lo bueno o lo malo según se acomode a lo que el monarca quiere o aborrece, con lo que logran que el engañado monarca, escuchadas sus propuestas, las apoye y financie aun acabando en menoscabo de su propia posición y en perjuicio de su propia nación; son ministros que, de ese modo, consiguen que la culpa de los errores del gobierno recaiga sobre los monarcas y que los aciertos sean atribuidos a ellos mismos. Pues bien, es a esta situación en la que no es el monarca sino tales ministros quienes consiguen tanto el apoyo unánime de muchos políticos como el firme crédito del pueblo ante cualquiera que los acusase, a la que denomino usurpación *por medios políticos*.

Finalmente, la usurpación *por la ley* se da cuando ni las cárceles ni la ley ni la dictaminación de penas están controladas por el monarca sino por los grandes ministros.

Si un monarca no observa exhaustivamente aquellos tres principios citados al comienzo, perderá sus poderes de estas tres formas; mas, si los respeta exhaustivamente, los conservará. Y solamente si los conserva llegará a ser Emperador.

CAPÍTULO 17

LOS PELIGROS DE DENTRO DE PALACIO

Desastroso sería para todo monarca confiar en otros hombres, porque quien confía en otros acaba por ellos controlado. Ved que, por no tener los ministros ningún lazo de sangre con sus monarcas sino una relación azarosa y circunstancial de servicio, no cesan de escrutar sus intenciones. Y, mientras que aquéllos continúan sentados en sus tronos indolente y orgullosamente, éstos acaban, si no embaucándoles, sí asesinándoles. Porque se aprovechan tanto de la excesiva confianza que el monarca pueda depositar en un hijo suyo (ved, si no, el caso del ministro Li, quien hizo morir de inanición al monarca Wu por haber abdicado en su hijo) como de la que pueda depositar en su consorte (ved, si no, el caso de la consorte Li, quien logró dar muerte al monarca con ayuda del actor palaciego Shi para entronar a su hijo Xi). Y si es peligroso confiar en alguien tan cercano como la propia consorte y en alguien tan querido

como el propio hijo, ¿no sería mucho más peligroso aún confiar en los demás?

Es muy probable que tanto las consortes como las concubinas o el heredero designado de todo monarca, al margen de cuán rico y poderoso sea su Estado, deseen su muerte. ¿Cómo lo sé? Porque ningún lazo de sangre une a las mujeres con los monarcas sino una relación de gusto: las conservan junto a sí mientras les gustan y las rechazan cuando ya no. Además hay que considerar otro aspecto. Hay un refrán que dice: «cuando una madre es hermosa, su hijo será bien recibido»; si ahora lo invertimos, tendremos algo así como *cuando una madre es fea, su hijo será rechazado*. Si miramos ahora que la belleza de una mujer decae a los treinta pero no el interés por el sexo en los hombres de cincuenta, comprenderemos por qué el hijo de una mujer de más de treinta años, desfavorecida y rechazada por haber perdido ya su belleza, tiene muy pocas probabilidades de subir al trono de un hombre que esté aún interesado en el sexo; y comprenderemos también que consortes y concubinas deseen que los monarcas mueran pronto: porque así pasarían a ser consorte regente, su hijo ascendería al trono y toda ley por ella emitida habría de entrar en vigor y toda prohibición por ella decretada habría de ser respetada. Disfrutarían del sexo tan a menudo como cuando su esposo estaba vivo y tendría plenos poderes sobre el Estado. De ahí todos esos envenenamientos, estrangulamientos y asesinatos que tenemos hoy día. Y es que, tal como se dice en el libro *Tao Zuo Chun Qiu*, «ni la mitad de los monarcas murieron de enfermedad». O los monarcas comprenden bien esto o estarán exponiéndose a peligros varios. De ahí que diga: el peligro en que viven los monarcas es tanto mayor cuantos más resultaran beneficiados de su muerte.

Si Wang, el auriga, trataba bien a sus caballos y Gou, el monarca de Yue, trataba bien a sus hombres era sólo para que aquéllos corrieran bien y para que éstos lucharan bien. Cuando un médico succiona las heridas de sus enfermos y mantiene en la boca sus venenos, no lo hace porque esté unido a ellos por ningún tipo de lazo de sangre, sino porque da dinero. Cuando los carroceros desean que los demás se enriquezcan y los carpinteros de féretros desean que los demás mueran pronto no lo hacen por benevolencia aquéllos ni por inquina éstos, sino porque sólo si hay hombres ricos venderán sus carruajes y sólo si hay fallecimientos venderán sus féretros. No es que el carpintero odie a los demás: es sólo que la muerte de los otros le da dinero. Pues bien, de modo semejante actúan consortes, concubinas y herederos cuando maquinan contra los monarcas deseando su muerte, pues sólo si mueren lograrán poder. No es que odien a los monarcas: es sólo que su muerte les da poder. De ahí que todo monarca debiera precaverse especialmente de todos aquellos a quienes su muerte pudiera beneficiar.

No es de los halos que rodean al Sol y la Luna de donde les vienen los peligros, sino de su interior[2]; de poco sirve alejarse de los que te odian cuando las calamidades vienen de los que te aman.

---

[2] Creencia de la época o simple leyenda popular (acaso la del sapo que vive en la Luna y del cuervo trípedo que vive en el Sol, cuya narración no viene al caso). Lo semánticamente relevante es que los peligros vengan de *adentro*, no de afuera, de lo inesperado, no de lo notorio.

De ahí que los monarcas, si tuvieran las ideas claras, nunca dejarían de ponderar toda propuesta antes de ordenar su ejecución y nunca comerían nada anormal; de ahí que escucharían los informes acerca de sus ministros lejanos e investigarían a sus ministros cercanos para conocer bien las infracciones de los que estén tanto fuera como dentro de palacio; de ahí que dejarían a sus ministros discutir en asamblea los asuntos para ver si en la corte hay facciones maquinadoras; de ahí se deduce que comprobarían si las propuestas de sus ministros concuerdan con los resultados, si cumplen su palabra, exigiéndoles que así sea; de ahí que gobernarían a todos según la ley y se cuidarían de saber claramente qué mueve a sus ministros a proceder como procedan. Y si, además, se asegurasen de que nadie recibiese premios inmerecidos, de que nadie sobrepasara los límites de su autoridad, de que las penas de muerte se ejecutasen de hecho y de que ningún crimen quedase impune, entonces ninguna maquinación ruin y malvada existiría.

Otro peligro son los grupos de poder. Veamos. Si se exige demasiado al pueblo, se verá abusado y buscará ayuda en ministros con poderes locales; estos ministros con poderes locales, una vez establecidos, comenzarían a descargar al pueblo de sus demasiados trabajos. Y, toda vez que pudieran ejercer tal poder que no les es propio, también podrían enriquecerse a base de cohechos. Y esto, que hombres de peso se enriquezcan a costa de abusar del pueblo y que la autoridad de los monarcas pase a manos de los ministros, no es exactamente la mejor manera de establecer el orden en el Imperio. De ahí que diga: el pueblo estará en calma si sus trabajos son pocos; y, si el pueblo está en calma, no habrá motivo para que nadie ejerza una autoridad impropia sobre el vulgo ni

para que haya ministros con poderes independientes. Y, sin ministros con poder interfiriendo, ese poder de dispensar premios estará todo en manos de los monarcas.

Está claro que, en condiciones normales, el agua apaga el fuego; pero si interponemos un cazo, restándole al agua eso con lo que generalmente vence al fuego, ved que el agua permanece en el cazo hirviendo hasta evaporarse toda, mientras el fuego sigue crepitando abajo alegremente. Tan sencillamente como el agua suele apagar el fuego debería el Gobierno apagar el mal en los Estados. Sin embargo, hay ministros que, en lugar de cumplir con su deber de defender la ley, cumplen la función del cazo, de modo que, aunque los monarcas tengan unas leyes muy claras en su mente, no tienen modo de aplicarlas y evitar el mal en sus Estados.

Mientras que las leyes y sus prohibiciones estuvieron y están ideadas para evitar el mal entre los hombres del vulgo y los humildes, de suerte que los castigos caían y caen sólo sobre ellos, resulta que según historias antiguas y registros del período *Chun Qiu* todo delincuente, todo traidor y todo criminal estaba confabulado con algún alto ministro. Es así como la desesperanza crece en un pueblo sin lugar donde ir a expresar su descontento y los grandes ministros forman tupidas barreras alrededor de unos monarcas que acaban embaídos y ante los cuales simulan no estar confabulados aparentando enemistad. Y es que tal enemistad es sólo aparente, pues en verdad tienen amistad secreta y espían sus puntos flacos desde todos los ojos y todos los oídos confabulados.

Con su visión tan ofuscada e impedida, sin poder obtener información veraz sobre las cosas, los monarcas dejan de serlo *de facto* y lo son sólo nomi-

nalmente, pues los ministros dan en emitir las leyes que les place, como le está acaeciendo al emperador de la dinastía Zhou. Y es que basta que el monarca confiera un poco de su poder a sus subordinados para que éstos se le pongan por encima. De ahí que diga: que ningún monarca confiera a ningún ministro ninguno de sus poderes ni su autoridad.

CAPÍTULO 18

DESDE EL TRONO

Muchos monarcas cometen este error: usar a hombres sin cargos para vigilar la prepotencia de hombres con cargos creyendo que aquéllos nunca cooperarán con éstos, cuando en realidad sólo están dejándose controlar por todos ellos, pues los que usan hoy para espiar son los espiados mañana. Ahora bien, si lo que quieren es evitar que los ministros actúen con una prepotencia que ponga al pueblo de su parte, mejor fijaban unas normas claras, unas leyes que limitasen sus poderes. Porque usar hombres en lugar de leyes para controlar a los ministros no es sino facilitar el surgimiento de camarillas ministeriales y luchas internas. Y confusos entre camarillas y luchas internas, los monarcas no sabrán cómo gobernar.

Y es que los ministros piensan así: piensan que el único modo de conseguir ascensos es haciéndose con una buena reputación o con la ayuda de alguien influyente; piensan que el único modo de conseguir autoridad es haciéndose con mucho poder a costa de infrin-

gir las leyes, y piensan que el único modo de esquivar las prohibiciones del monarca es fingiendo ser leales y honrados. Es decir, que siguen tres patrones de comportamiento que en realidad sólo sirven para destruir la ley y confundir a los monarcas en el gobierno. De ahí que los monarcas deberían asegurarse de tres cosas con respecto a los ministros: de que ninguno, por muy sabio y eficiente que fuera para la nación, se hiciera con mucho poder a costa de infringir las leyes; de que ninguno, por muy honrado que fuera en sus obras, consiguiera honra sin merecérsela por trabajos en bien de la nación; y de que ninguno, por muy leal que fuese a su monarca, ignorase las leyes y esquivase las prohibiciones. Del monarca que así hiciese se podría decir que ha fijado unas normas y unas leyes claras.

Todo monarca ha de cuidarse mucho de evitar ser asombrado por los hechos y cegado por las palabras. Y es que hay ministros que les engañan presentando propuestas de tan simple y barata ejecución que los monarcas, por no analizarlas bien, caen fácilmente en el asombro y en la admiración por los proponentes, de suerte que acaban haciendo lo que los ministros proponentes quieren. Y, cuando los monarcas son engañados de este modo, corren peligro.

También hay ministros que presentan propuestas cuya ejecución es aparentemente poco costosa, pero que en realidad lo es mucho. Pues bien, aunque sus propuestas tuvieran buenos resultados, no deberían recibir ningún premio sino que deberían ser tratados de infractores de la ley, infractores por haber hecho propuestas engañosas al monarca. Si así hicieran los monarcas, es decir, si no concediesen premio alguno a este tipo de ministros, ninguno de ellos osaría recurrir a palabras bonitas para engañarles. Es por ello por lo que todo buen monarca debería castigar a todo ministro

cuyas propuestas no dieran los resultados prometidos o cuyos resultados no fueran los propuestos, al margen de que desde sus cargos hubiesen logrado grandes éxitos o no. Del monarca que así hiciese se podría decir que sabe hacer a sus ministros responsables.

Muchos ministros, temiendo críticas de otros, hacen sus propuestas precedidas de palabras de este tipo: «sólo la envidia podría mover a alguien a criticar mi plan», de suerte que los monarcas ponderan más esto que los consejos de los otros ministros quienes, influidos a su vez por tal introducción, contienen sus críticas. Si así hiciesen tanto monarcas como ministros, no cabe duda de que los buenos ministros y sus propuestas quedarían relegados, mientras que los que quieren ganarse una buena reputación y sus propuestas serían elegidos. Del monarca que así hiciera se podría decir que está cegado por las palabras; y el poder de todo monarca cegado por palabras acaba en manos de sus ministros.

Lo que deberían hacer los monarcas con sus ministros es lo siguiente: deberían responsabilizarles tanto de las propuestas hechas e incumplidas como de no haber hecho ninguna propuesta. Por un lado, pues, deberían exigirles explicaciones cuando el plan presentado y sus resultados discordasen, cuando lo que hubieran dicho no pudiera ser comprobado; y, por otro, también deberían exigirles explicaciones cuando callasen, pues no estarían sino tratando de mantenerse en sus cargos al evadir la responsabilidad de aconsejar. De ahí que todo monarca debiera asegurarse tanto de entender los planes propuestos y los resultados obtenidos, para así poder responsabilizar al proponente de que ambos concuerden, como de saber por qué callan los que callan, para así poder responsabilizarles de su reticencia a aconsejar. Y de este modo, sabiendo que

serían responsabilizados tanto de sus palabras como de sus silencios, ningún ministro osaría ni hablar imprudentemente ni callar.

Todo monarca que desee llevar a cabo algún plan debería tenerlo todo bajo control antes de mostrar tal deseo; de lo contrario, su plan no sólo no le reportaría beneficios sino irremediablemente pérdidas. Al meditarlo, pues, es vital que todo monarca comprenda que no debería seguir deseos personales sino la razón, considerando buenos solamente aquellos planes que requirieran poca inversión y dieran grandes beneficios. Pero ocurre que muchos monarcas equivocados no lo comprenden y miran sólo lo conseguido olvidando lo invertido y, aunque esto último sea mucho más que aquello, no ven pérdida en ello. Aparentemente han ganado, pero en realidad han perdido; sus ganancias son pequeñas y sus pérdidas, grandes. Y es que ganar, claro, significa invertir poco y lograr mucho. Siendo común que los monarcas no sólo no castiguen a quienes hacen grandes inversiones pero producen pequeños beneficios sino incluso que confíen en ellos, es normal que los ministros de hoy sean ministros que hacen grandes inversiones pero logran pocos beneficios. Y tener ministros que logran poco es malo para cualquier monarca.

Esa tesis, tan conocida hoy, de «no cambiar los modos antiguos ni abandonar los viejos usos» es propia de los que ignoran cómo se ha de gobernar. Ningún Gran Hombre miraría si cambios o no cambios, y se ocuparía de gobernar bien, cambiando modos antiguos y abandonando viejos usos siempre que conviniera. De hecho, ¿cómo, sino gracias a los cambios que Yi introdujo en su reino de Yin y a los que Tai introdujo en el de Zhou, habrían podido llegar a reyes los modélicos Tang y Wu? ¿O cómo, sino gracias a los cambios que Guan Zhong introdujo en el reino de Ji y Guo Yan en el de Qin, habrían podido Huan y Wen erigirse en gloriosos dictadores?

Aunque la mayoría de los que no cambian los modos antiguos lo hacen por temor a que el pueblo proteste, en realidad, al no introducir cambios, no están sino perpetuando el camino del desorden, porque el auténtico objetivo de los que sólo quieren tener al pueblo contento no es bueno. Y, cuando se da una situación como la descrita, en la que el pueblo no reconoce qué lleva al desorden y qué al orden y sus dirigentes son incapaces de introducir reformas, es porque el gobierno se ha torcido. Todo monarca habría de ser lo suficientemente inteligente como para saber gobernar bien y lo suficientemente estricto como para llevarlo a cabo, de suerte que aplicara su política aunque fuera en contra de los deseos del pueblo. ¿Por qué hubo Shang de estar siempre rodeado de lanzas de acero y gruesos escudos para protegerse de posibles ataques si no? Y ved que lo mismo le ocurrió a Guo Yan cuando implantó sus nuevas políticas en el reino de Qi: que su monarca Wen le asignó guardaespaldas; y a Guan Zhong: que, cuando inició sus reformas, había de ir en carros blindados. Estos son tres ejemplos de cómo hubieron de protegerse del pueblo, porque el pueblo es tan estúpido e ignorante que protesta por pequeñas dificultades pasajeras olvidando que conducen al logro de beneficios duraderos para toda la nación[3].

[3] En los últimos treinta y cuatro caracteres (no traducidos aquí) de este capítulo abundan las erratas y las anécdotas históricas desconocidas; ningún escoliador ha logrado aclarar su sentido, quedando sin traducir en las versiones extranjeras cotejadas y sin anotar en *todas* las versiones consultadas en chino. Falta, pues, la traducción de treinta y cuatro caracteres.

CAPÍTULO 20

INTERPRETACIÓN DE LAO ZI[4]

[5]Mientras que la esencia pertenece a lo interior, los logros pertenecen a lo exterior. Lograr algo es algo hecho desde el exterior. Cuando Lao Zi afirma que «el hombre que tiene una esencia superior no se muestra como posesor de lo esencial», significa que el espíritu del hombre de esencia superior es algo que no vaga fuera de su yo y que, por no estar fuera de su yo, hace de él un hombre con un yo completo. Y en esto consiste dicha *esencia*: en tener un yo completo, en lograrse a uno mismo. ¿Cómo? Por medio de un

---

[4] En este capítulo, donde Han Fei comenta citas del *Dao De Jing* (*El Libro del Tao*) de Lao Zi, hemos *tratado de* no traducir dichas citas, sino de utilizar las traducciones que ya están hechas en español; es decir: las de Iñaki Preciado (Alfaguara, 1996) y Carmelo Elorduy (Ed. Nacional, 1983). Vid. Bibliografía, apartado 3.

[5] Comienza aquí el comentario al capítulo 38, según Waley y Elorduy (I en la versión de Preciado) del *Dao De Jing*.

constante no actuar y un no querer, por medio de un no pensar que da sosiego y de un no usar que da estabilidad. De ahí se sigue que actuar y querer acarrean la pérdida irrecuperable de la esencia; y sin la esencia el yo está incompleto. De ahí, también, que pensar y usar la esencia impida que se alcance la esencia estable; y sin dicha estabilidad el yo yerraría en lo que hiciera. De modo que los errores, en suma, no se deben sino a esto: a creerse en posesión de la esencia, porque es en realidad quien cree poseerla quien no la posee y quien cree no poseerla quien la posee. A esto se refiere Lao Zi cuando dice: «el hombre de virtud superior no se muestra como posesor de la esencia, y por eso no podría perderla nunca».

Propugnar el no actuar y el no pensar es propugnar el vacío interior, el que nada rija el pensamiento. De ahí que dejar de actuar y de pensar intencionadamente no indique sino que no se ha entendido qué es el vacío interior, pues dicha intencionalidad en el no actuar y en el no pensar indica que el pensamiento está enfocado hacia el vacío interior, indica que se está rigiendo el pensamiento para alcanzar el vacío interior. Y, ya que el vacío interior no tolera la rección del pensamiento, el regirlo para poder alcanzarlo niega la misma posibilidad de alcanzarlo; así pues, solamente quienes se olvidan de la inacción alcanzan el vacío interior. La inacción espontánea: eso es el vacío interior. Y es el vacío interior lo que perfecciona al hombre, pues le da la esencia total, y es dicha esencia total lo que hace de un hombre un hombre de esencia superior. A esto se refiere Lao Zi cuando afirma que «el hombre de esencia superior no hace nada, y por eso lo hace todo».

La benevolencia consiste en amar espontáneamente a los demás, en alegrarse de que los otros tengan

buena fortuna y en detestar que la tengan mala. Es un sentimiento incontrolable que, surgiendo del corazón de los hombres, no pretende retribución ninguna. De ahí que Lao Zi afirme que «quien posee la más alta benevolencia actúa, mas no pretende alcanzar fin alguno».

La rectitud es un tipo de relación que distingue a los monarcas, superiores, de sus ministros, inferiores; que diferencia a los padres, superiores, de los hijos, inferiores; que se refiere también a una relación de profundo conocimiento mutuo entre buenos amigos y que singulariza a los que nos son cercanos y nos son lejanos, a los de dentro y los de fuera. Según ella, lo apropiado es que los grandes ministros sirvan a los monarcas, que los subordinados obedezcan a sus superiores, que los hijos sirvan a los padres, que los hombres de condición inferior se sometan a los de condición superior, que los buenos amigos se ayuden mutuamente, y que los cercanos sean los de dentro y los lejanos los de fuera. En suma, la rectitud es un actuar, un actuar apropiadamente. De ahí que Lao Zi diga: «quien posee la más alta rectitud actúa, y siempre busca algún fin».

Los ritos son lo visible de los sentimientos. Son una suerte de estampado, de pauta que, establecida sobre la base de lo que es justo, rige la relación existente entre monarcas y ministros, entre padres e hijos, entre los hombres de condición superior e inferior, y entre hombres honrados e ímprobos. Por ejemplo, cuando en el corazón de los hombres hay sentimientos de humildad que no puede verbalizar, los traslucen por medio de sus actos y, así, se les ve caminando con pasos acelerados y cortos, o postrándose; y, cuando el corazón de los hombres siente un afecto inexpresado por alguien, lo dejan ver dirigién-

dole frases amables. Esto son ritos, actos que expresan sentimientos. De ahí que hayamos afirmado antes que los ritos son lo visible de los sentimientos. De esto se sigue que, cada vez que reaccionemos ante algo, estaremos siguiendo nuestros propios ritos inconscientemente. Pero el pueblo llano no observa los ritos para sí, sino para que otros los vean, como *muestra* de respeto; de ahí que a veces los observen meticulosamente y a veces no. Los hombres rectos, sin embargo, como los observan sólo para sí, los observan con la más alta reverencia. De modo que éstos los observan con reverencia mientras que aquéllos no. De ahí que Lao Zi afirme que «quien observa altamente los ritos actúa, mas nadie hace caso de él». El pueblo llano no observa los ritos, pero los hombres que siguen el *dao* sí: los observan a cada paso que dan, sin ningún descuido. De ahí que Lao Zi afirme que los hombres que conocen el *dao*, respecto a quienes no observan los ritos, «les señalan terriblemente para que los observen».

El *dao* es algo que se alcanza progresivamente, por medio de una progresión que conduce a lo esencial; de ahí que por medio del *dao* se logre algo: la esencia; la esencia es, pues, el logro del *dao*. La esencia lograda es, a su vez, algo que tiene una apariencia real, e igual que todo lo que tiene apariencia real, tiene un brillo: la benevolencia; la benevolencia es, pues, el brillo de la esencia. Dicho brillo, a su vez, también tiene un color e, igual que todo lo que tiene color, es un hecho: el hecho de la rectitud; la rectitud es, pues, la benevolencia que hay en los hechos. Los hechos, a su vez, están ritualizados e, igual que todo lo que está ritualizado, es una suerte de estampado: el estampado de los ritos; los ritos son, pues, el estampado de la rectitud. Pues bien, es a toda esta

concatenación a lo que se refiere Lao Zi cuando afirma: «tras el *dao* aparece lo esencial, tras la pérdida de lo esencial aparece la benevolencia, tras la pérdida de la benevolencia aparece la rectitud, tras la pérdida de la rectitud aparecen los ritos».

Siendo los ritos la apariencia de los sentimientos interiores y el referido estampado nada sino un embellecimiento exterior de la esencia, resulta que los grandes hombres prefieren los sentimientos a las apariencias, aman la esencia y detestan lo embellecido, porque ni los sentimientos cuya existencia depende de sus apariencias son buenos, ni la esencia cuya existencia depende de estar embellecida es estable. ¿En qué nos basamos para afirmar esto? En que ni el jade de He necesita de ningún color añadido que lo embellezca para ser hermosísimo, ni las perlas de Sui necesitan de ningún oro ni plata que las embellezca para ser bellísimas. Es decir: en que si la esencia es en sí de hermosura insuperable, ningún adorno habrá que logre acrecentar dicha hermosura. El que algo requiera ser embellecido para llegar a ser admirado por todos no indica sino que su esencia carece en sí de hermosura. De ahí que los ritos entre padres e hijos sean débiles, no necesitados de embellecimiento. Es decir, que del mismo modo que es imposible que dos aspectos contradictorios de una cosa coexistan en toda su plenitud, como el *yin* y el *yang*, o que dos razones sean incompatibles y simultáneas, como castigar y premiar, es imposible que cuando las esencias sean fuertes sus apariencias no sean débiles: por eso son así los ritos entre padres e hijos. De esto se sigue que una abundancia de ritos indica una carencia de sentimientos, de lo interior. De ahí que los ritos, cuyo fin no debería ser otro que el de facilitar a los hombres conocerse sincera y profundamente, sólo

engendren en quienes los observan una alegría superficial, si son ritualmente correspondidos, y un fuerte enfado, si no lo son. Aunque deberían servir para que los hombres conocieran bien el corazón de los otros hombres, sólo sirven para darles un criterio según el cual hacerse reproches mutuamente. ¿Cómo no iban a surgir, pues, disputas entre nosotros? Y porque dichas disputas engendran, a su vez, desórdenes sociales, Lao Zi afirma: «los ritos, menoscabo de la lealtad y la confianza, son el principio de un gran desorden».

A lo que prevé el surgimiento de los hechos y a lo que anticipa los porqués de las cosas se llama predicción. Pero hacer predicciones, método que propugnan hoy algunos, no es sino un confuso conjeturar sin fundamento. ¿Cómo se puede mostrar esto que digo? De la siguiente manera: un día, estando en casa sentados Zhang He, el taoísta, y un discípulo suyo, oyeron un mugido afuera. El discípulo dijo: «es de una vaca negra con la frente blanca». Zhang He le replicó: «en efecto, es de una vaca negra, pero lo que tiene blanco son los cuernos». Mandaron a un muchacho a comprobarlo: la vaca era negra y tenía los cuernos vendados de blanco. Es éste un método no sólo pomposo y huero: también desorienta a los hombres y les hace malgastar energía. De ahí que Lao Zi afirme que «la predicción es mero ornamento del *dao*, y principio de la necedad», pues para saber que se trataba de una vaca negra con los cuernos vendados de blanco no hacía falta seguir el método de Zhang, sino simplemente enviar a un muchacho, incluso al más estúpido, a mirar. Por eso, aplicar el método de Zhang no sólo fatiga el pensamiento inútilmente sino que, además, proporciona los mismos resultados que si, sencillamente, se

enviase a un estúpido a mirar. De ahí que Lao Zi, hablando de este método predictivo, lo llame «principio de la necedad». Y de ahí su sentencia: «las predicciones son huero ornamento del *dao* y principio de la necedad».

Cuando Lao Zi habla de «los grandes hombres» no se está refiriendo sino a los hombres de gran sabiduría. Y, cuando afirma de ellos que «se atienen a lo que acrece y no a lo que menoscaba», se está refiriendo a que son hombres que buscan los sentimientos verdaderos y rechazan los ritos aparentes. Y, cuando afirma de ellos que «se atienen a la esencia y no al huero ornamento», se está refiriendo a que son hombres que no actúan desorientadamente sino conforme a la lógica de las cosas. Y cuando dice: «rechazan lo uno y adoptan lo otro», significa que rechazan las apariencias y el actuar desorientadamente y dejan que la lógica de las cosas guíe sus actos. A todo ello se refiere Lao Zi cuando dice que «rechazan lo uno y adoptan lo otro».

[6]De las desgracias con que el Cielo castiga a los hombres nace ese temor en ellos que les induce a ser honrados y rectos; ser honrados les lleva a meditar cuidadosamente cómo actuar antes de actuar; y es justamente meditando cuidadosamente antes de actuar como se descubre la lógica de las cosas.

---

[6] Comienza aquí el comentario al capítulo 58, según Waley y Elorduy (XXI en la versión de Preciado). Conviene saber que la palabra «desgracia» (*huò*) connotaba dos ideas: una, la de castigo del Cielo por malos actos cometidos por los hombres; dos, la de la presencia de demonios o fantasmas perniciosos, causantes de dichas desgracias, caso que analiza Han Fei en este mismo capítulo más abajo, en el párrafo que comienza «del mismo modo que el aprecio por los médicos surge cuando las enfermedades...».

Resulta, pues, que ser honrado evita castigos y elude desgracias; y cuando ni castigos ni desgracias caen sobre los hombres, mueren de muerte natural. Y es que quien actúa conforme a la lógica de las cosas nunca yerra y, por no errar, llega a vivir una vida repleta de riquezas y honores, y a morir una muerte natural. Y puesto que a esto, es decir, a vivir una vida repleta de riquezas y honores, larga y no truncada, es a lo que Lao Zi llama *felicidad*, se sigue que las desgracias son el origen de la felicidad. De ahí su frase: «la felicidad se apoya en la desgracia».

Cuando la buena fortuna favorece a los hombres con riquezas y honores, su vida se torna abundante. Pero la vida abundante les vuelve arrogantes, y su arrogancia les induce a cometer delitos y a no actuar conforme a la lógica de las cosas, delitos que traen consigo penas capitales y abandono de la lógica de las cosas que les lleva a errar en la vida. Y puesto que a esto, es decir, a padecer la calamidad de una vida carente de buena fama y de una muerte violenta, es a lo que Lao Zi llama *desgracia*, se sigue que la felicidad es el origen de las desgracias. De ahí su frase: «la desgracia en la felicidad se esconde».

Nada hay inalcanzable para quien actúa conforme a la lógica de las cosas. Si nada hay inalcanzable, tan alcanzable será para quienes actúen conforme a la lógica de las cosas el respeto y el poder de los monarcas como el sueldo y la gloria de grandes generales, como Qing y Xiang. Pero de nada les serviría ser tan poderosos como un monarca ni ser tan respetados como un gobernador a quienes actúan a ciegas y en disconformidad con la lógica de las cosas: éstos no sólo jamás conseguirán grandes riquezas, como las que poseen algunos magos como Yi Dun y Tao Zhu, sino que también perderán el

apoyo del pueblo y sus bienes. ¿Por qué, entonces, es precisamente esto lo que hace el pueblo llano?, ¿por qué abandona tan fácilmente la lógica de las cosas y actúa a ciegas? Porque desconoce que las razones de la intermutabilidad de la felicidad y la desgracia son tan profundas y ocultas como acabamos de ver. A esto se refiere Lao Zi cuando se pregunta así acerca de dicha intermutabilidad de la desgracia y la felicidad: «¿quién conoce el porqué?».

No hay quien no anhele vivir una vida larga, repleta de riquezas y de honra, y morir en paz; igualmente, no hay quien no aborrezca las desgracias de ser pobre, de estar deshonrado y de tener una muerte violenta. ¿Por qué, pues, hay quienes, anhelando tener una vida larga, repleta de riquezas y honra, y una muerte natural, son pobres, están deshonrados y tienen muertes violentas? Porque son incapaces de conseguir lo que anhelan. A los que, alejados del camino que en verdad desean seguir, van confusamente, se les llama *extraviados* en el libro de Lao Zi. Puesto que estar extraviado significa no poder arribar donde se desea arribar ni conseguir lo que se anhela, y puesto que el pueblo llano de hoy es incapaz de arribar donde desea arribar, se puede decir de él que está *extraviado*. Pero esta incapacidad suya para arribar donde anhela arribar es algo que viene ocurriendo desde que hay Cielo y Tierra; de ahí que Lao Zi afirme: «la confusión en que el hombre vive es muy antigua».

En la cita de abajo, el hombre al que Lao Zi llama *cuadrado* es aquel que hace lo que dice, aquel cuyas palabras y obras coinciden; el hombre al que llama *anguloso* es aquel que se despreocupa de la vida y la muerte, que desdeña las riquezas materiales; el hombre al que llama *recto* es aquel que es honesto y no

trabaja por su solo bien sino por el de su nación, y el hombre al que llama *brillante* es aquel cuya posición es elevada y es rico. Pero resulta que de dichos cuatro tipos de hombres que conocen el *dao*, no hay un solo *cuadrado* que, desde su rectitud en el cumplimiento de su palabra y su laboriosidad, vitupere a los degenerados y maldiga a los indigentes; no hay un solo *anguloso* que, desde su despreocupación por la vida y la muerte y desde su desdén por las riquezas materiales, infame a los blandos incapaces y se mofe de los avariciosos; no hay un solo *recto* que, desde su honradez en el obrar y su lealtad a la nación, denigre a los ímprobos y desacredite a los maquinadores, y no hay un solo *brillante* que, desde su posición elevada y su riqueza, desprecie a los hombres de posición inferior y humille a los pobres. ¿Por qué? Porque igual que hacen los extraviados, quienes por no pedir consejo a quienes saben el camino no dejan de errar ni aciertan nunca, así hace el pueblo llano, ignorante de cómo hallar dicho camino: que ni busca ni sigue los consejos de quienes no lo ignoran. Y que el pueblo llano, ignorante, ni pida ni siga los consejos de los hombres que conocen el *dao*, sólo genera en éstos recriminaciones por todos los desórdenes que aquéllos acarrean. Pero el pueblo llano es numeroso y los hombres que conocen el *dao* son escasos; y, considerando que está escrito que los muchos vencen a los pocos, si quienes conocen el *dao* se opusieran al pueblo sólo conseguirían esto: desgracia y muerte; de ahí que, para guiar al pueblo, lo que debieran hacer es seguir un sistema legal. Por eso afirma Lao Zi que «el varón que conoce el *dao* es cuadrado pero sin aristas cortantes; anguloso, pero no hiriente; recto, pero sin intemperancias; luz, pero sin resplandores ofuscantes».

[7]El buen oído, la buena vista y la mucha inteligencia son dones de la Naturaleza. El movimiento, el silencio y la reflexión son obras de los hombres. Para poder escuchar, los hombres necesitan del don natural del oído; para poder ver, los hombres necesitan del don natural de la vista y, para poder reflexionar, los hombres necesitan del don natural de la inteligencia. Pero si usamos en exceso el aparato auditivo, el oído dejará de oír bien; y, si usamos en exceso la vista, el ojo dejará de ver bien; y, si usamos en exceso la inteligencia, la inteligencia se ofuscará. Y, si el ojo no ve bien, ¿cómo diferenciaremos lo blanco de lo negro?; y si el oído no oye bien, ¿cómo distinguiremos lo agudo de lo grave?, y, si la inteligencia está ofuscada, ¿cómo discerniremos el bien del mal? A la incapacidad del ojo para diferenciar lo negro de lo blanco se le llama ceguera; a la incapacidad del oído para distinguir los sonidos agudos de los graves se le llama sordera, y a la incapacidad del espíritu para discernir entre el bien y el mal se le llama perturbación. Siendo ciegos, ¿sería posible evitar los peligros cotidianos?; siendo sordos, ¿sería posible evitar los peligros de los truenos y los relámpagos?; y, estando perturbados, ¿sería posible evitar las penas y los tormentos de la ley? Cuando Lao Zi habla de «gobernar a los hombres», se está refiriendo a que hay que hacerlo armonizando movimiento y quietud, siendo avaros con las energías invertidas en la reflexión; y, cuando habla de «servir al Cielo», se está refiriendo a que no hay que forzar ni el oído ni la vista, a que no hay que afanarse en el uso de la inteligencia. ¿Por

[7] Comienza aquí el comentario al capítulo 59, según Waley y Elorduy (número XXII en la versión de Preciado).

qué? Porque de lo contrario sólo lograríamos esto: fatigar nuestro espíritu, y fatigar el espíritu sólo acarrea desgracias, las desgracias propias de la ceguera, de la sordera y de la perturbación. De ahí que debamos ser parcos en su uso. ¿Qué significa *ser parcos en su uso*? Significa conservar nuestro espíritu y no malgastar nuestra inteligencia. A todo esto se refiere Lao Zi al afirmar: «cuando se gobierna a los hombres y se sirve al cielo, nada hay como ahorrar la energía vital».

El pueblo llano usa su espíritu impetuosamente, lo cual le conduce a desgastarlo mucho, es decir, a *derrocharlo*. Los hombres que conocen el *dao*, por el contrario, usan su espíritu comedidamente, lo cual conduce a no desgastarlo, es decir, a *morigerarlo*. Dicha morigeración en el uso del espíritu es un tipo de método nacido del *dao* y de la lógica de las cosas, y aquellos que logran aplicarlo logran vivir según el *dao* y conforme a la lógica de las cosas. No ocurre así con el pueblo llano, pues cuando se topa con desgracias o con la mala fortuna obstruyéndole el paso no sabe dejarse guiar por el *dao* ni plegarse a la lógica de las cosas, y retroceder. Contrariamente, los hombres que conocen el *dao* no necesitan ver señales de mala fortuna para plegarse a la lógica del *dao*, para ejercitar la vacuidad y la no-acción, sino que lo están haciendo constantemente, es decir, constantemente están usando su espíritu conforme a la lógica del *dao*. De ahí que Lao Zi diga que «el morigerar previene de antemano».

Quien sabe cómo se ha de gobernar a los hombres, sin duda sabe también tener el pensamiento en calma, y quien sabe cómo se ha de servir al Cielo, sin duda sabe también mantener abiertos sus orificios. La esencia permanece en aquel cuyo pensamiento está en calma y la energía vital entra en aquel que diariamente mantiene abiertos sus orificios: de ahí que Lao Zi hable de ello en términos de «multiplicar la esencia». Y, puesto que poder retener la esencia en el interior de cada uno y conseguir que la energía vital entre en cada uno constantemente implica haberse plegado al *dao*, Lao Zi dice: «sólo ahorrando la energía vital se puede uno plegar al *dao* anticipadamente y, así, multiplicar la esencia en uno». Multiplicar la esencia en uno proporciona, por tanto, un espíritu en calma; teniendo el espíritu en calma también se tiene armonía; por la armonía uno alcanzará todo aquello que desee alcanzar; si uno es capaz de alcanzar todo lo que desea, también podrá tener un dominio absoluto sobre todas las cosas; quien domina todas las cosas no tendrá dificultades en vencer guerras, y las ideas de aquel que venza con facilidad en las guerras regirán el mundo: de ahí la frase de Lao Zi que dice: «nada hay que no se pueda superar». Y, puesto que el que no haya nada insuperable es posible gracias a haber multiplicado primero la energía vital, Lao Zi dice: «multiplicando la energía vital, nada hay que no se pueda superar». De quien no tiene dificultades en ganar las guerras y, consecuentemente, puede poseer el mundo, y de aquel cuyas ideas rigen el mundo y, consecuentemente, puede tener al pueblo sometido, es decir, de quien por un lado vencerá en las guerras fácilmente y, por otro, tendrá al pueblo sometido, se puede decir que domina un método inescrutable cuyos detalles nadie más alcanza a ver y que, por tanto, no habiendo nadie más que alcance a ver los detalles de dicho método, resulta inabarcable para todos. De ahí que Lao Zi afirme, refiriéndose a dicho método, que «si nada hay que no pueda supe-

rar, no hay modo de conocer los límites de su fuerza».

Incorrecto sería decir de quienes han perdido su nación y enfermado que «poseyeron una nación» y que «tuvieron buena salud», pues poseer una nación implica protegerla y preservarla, y tener buena salud, llevar una vida que concluya de muerte natural. Es decir, sólo si la nación está bien protegida y la salud se apaga de muerte natural se puede hablar en esos términos. Y para poseer una nación y tener salud hay un camino: seguir el *dao*. Porque, siguiendo el *dao*, uno crece en inteligencia; y si uno es muy inteligente, sus designios son impensables para los otros; y si los designios de uno son impensables para los otros, uno mismo resulta inescrutable para el pueblo llano. Y sólo aquellos que siguen el *dao* logran volver sus actos impensables para todos, y sólo aquellos que vuelven sus actos impensables para todos logran en verdad poseer una nación y tener salud. De ahí que Lao Zi afirme que «sólo siendo inescrutable puede llegar uno a poseer una nación».

Cuando Lao Zi habla de «poseer la madre del Estado» significa que poseer la madre del Estado es lo mismo que seguir el *dao*, porque es siguiendo el *dao* como se llega a conocer el arte de gobernar, que es a lo que a lo que Lao Zi llama «poseer la madre del Estado». Y cuando Lao Zi afirma que «cuando se posee la madre del Estado, es posible conservar la posición de poder largo tiempo» se está refiriendo a que la vida de quienes siguen el *dao* es larga y de cargos duraderos y grandes sueldos. Todo árbol tiene raíces secundarias y una raíz principal; a las que se refiere Lao Zi en la cita de abajo cuando utiliza la palabra «raíz» es a la principal; pues bien, del mismo modo que la raíz principal es lo fundamental para la

vida del árbol y las secundarias, lo que sustenta lo fundamental, es la esencia lo fundamental en la vida de los hombres y dicha posición de poder, lo que sustenta lo fundamental. Esto aclara a qué se feriere Lao Zi cuando habla de «profundas raíces finas», es decir, a que uno se mantendrá en un alto cargo siempre que actúe conforme a la lógica del mundo, y a qué apunta cuando dice «firmes raíces gruesas»: a que la vida de uno será larga siempre que siga el *dao*, ya que, si la raíz gruesa está firme, la vida será necesariamente larga y, si las raíces finas bajan hondo, la vida será necesariamente duradera; y de ahí que Lao Zi identifique «la profunda raíz gruesa y las profundas raíces finas» con «el *dao* de larga y duradera vida».

[8]Cuando los artesanos cambian constantemente de oficio, su trabajo pierde efectividad. Cuando los trabajadores cambian constantemente de ocupación, su trabajo también pierde efectividad. Se pierde tanta que la efectividad de la jornada de un hombre queda reducida a la efectividad de media jornada, de manera que, en diez jornadas, se habrá perdido el equivalente a la efectividad de cinco hombres; y, si consideramos ahora diez mil hombres, veremos que la efectividad de una jornada de diez mil trabajadores quedaría reducida a la efectividad de media jornada, de manera que en diez jornadas de diez mil hombres se habría perdido el equivalente a la efectividad ¡de cincuenta mil hombres! Cuantos más hombres cambiando constantemente de trabajo consideremos, mayores

[8] Comienza aquí el comentario al capítulo 60, según Waley y Elorduy (número XXIII en la versión de Preciado).

resultarán las pérdidas. Pues bien, algo semejante ocurre con la ley. Modificarla acarrea unos cambios que ni el pueblo ni la nación saben si les serán beneficiosos o perjudiciales y que, precisamente por ello, inducen al pueblo a cambiar también de oficio, buscando aquellos que le beneficien y evitando aquellos que no. A esto, y no a otra cosa, es a lo que nos referimos al hablar de *cambios de oficio*. Si consideramos este asunto desde el punto de vista de la razón, veremos que, así como forzar a muchos hombres a trabajar cambiando de ocupación constantemente sólo provoca cambios que reducen mucho la efectividad de su trabajo, el cambiar de lugar continuamente colecciones de valiosas piezas sólo aumenta las posibilidades de que se rompan o deterioren; el cambiar repetidamente de posición a un pez que estemos friendo estropea su aspecto y lo deshace, y el gobernar una gran nación modificando sus leyes constantemente acarrea sufrimientos para el pueblo. Por estos motivos, el monarca que comprende el *dao* concede gran importancia a la quietud y, consecuentemente, a no modificar la ley con facilidad. A todo esto se refiere Lao Zi cuando dice que «regir un gran Estado es como freír un pequeño pez».

[9]Del mismo modo que el aprecio por los médicos sólo surge cuando las enfermedades asaltan al pueblo, el temor a los malos espíritus sólo brota cuando al pueblo le sobrevienen desgracias. Pero de otro

[9] Para comprender este párrafo cabalmente es preciso saber de antemano que en la China de Han Fei se consideraba que las desgracias (que incluían los castigos por delitos cometidos) tenían o podían tener su origen en maleficios emitidos por demonios o espíritus.

modo serían las cosas si fueran los hombres que conocen el *dao* quienes gobernasen. Porque el pueblo tendría entonces menos deseos; y, al tener menos deseos, su cuerpo estaría más en calma y sus actos y sus obras estarían mejor encaminados; y por ello, por estar mejor encaminados, estarían libres tanto de enfermedades como de castigos. Y libre de castigos exteriores, como la pena de muerte, y también libre de enfermedades interiores, como el ántrax, la lepra, etc., el pueblo se olvidaría de los malos espíritus. De ahí que Lao Zi diga: «cuando se usa el *dao* para gobernar el mundo, los malos espíritus pierden su maléfico poder». Con que este maléfico poder en nada atemoriza a quienes saben gobernar bien el mundo se relaciona la frase de Lao Zi que dice: «No es que los malos espíritus pierdan su maléfico poder: es que su maléfico poder no logra dañar a los hombres.»

Pero, aunque pueda olvidarse el pueblo de los malos espíritus, seguirá padeciendo otros castigos y penas y desgracias: del mismo modo que los malos espíritus dañan la vida de los hombres enfermándoles y los hombres les devuelven el daño ahuyentándolos, el pueblo daña a los monarcas infringiendo la ley y los monarcas le devuelven el daño imponiéndole castigo y penas. ¿Qué sería necesario para que el pueblo viviese libre de los castigos de los monarcas? Que dejase de infringir la ley. A todo esto se refiere Lao Zi cuando afirma: «y así el hombre que conoce el *dao* no daña a otros hombres». A una situación tal en la que ni los hombres que siguen el *dao* dañan al pueblo ni viceversa, y en la que ni el pueblo es dañado por los malos espíritus ni viceversa, es a la que se refiere Lao Zi cuando dice: «unos y otros no se dañan mutuamente». De manera que, si el pueblo

no osara infringir la ley, el monarca no tendría motivos para dañarle imponiéndole castigos ni requisándole bienes; y, no padeciendo los daños derivados de la imposición de castigos y de la requisición de bienes, prosperaría grandemente; y, prosperando grandemente, tendría acopio de todo lo necesario, que es a lo que Lao Zi llama estar en posesión de la esencia.

En cuanto al estado contrario, es decir: al de carecer de esencia, es debido a los maleficios de los malos espíritus, maleficios que provocan en los hombres la pérdida del espíritu, pérdida del espíritu que a su vez genera en ellos confusión mental, que es al estado que Lao Zi llama no estar en posesión de la esencia. De ahí que, si los malos espíritus no enviasen maleficios a los hombres, éstos no perderían su espíritu; no habiéndolo perdido, no estarían confusos y, por consiguiente, estarían en posesión de la esencia. Así pues, si los monarcas consiguiesen que su pueblo tuviera gran cantidad de todo lo necesario y lograsen protegerle de esa confusión provocada por los malos espíritus, conseguirían también que esté en posesión de la esencia. De ahí que Lao Zi afirme que «unos y otros no se dañan mutuamente, y así lo esencial es por ambos alcanzado». Y de que tanto los monarcas como sus pueblos estuviesen en posesión de la esencia se beneficiarían los hombres grandemente.

[10]Los monarcas que siguen el *dao* son monarcas que no odian a sus contiguos Estados enemigos y que favorecen a su pueblo. No odiar a sus vecinos enemigos significa que los tratan con reverencia ritual y favorecer a su pueblo, que promueven el desarrollo de lo esencial para el bienestar del pueblo, es decir, de la agricultura. De que traten a los príncipes vecinos con reverencia ritual se sigue la improbabilidad de que estallen guerras entre ellos, y de que gobiernen promoviendo especialmente el desarrollo de lo esencial se sigue una reducción en las actividades superficiales del pueblo. Digamos los caballos, por ejemplo. Los caballos, costoso bien que pocos pueden adquirir, se usan hoy en actividades superficiales como la guerra o el transporte de personas o mercancías. Mas si fuesen los monarcas gobernantes seguidores del *dao*, es decir, monarcas que ni llevaran su nación a la guerra ni permitieran que el pueblo malgastase las cosas útiles para la agricultura en actividades superficiales, los caballos ni se usarían para capturar a los enemigos derrotados en la guerra ni para transportar cosas a lugares lejanos, sino que se usaría toda su energía arando, en labores de regadío y aprovechándose sus heces para abono de los campos. A esto se refiere Lao Zi al decir: «cuando el *dao* reina en el mundo, los caballos de paseo son usados para abonar los campos de cultivos con sus heces».

Frente a éstos, los monarcas que no siguen el *dao* son monarcas que tiranizan al pueblo y se anexionan territorios de naciones vecinas. Tiranizar al pueblo significa expropiarle sus bienes y la anexión de terrenos, la multiplicación de las guerras. Las expropiaciones dejan al pueblo pocas bestias para la agricultura y las guerras frecuentes dejan los ejércitos diezmados. Y, si hay pocas bestias, también habrá pocos caballos de guerra; y, si los ejércitos están diezmados, el Estado correrá peligro. Y dada la escasez de caballos de guerra, hasta las yeguas a

[10] Comienza aquí el comentario al capítulo 46, según Waley y Elorduy (número IX en la versión de Preciado).

punto de parir han de ser llevadas a guerrear y, dado el peligro que corre el Estado, hasta los ministros consejeros han de ir al frente. En suma, los caballos son vitales para el ejército. «Campo de batalla» se refiere en esta frase de Lao Zi a un lugar no muy alejado del centro de la ciudad y toda la frase, «cuando no reina el *dao*, aun las yeguas paren en el campo de batalla», a que la situación actual es tal que ha de proveerse a los ejércitos con yeguas a punto de parir y con ministros.

Los deseos llevan a los hombres a confundirse en sus obras futuras y tal confusión enciende en ellos vehemencia exorbitante, una vehemencia exorbitante tal que engendra en ellos malas ideas, unas malas ideas que borran en ellos la diferencia entre el bien y el mal, y el olvido de tales principios al obrar sólo les trae castigos y desgracias. Es decir, que las malas ideas son la causa de los castigos y las desgracias, y las cosas deseadas son el origen de las malas ideas. Dichas cosas deseadas tienen consecuencias activas y pasivas sobre las buenas personas: activamente, les inducen a cometer malos actos; pasivamente, atraen desgracias hacia ellas. Y tales hombres, envilecidos, son tan perjudiciales para los monarcas como para el pueblo: para los monarcas, en cuanto debilitan su poder arrogándoselo; para el pueblo, en cuanto le hacen sufrir con tantas desgracias. Y, en la medida en que debilitan el poder de los monarcas y hacen desgraciados a los pueblos, dichas cosas deseadas resultan ser dos grandes crímenes. De ahí que Lao Zi afirme que «no hay crimen mayor que dejarse arrastrar por los deseos». Y de ahí también que los hombres que siguen el *dao* no se sientan atraídos por nada, ni por las cosas más hermosas ni por las músicas más arrebatadoras, y que los monarcas que son precavidos desdeñen todo capricho valioso y arrojen todo lo que sea excesivamente hermoso.

Dado que al hombre nunca le fue concedido el don de una piel que le proteja del frío como a otros animales, ni tampoco el de que el Cielo y la Tierra le provean de los alimentos necesarios para vivir, sino que ha de buscar métodos para saciar su estómago, es inevitable que desee lo que le ayude a conseguir ambas cosas. Y, si no logra deshacerse de tales deseos, vivirá siempre desasosegado. Los hombres que siguen el *dao* están libres de desasosiegos, pues se contentan con que sus abrigos les protejan del frío y los alimentos les sacien los estómagos, pero los hombres del pueblo llano no: viven en desasosiego, incapaces de liberarse tanto de grandes como de pequeños deseos, queriendo siempre llegar a ser príncipes o llegar a ser ricos. Si posible sería que algún penado leve fuese perdonado y que algún condenado a muerte fuese esculpado, imposible es que aquellos cuyos deseos nunca quedan satisfechos se liberen de ellos. De ahí que Lao Zi afirme que «no hay mayor desgracia que el no saberse nunca contento».

Decíamos que el origen del desasosiego en los hombres no es sino su desear. Pues bien, es de dicho desasosiego de donde nacen las enfermedades de los hombres, y las enfermedades dañan su inteligencia de tal modo que acaban siendo incapaces de distinguir entre el bien y el mal, y tal indistinción trae el libertinaje, y el libertinaje trae desgracias, y las desgracias traen enfermedades que se aferran a los hombres inseparablemente, enfermedades que acaban por hacer que los dolores los invadan poco a poco y, una vez dentro, les dañen el estómago llenándoles de dolor, de un dolor que les irrogará un infinito perjuicio. Y es sólo cuando se enfrentan a tan doloroso per-

juicio cuando los hombres retroceden, llenos de culpa y conocedores de que su origen no es otro que sus propios deseos. De ahí la frase de Lao Zi: «no hay defecto más doloroso que la ambición».

El *dao* es algo cuya apariencia singular es todas las apariencias, cuya lógica abarca la lógica de todas las cosas. Puesto que es dicha lógica lo que ordena todas las cosas, pero es el *dao* lo que las origina, decimos que el *dao* es el origen de la lógica de las cosas, una lógica de las cosas tal que impide que haya choques entre ellas, de lo que se sigue, de este poder impedir que haya choques entre las cosas, que es una fuerza que lo rige todo. Ya que dicha lógica es particular a cada cambiante cosa, existiendo así muchas lógicas diferentes pero abarcadas todas por el *dao*, el *dao* es algo que no puede no estar en un constante cambio semejante al de cada cosa concreta. Y, dado que el *dao* es algo que no puede no estar en un constante cambio semejante al de cada cosa concreta, tampoco puede estar sujeto a un principio único, inmutable. De ahí que sea el origen tanto de la vida como de la muerte, de la sabiduría como de la necedad, de las apariciones como de las desapariciones de todo. De ahí que, gracias al *dao*, el Cielo sea alto; gracias al *dao*, la tierra sea vasta; gracias al *dao*, la estrella polar sea fundamental; gracias al *dao*, el Sol y la Luna emitan luz eternamente; gracias al *dao*, los cinco elementos sean primordiales; gracias al *dao*, cada estrella siga su derrota correcta; gracias al *dao*, el clima rija el cambio de estación a estación; gracias al *dao*, el emperador Xuan Yuan fuera el más poderoso; gracias al *dao*, la vida del inmortal Chi Song fuera tan dilatada como la del Cielo y la Tierra y, gracias al *dao,* haya habido Grandes Hombres que supieron instaurar todos los sistemas necesarios para

la sobrevivencia de los demás: sabio como los reyes modelo Yao y Shun, altanero como Jie Yu, destructor como Jie y como Zhou, poderoso como Tang y como Wu: así es el *dao*. Y, cuando uno cree que lo tiene cerca, resulta estar tan lejos como los cuatros puntos cardinales; y, cuando uno cree que lo tiene lejos, resulta estar al alcance de la mano; y, cuando uno lo cree oscuro, resulta que su luz es fuerte y, cuando uno lo cree brillante, resulta ser oscuro. El *dao* es algo que se puede transformar en el Cielo y la Tierra, que se puede trocar en truenos y relámpagos, y de lo que toda cosa en el universo depende para poder nacer. El *dao* es algo imposible de fabricar y algo que no se muestra, algo blando y algo flexible, algo que cambia con el tiempo y algo conforme a la lógica de las cosas. Cuando el *dao* está en todo, todo puede morir; y, cuando el *dao* está en todo, todo puede nacer. Cuando el *dao* está en todo, todo puede lograrse; y, cuando el *dao* está en todo, todo puede malograrse. Con el *dao* es como con el agua: los hay que, no sedientos, beben tanta agua que mueren, pero también quienes, muertos de sed, beben lo justo y sobreviven. Con el *dao* es también como con las picas, que traen desgracias, pues matan vidas, cuando son esgrimidas por estúpidos airados, pero también traen felicidad, pues matan criminales, cuando son los hombres que siguen el *dao* quienes las vibran. En suma, cuando el *dao* está en todo, todo muere y todo nace, todo se logra y todo se malogra.

Aunque pocos hombres hayan visto un elefante vivo, muchos han visto sus huesos ya muerto, y lo habrán imaginado a partir de ellos. Igualmente ocurre con el *dao*: que, siendo invisible e inaudible, los hombres que lo poseen le dan una apariencia a partir de sus logros visibles. De ahí que Lao Zi afirme que

el *dao* es «una forma sin forma, una apariencia sin cuerpo».

[11]Dado que es la lógica de las cosas lo que las diferencia, lo que diferencia lo cuadrado de lo redondo, lo largo de lo corto, lo fino de lo grueso y lo rompible de lo irrompible, es fijándola como se le podría dar un nombre y esclarecer. Pero siendo algo que tanto aparece como desaparece, que tanto muere como renace y que tanto florece como decae, no se le puede dar el nombre de «permanente», pues a las cosas que aparecen y desaparecen, que de súbito mueren y de súbito renacen, que comienzan a florecer y acaban por decaer, no se las puede denominar «permanentes», pues es éste un nombre sólo conveniente para algo que haya nacido cuando nació el universo y que perdure, sin morir ni decaer, tras la desaparición de éste. Lo permanente, pues, es algo que no cambia, que no sigue lógica fija y que, precisamente por no tener una lógica fija ni estar fijo en ningún lugar, es inexplicable. Así que fueron los hombres que conocen el *dao* quienes, a la vista de cuán abstruso es lo permanente y cuán lejanas las normas de su movimiento universal, acabaron por darle un nombre, «*dao*», para poder nombrarlo. De ahí que Lao Zi diga «el *dao* que puede nombrarse, no es el *dao* permanente».

[12]En el nacer se halla el principio del hombre y en el morir, su fin. Cuando Lao Zi habla de «salir» y de «entrar» en la frase «salir a la vida y entrar a la muerte», se está refiriendo a dicho principio y a dicho fin. El cuerpo del hombre está compuesto de trescientas sesenta partes, de las cuales sus cuatro miembros y sus nueve agujeros son las más importantes. Dichas trece partes importantes, tanto estén en movimiento como inmóviles, viven en la vida; a vivir en la vida Lao Zi llama «pertenecer a». De ahí que diga que los trece pertenecen primero a la vida y que, después de muerto el hombre, los mismos trece pertenecen a la muerte, al otro lado, siendo también trece las partes en la muerte. Y por eso escribe Lao Zi: «al nacer, los trece pertenecen a la vida, cuando se muere, los trece pertenecen a la muerte». Aunque la vida humana sea algo que se reproduce incesantemente y en la cual los hombres no pueden no dejar de moverse y obrar incesantemente, moverse en exceso no acarrea sino daños. De lo cual se sigue que moverse incesantemente es, además de un dañarse, un dañarse incesante, un dañarse incesante que desgasta la vida, produciendo un desgaste cuyo final no tiene otro nombre que el de muerte. De ahí que dijéramos que en constante avance hacia la muerte están las trece partes del cuerpo de los hombres, y también que Lao Zi afirme: «los hombres se aferran a la vida, y haciendo trabajar sus trece partes, no van sino camino de la muerte».

De ahí también que los hombres que siguen el *dao* estimen grandemente el vivir en calma, conservando en ellos su energía, que no vivir en calma y perder la energía interior es peor que los rinocerontes y los tigres. Y es peor que rinocerontes y tigres porque fácil es evitar sus daños: basta con saber en qué estaciones están en qué lugares y evitarlos, pues tanto los rinocerontes como los tigres tienen lugares y estaciones prefijados. Pero no ocurre así con otras muchas cosas que el vulgo no cree peligrosas sólo porque

[11] Comienza aquí el comentario al capítulo 1, según Waley y Elorduy (número XLV en la versión de Preciado).

[12] Comienza aquí el comentario al capítulo 50, según Waley y Elorduy (número XIII en la versión de Preciado).

carecen de cuernos y de garras; ved, por el contrario, que hay mil cosas con cuernos y con garras. ¿O acaso no hay cuernos y garras en los vientos y las escarchas de que los hombres gustan rodearse al amanecer o al atardecer, tras una lluvia que haya aquietado los bosques y movido a los hombres a internarse entre montañas plagadas de ríos, cuando en verdad son causa de enfermedades?; ¿y acaso no hay cuernos y garras también en las penas legales impuestas por deslealtad al monarca o por infracciones descaradas de la ley?; ¿y acaso no hay cuernos y garras también en las peleas con hombres de la propia aldea, generadas por el amor o el odio exorbitantes o por la simple incapacidad de controlarse a uno mismo?; ¿y acaso no hay cuernos y garras también en las enfermedades, como el ántrax o los tumores, derivadas tanto de la incapacidad de dominar nuestra propia calma e inquietud como de la adicción a ciertas sustancias?, y, finalmente, ¿acaso no hay cuernos y garras también en esa red que atrapa a quienes sólo se fían de sí mismos, abandonando el *dao*?

Para librarse de todos estos daños de origen conocido, de todos estos cuernos y estas garras, de todos estos rinocerontes y estos tigres, bastaría con evitar sus lugares y con eliminarlos de raíz. Las armas, por ejemplo. Aunque sean las armas algo que sirve para defenderse de los ataques, para librarnos del daño que presuponen, lo que deberíamos hacer es librarnos de la necesidad de defendernos de ellas, es decir, deberíamos lograr que los soldados que las tengan no sean de ánimo violento y, así, se tornarían innecesarias. Pues bien, esta innecesidad de la defensa no se aplica sólo a los militares, sino también a los hombres que conocen el *dao*, pues son hombres que se libran de todo daño precisamente por no pretender

dañar a nadie, no necesitando defensas porque nada ni nadie hay que pretenda atacarles. De ahí la frase de Lao Zi, refiriéndose al hombre que conoce el *dao*: «no ha menester evitar rinocerontes y tigres cuando camina por los montes». A adentrarse en las montañas sin portar ningún sistema de defensa se refiere Lao Zi cuando afirma: «ni portar armas y coraza en el campo de batalla». A estar alejado de lo dañino alude la frase: «el rinoceronte no halla en él lugar donde cornear, ni el tigre donde clavar sus garras, ni las armas donde aplicar su filo». A quienes siguen la ley de la Naturaleza y la lógica del *dao* se refiere Lao Zi cuando dice: «no hay en él lugar para la muerte». Finalmente, a quien sabe guardarse de la muerte, aun haciendo cosas en la vida, se refiere Lao Zi cuando dice: «sabe guardar su vida».

[13]Evidente es que todo el que ama a sus hijos cuida de ellos, que todo el que ama su cuerpo aprecia su vida y que todo el que ama los logros estima el esfuerzo. También es evidente que una madre que ama a su recién nacido quiere que su pequeño sea feliz, lo cual le lleva a evitar que cualquier desgracia lo asalte. Y querer evitarle toda desgracia le lleva a sopesar con calma toda posibilidad de desgracia, y sopesar toda posibilidad de desgracia le lleva al descubrimiento de la lógica de las cosas. Y haber descubierto la lógica de las cosas le asegura que será capaz de evitar que cualquier desgracia asalte a su pequeño y de ahí, de ese estar segura de poder evitar que cualquier desgracia asalte a su pequeño, le viene una

[13] Comienza aquí el comentario al capítulo 67, según Waley y Elorduy (número XXXII en la versión de Preciado).

seguridad en todo lo que hace: y en eso consiste precisamente la *valentía*, en actuar resueltamente. Por su parte, la actitud de los hombres que conocen el *dao* ante las cosas es igual que la de la amorosa madre que sopesa toda posibilidad de desgracia, actitud que les lleva a ver indefectiblemente cuál es la lógica de las cosas, lógica de las cosas que les ilumina y elimina toda duda *en sus actos*: y *en esto consiste* precisamente su *valentía*, en actuar resueltamente. Así pues, ya que el amor es el origen de esta falta de duda ante la vida, Lao Zi afirma: «con amor, puedes ser valiente».

Según Zhou Gong, «para que en verano las siembras y los árboles den fruto, es preciso que en el invierno haya habido hielos y granizo». Siguiendo la pauta de una Naturaleza que a veces da y a veces no, las cosas de los hombres también prosperan y decaen, sus situaciones se alteran y se calman, sus naciones guerrean y cultivan, y sus Gobiernos premian y castigan. Ante tal estado de cosas, los hombres inteligentes se hacen ricos ahorrando, los que conocen el *dao* se hacen fuertes espiritualmente no malgastándolo, y los monarcas consiguen una elevada población no enviando a sus soldados a guerras innecesarias, lo cual redunda en la grandeza de su nación. A esto se refiere Lao Zi cuando afirma que «con sobriedad, puedes ser generoso».

Todo aquello que tiene forma puede ser fragmentado, puede ser analizado. ¿En qué nos basamos para sostener esto? En que, si algo tiene forma, también ha de tener longitud y, teniendo longitud, también ha de tener tamaño y, teniendo tamaño, también ha de tener figura y, teniendo figura, también ha de tener consistencia y, teniendo consistencia, también ha de tener peso y, teniendo peso, también ha de tener color. Y en esto estriba la lógica de cada cosa: en su

longitud; su tamaño; su forma; su consistencia; su peso y su color. Basta conocer su lógica para poder fragmentarla, analizarla. Lo mismo ocurre en muchas otras ocasiones. Cómo aconsejar bien en las asambleas con los monarcas, por ejemplo, tiene su lógica: es mejor ser el último en hablar para escuchar primero los consejos de los otros y superarlos con facilidad. Y también tiene su lógica el cómo transformar la forma de algo cuadrado en redondo, por ejemplo: debe hacerse ciñéndose a la lógica de qué es lo redondo.

Dado que toda cosa tiene su propia norma y lógica, uno debería actuar siempre según ella (y en las asambleas plegarse a la lógica de cómo aconsejar en las asambleas), tal como hacen los hombres que conocen el *dao*. A este plegarse se refiere la frase de Lao Zi que dice: «no atreverme a ser del mundo el primero». Y puesto que actuando así, sin atreverse a ser del mundo el primero, nada podría salir mal y todo serían logros, ningún consejo en las asambleas podría aventajar al propio: ¿cómo, pues, no iba a ocupar un cargo importante en el Gobierno? Pues bien, es precisamente a dicho ocupar un cargo importante a lo que Lao Zi llama *ser jefe* cuando dice: «porque no oso anteponerme a nadie, soy idóneo para jefe».

Del mismo modo que quien ama a su hijo no descuidaría su abrigo y alimentación, y que quien ama su vida no infringiría la ley, y que quien anhela trocar algo en redondo o en cuadrado lo haría ciñéndose a la norma correspondiente, serán los generales que amen a su ejército quienes vencerán en las guerras y los capitanes que amen sus armas quienes defenderán sus ciudadelas. De ahí que Lao Zi diga: «con el amor, se vence en el combate, se es firme en la defensa». Sin duda son quienes logran preservar su vida, es

decir, quienes ni descuidan su abrigo y alimentación ni infringen la ley ni actúan fuera de la lógica de las cosas, quienes poseen este don del Cielo: un pensamiento ajustado a las leyes de la Naturaleza, un pensamiento nacido del *dao*, que es de donde todo nace. Y ya que cuando uno usa el amor para preservar su vida no puede no acertar en lo que haga, no errando jamás, Lao Zi lo califica de *tesoro* en la frase: «tres tesoros tengo, que protejo y guardo».

[14]Lo que en el libro se llama «el gran camino» no es sino el buen camino, el camino correcto; y cuando habla de «temor» no está refiriéndose sino al mal camino, al camino erróneo. Que los hombres prefieran, como él dice, los «caminos tortuosos» al buen camino, no se debe sino a la hermosura de dichos caminos, que en realidad son caminos del mal camino. Su frase «la corte está hondamente corrompida» se refiere a la existencia general de un gran número de litigios legales en las naciones, existencia de un gran número de litigios legales que no acarrea sino el desamparo de los campos de cultivo; y un desamparo tal de los campos de cultivo no acarrea sino una carencia de provisiones en los graneros estatales; y una carencia tal de provisiones no trae sino pobreza a la nación; y una pobreza tal impulsa a la sociedad a la lujuria y la extravagancia; y una dedicación general tal a la lujuria y a la extravagancia no puede acarrear sino un abandono general de la producción de los bienes indispensables: los alimentos y los tejidos; y un abandono tal de la agricultura y de la producción de tejidos no puede provocar sino un disfrazarse de la

[14] Comienza aquí el comentario al capítulo 53, según Waley y Elorduy (número XVI en la versión de Preciado).

gente para parecer astuta, y un anhelo tal por parecer astuta le llevará a aprender cómo ha de adornarse para parecerlo: y a dicho disfrazarse y adornarse es a lo que se refiere Lao Zi cuando dice «lujosos ropajes».

Por otra parte, la profusión de litigios legales y la consiguiente carencia de provisiones en los graneros estatales, origen de una sociedad lujuriosa y extravagante, son tan malas para la nación como el corte de una espada bien afilada: a esto se refiere Lao Zi cuando dice «afiladas espadas al cinto». Y cuando Lao Zi dice «riquezas sin cuento» está aludiendo al hecho de que hay hombres que, perjudicando a su propia nación al simularse astutos, se estén enriqueciendo personalmente, situación que necesariamente induce a que hasta los más estúpidos acaben hallando alguna forma de imitarles y enriquecerse también personalmente, originándose así el bandolerismo. Esto muestra el paralelismo que existe entre dichos pequeños bandidos, quienes no hacen sino seguir los pasos de los grandes ladrones y responder a su llamada, y los instrumentos secundarios de una orquesta que han de seguir al *yu*, el principal, y responder a sus melodías. Actualmente, son los grandes ladrones quienes comienzan y el vulgo quien les sigue la canción; es el vulgo quien les sigue la canción y los pequeños bandoleros quienes no dudan en responderle. A todo esto se refiere la siguiente frase de Lao Zi: «Los de lujosos ropajes, afiladas espadas al cinto, manjares hasta saciarse y riquezas sin cuento no son sino los *yu* de los pequeños bandoleros».

[15]Todo hombre, brillante o lerdo, busca lo que le

[15] Comienza aquí el comentario al capítulo 54, según Waley y Elorduy (número XVII en la versión de Preciado).

gusta y evita lo que aborrece. Pero comprender dónde está lo que le hace feliz y lo que le hace desgraciado es algo que sólo puede lograr desde el sosiego y la ausencia de deseos, pues tal sabiduría se torna confusión en cuanto sus gustos y otras cosas extravagantes y valiosas seducen su espíritu. Bastaría, pues, que mantuviese su espíritu sosegado y sin deseos para poder saber claramente cómo ser feliz y cómo evitar la desgracia. Pero porque no es esto lo que ocurre, sino que dichas cosas externas y atrayentes, dichos hermosos caprichos, acaban seduciéndole y arrastrándole, Lao Zi utiliza el verbo «arrancar». Sin embargo, los hombres que conocen el *dao* no son así. Por un lado, su sólido criterio para saber qué elegir y qué desechar les libera de la seducción de las cosas vistas, por muy hermosas que sean, lo cual es expresado por Lao Zi en términos de: «no se puede arrancar». Por otro, su ánimo es tal que, aun habiendo cosas deseables ante sus ojos, no se inmuta, y es precisamente a dicha inmutabilidad a lo que se refiere Lao Zi cuando dice: «no se puede soltar». La frase de Lao Zi «nunca dejarán de celebrar el culto de sus antepasados» se refiere a que, si así hiciesen los hombres, no habría generación que dejase de acudir a los templos de sus antepasados para reverenciarlos, manteniéndose así sus lamparillas siempre encendidas.

Por otra parte, del mismo modo que la esencia del yo consiste en no malgastar energías, la esencia de una casa consiste en no malgastar sus riquezas y la esencia de una aldea y una nación consisten en cuidar del bienestar del pueblo. En cuanto al yo, y a la luz de lo dicho sobre la indiferencia hacia las cosas exteriores, perfeccionarlo consistiría en lograr que las cosas exteriores no lo sedujesen: de ahí que Lao

Zi diga: «si aplicas el *dao* en ti, tu esencia será verdadera», donde «verdadera» significa *estable*. En cuanto al gobierno de la casa, y a la luz de lo dicho sobre la indiferencia hacia las cosas exteriores, perfeccionarlo consistiría en lograr que las cosas inútiles no la desviasen de su camino hacia la riqueza: de ahí que Lao Zi diga: «si aplicas el *dao* en el gobierno de tu familia, tu esencia será sobrada». En cuanto a la aldea, si en su gobierno se aplicase lo dicho sobre la indiferencia hacia las cosas exteriores, se lograría que en muchas casas hubiera bienes en abundancia, y duraderos: de ahí la frase de Lao Zi: «si aplicas el *dao* en el gobierno de tu aldea, tu esencia será prolongada». En cuanto a la nación, si quienes la gobernasen aplicaran lo dicho sobre la indiferencia hacia las cosas exteriores, el número de hombres que en cada aldea conocería qué es lo esencial aumentaría: de ahí que Lao Zi diga: «si aplicas el *dao* en el gobierno del Estado, tu esencia será numerosa». En cuanto al mundo, si fuese gobernado aplicando lo dicho sobre la indiferencia hacia las cosas exteriores, sería imposible que el pueblo no se beneficiase: de ahí la frase de Lao Zi: «si lo aplicas en el gobierno del mundo, tu esencia será universal». Así pues, gracias a ser indiferentes hacia las cosas exteriores, los hombres perfeccionados por el *dao* pueden llegar a conocer dónde está la diferencia entre un gran monarca y un hombre corriente, y los hombres que se dedican al gobierno de las aldeas y las naciones y el mundo pueden llegar a conocer el porqué de las cosas y sus cambios, acertando siempre en su gobernar. De ahí que Lao Zi afirme: «y así, del mismo modo que uno puede ver la esencia del yo a través de su yo, también puede ver la esencia de su casa a través de su casa, y la esencia de su aldea a través de su

aldea, y la esencia de su nación a través de su nación, y la esencia del mundo a través del mundo. ¿Cómo saber que el mundo es así? Por todo lo dicho».

CAPÍTULO 23

UN BOSQUE DE HISTORIAS

(2.ª PARTE)

1. Po Le, máximo experto en cría de caballos, llevó hasta las caballerizas de Jien Zi a dos hombres para enseñarles a reconocer a los caballos coceadores. Uno de los hombres señaló uno, al cual se acercó el otro desde detrás para acariciarlo; lo acarició tres veces en el lomo y no soltó una sola coz, de modo que aquél pensó que se había equivocado. Mas éste le dijo: *no, no te has equivocado: es coceador. Pero mira que tiene las patas delanteras dañadas por una caída y las rodillas inflamadas. Todo caballo coceador se apoya en las patas delanteras para cocear con las traseras. Éste, al tener las rodillas delanteras inflamadas, no puede cocear. Sabes distinguir un caballo coceador de uno que no lo es, pero aún no has comprendido la importancia de que han de cargar su peso sobre las patas delanteras para cocear.* Todo hecho tiene un porqué, y que la inflamación de

las rodillas es el porqué de éste es algo que sólo los inteligentes adivinan. Aquél agregó: *hasta el mono más astuto, cuando está enjaulado, parece tan tonto como un cerdo*. Es decir, nadie puede hacer todo de lo que es capaz cuando la situación le es desfavorable.

2. Cuando el gran general Wen del Estado de Wei llegó de primera visita ante Zeng Zi, el aventajado discípulo de Confucio, le halló sentado en la mejor silla de la casa, inmóvil; ni se levantó respetuoso para recibirle ni le cedió humilde la silla mejor. Ya en su carro, el militar le dijo a su lugarteniente: *¡Qué estúpido es este Zeng Zi! ¿Cómo se atreve a tratarme así? ¿Cómo no me da honores de monarca si me tomó por un monarca bueno? ¿Y cómo se atrevió a humillarme así si creía que era un déspota cruel? Desde luego, no entiendo cómo no le han matado aún.*

3. Existe un pájaro de cabeza muy pesada y cola corta llamado *zhouzhou* que, cuando quiere beber en el río, ha de ser sujetado por la cola por otro pájaro o se caería de cabeza al agua. Igual ocurre con los hombres que no logran lo que quieren: que no pueden no buscar la ayuda de otros.

4. Por un lado, las anguilas semejan serpientes y los gusanos de seda semejan orugas. Por otro, lo natural es que los hombres teman a las serpientes y que se les pongan los pelos de punta con sólo ver una oruga. ¿Cómo es que los pescadores, pues, cogen anguilas y las mujeres que hacen seda atrapan los gusanos con los dedos? Porque, si hay beneficios, cualquiera se vuelve valiente.

5. Po Le instruía sobre caballos de pura sangre a quienes aborrecía y sobre caballos ordinarios a quienes apreciaba. Y es que lento dinero ganan los que

saben de caballos extraordinarios, pues pocos hay que se vendan, pero rápido los que saben de caballos ordinarios, pues diariamente hay quien los compra o vende. A esto se refiere el clásico *Zhou Shu* cuando dice: «se confunden aquellos que creen que una frase encaja con cualquier situación cuando en realidad sólo encaja con una».

6. Huan He afirma que: *al esculpir, es mejor dejar demasiado grande la nariz y demasiado pequeños los ojos, porque una nariz grande puede ser disminuida pero, si ya es pequeña, es imposible agrandarla; igualmente ocurre con los ojos, pues pueden ser aumentados si son pequeños pero, si ya son grandes, es imposible empequeñecerlos.* Así ocurre con todo: si las cosas son rectificables, difícil es que se malogren.

7. Los ministros Chong y E sabían bien que pagarían con su vida cualquier desobediencia a su monarca, el monarca de Zhou, pero no que su monarca y su Estado podían perecer a manos del monarca Wu. Por otra parte, los ministros Bi y Zi saben bien que su monarca podría perecer a manos de otros monarcas, pero no que ello también acarrearía su propia muerte. Si aquéllos conocían bien a su monarca pero no a su Estado, éstos conocen bien su Estado pero no a su monarca. Un sabio conocería bien ambas cosas.

8. Dado el despotismo con que se conducía Tai, mano derecha del monarca de Song, hubo un ministro llamado Ji que solicitó audiencia. Al saberlo, su amigo Liang le aconsejó: *cuando hables con el monarca, hazlo como si Tai estuviese también presente, o caerás en desgracia.* De modo que, en la audiencia, se limitó a hablarle del respeto que el pueblo debe tener a los monarcas y de que éstos no

deben fatigarse demasiado en sus trabajos por el Estado.

9. Bu, el hermano pequeño de Zhou, salió un día de casa vestido de blanco. Estando fuera, empezó a llover, de modo que se cambió de ropa y regresó a casa vestido de negro. Su perro, no reconociéndole, le ladró. Encolerizado Bu y a punto de pegarle, escuchó que su hermano le decía: *no le pegues, ¿no ves que pegándole actúas igual que él? Si tu perro saliera de casa siendo blanco y regresara siendo negro, ¿no te extrañaría a ti también?*

10. Hui Zi dijo: *cuando los lejanos hombres de Yue ven a Yi ponerse manguito y dedal de cuero y disponer el dedo sobre el gatillo de su ballesta, ninguno teme sujetarle la diana. Pero, si fuera un niño quien tomase la ballesta, hasta su madre huiría a casa y cerraría bien la puerta.* Vale decir, pues: *nadie en Yue duda de Yi porque nunca falla, pero incluso una madre, por mucho que amase a su hijo, dudaría de él, porque seguro que fallaría.*

11. Huang Gong preguntó a Guan Zhong: *¿es la riqueza limitada?* Éste le respondió: *el límite del agua está en lo seco; el límite de la riqueza, en la riqueza colmada. Para quienes no conocen el colmo, la riqueza les es ilimitada.*

12. En el Estado de Song hubo un adinerado comerciante llamado Jian Zhizi que compitió con otro en la compra de un pedazo de jade en bruto que valía cien monedas de oro. Cuando estaba comprándolo, fingió que el jade se le escurría de las manos: se hizo pedazos contra el suelo. Así que pagó cien monedas de oro por los trozos, lo restauró y lo revendió por mil monedas de oro. No se debe mirar sólo el lado malo de las cosas, sólo el dinero que Jian Zhizi pagó, sino también el bueno: el que ganó.

15. Cuando Xu You supo que el rey modelo Yao quería delegar en él su poder universal, prefirió huir y ocultarse en una casa de incógnito; los de la casa escondieron al punto las pocas cosas de valor que tenían. Éstos escondieron unos pocos sombreros de valor cuando aquél acababa de declinar el trono del Imperio: todo por no conocerle bien.

16. Un piojo vio a otros tres discutiendo encima de un cerdo, y les preguntó: *¿por qué os peleáis?* Los tres piojos respondieron: *por el lugar más suculento del cerdo.* El piojo dijo: *¿por pequeñeces así os peleáis, con el tiempo de la matanza y las brasas de las fiestas de Año Nuevo ahí mismo?* Así que se pusieron a chupar del cuerpo su alimento tan unidos que enflaquecieron al cerdo de tal modo que nadie lo mató.

17. Semejantes a una serpiente venenosa de un cuerpo y dos bocas que se comen mutuamente, que comienzan a matarse y acaban dando muerte a la serpiente toda son los ministros, luchando sólo por dinero y poder, llevando las naciones a la perdición.

18. Si el palacio está blanco y las cosas, lavadas, todo está limpio. Así el hombre: si no requiere lavado ni blanqueo, es porque pocos errores cometió.

19. Cuando el príncipe Huang supo que su hermano mayor, Gong Zijiu, pretendía derrocarle, envió una embajada de vigilancia; la embajada informó: *ríe como sin reír, mira como sin ver: está resuelto y nada podrá detenerle.* Y así es como Gong Zijiu murió a manos de los hombres de Lu, sicarios de su hermano menor.

20[16]. Hong se afeitó la cabeza a la usanza del

[16] Para mejor comprender la siguiente anécdota conviene saber que, debido a la capital importancia de la piedad filial y siendo el pelo considerado un don de los padres a los hijos, cortárselo era

nuevo Estado de Yue donde quería militar, y militó, junto a su monarca. Su hermano Xi, al saberlo, envió un emisario para cortar su relación de sangre: *ya no somos hermanos*, dijo su emisario. A lo que Hong replicó: *¿Se encoleriza porque me haya cortado el pelo para poder guerrear del lado de Yue cuando él dejaría que le cortasen no el pelo, sino el cuello, por el Estado de Wei?* Tiempo después, Xi fue muerto en la batalla de Gong Nan.

21. El vecino de un hombre atroz quería vender su casa y evitarle. Otros le dijeron: *su protervia ha sido tanta que pronto ha de recibir castigo. Espera.* Respondió: *temo que en mí cometa su último crimen*, y abandonó aquel lugar. Es decir, cuando la situación se torna peligrosa, conviene actuar rápido.

22. Confucio le dijo a un discípulo: *¿quién podrá convencer a Zi Xi de que sus ansias de buen nombre son un error?* Zi Gong, otro discípulo, dijo: *yo podría*. Convencido de poder convencerle, le fue a ver. Confucio dijo: *¡qué amplio el corazón si no es materialista! ¡Qué puro el corazón inmutable del pueblo! Lo torcido es torcido y lo recto, recto.* Y agregó: *de modo que Zi Xi no se mejorará*. Algo semejante ocurrió con Bai Gong y Zi Xi, que aquél acabó ordenando la muerte de éste que le había ayudado tanto. Y es que los deseos pueden torcer la rectitud de los hombres.

23. Cuando Wenzi salía huyendo del Estado de Jin, su propio Estado, y llegó a una aldea, sus servidores le dijeron: *el alcalde de esta aldea fue subordinado suyo, ¿cómo no se alberga en su casa hasta que lleguen el resto de sus carruajes?* Wenzi respondió: *antes gustaba de la música y ese alcalde me regaló un instrumento; me gustaban los adornos de jade y me regaló un gran aro de jade. No quiero volver al pasado y que se gane mi afecto para usarlo y ganar la influencia de otros.* Y abandonó la aldea sin ver al alcalde ni esperar a que llegaran los dos carruajes que faltaban, que ordenó ceder a su monarca.

24. Zhou le pidió a Gong: *habla con el monarca en mi lugar para que me ayude a conseguir un cargo en el Estado de Wei y, desde dicho cargo, lograré que Wei le obedezca.* Zhou le respondió: *si actúas como planeas no conseguirás nada. Porque, si le pides ayuda, le dejarás ver que careces de poder y posición en el Estado de Wei, y nunca se arriesgaría a ayudar a alguien sin poder, pues podría llevarle a enfrentarse con quienes sí lo tienen. Mejor será que le digas directamente: «siguiendo los deseos de Su Majestad, el Estado de Wei se postra y le obedece», porque así creerá que tienes poder y posición en el Estado de Wei y, sin duda, atenderá tu petición, te concederá su ayuda y, con ella, serás poderoso en ambos Estados.*

25. Bai Gui le previno a un ministro del Estado de Song: *cuando tu monarca crezca y se ocupe de gobernar el Estado, quedarás desocupado. Así que ¿cómo no aprovechas ahora que aún es joven y anhelante de buena fama para acrecentársela yendo al Estado de Chu y pidiéndole a su príncipe que elogie su respeto por los antepasados?; así, cuando crezca, te tendrá en tan gran estima que no te cesará y, en fin, ocuparás tu cargo largo tiempo.*

---

considerado una gran traición de impiedad filial. Los Ritos lo prohibían. Violar la prohibición (como hace el Hong en la historia que anotamos ahora) era traicionar no sólo a los padres sino también a los Ritos: un gran crimen moral imperdonable y que arrojaba deshonra no sólo sobre el infractor, sino también sobre toda su familia.

26. Los ministros Guang y Bao se decían uno al otro: *con este monarca que tenemos, embaído en extremo, poco tardará nuestro Estado en sucumbir. De los diversos príncipes, o Jiu o Xiao subirán al trono. Vayamos cada uno a servir a uno de ellos y aquel cuyo príncipe sea entronado ayudará al otro.* Guang se puso al servicio de Jiu y Bao al de Xiao. El monarca fue asesinado por el pueblo y Xiao subió al trono. Entre tanto, el otro príncipe y Guang fueron apresados por los de Lu y entregados. Entonces Bao intercedió y Guang fue salvado y nombrado ministro en el nuevo gobierno. De ahí que exista el dicho: *ni los conjuros bastan para salvar a los propios magos de los desastres ni ser médico para librarse a sí mismo de las enfermedades, pues no pueden hacerse acupuntura a sí mismos.* Del mismo modo en nuestra historia: no le bastó a Guang su enorme sabiduría: le hizo falta la ayuda de Bao. De ahí que exista también el siguiente dicho popular: *de nada sirve que la ropa que vendes sea excelente si nadie te la compra; de nada sirve afirmar que se es un excelente orador, si nadie lo cree.*

27. El Estado de Jin estaba en guerra con el de Wu. Wu envió a Juwei y a Juerong para, con manjares y bebidas, agasajar al ejército de Jin. Mas el general mayor del ejército de Wu decidió apresarles, darles muerte y hacer más temible el sonido de sus tambores de guerra untándolos con su sangre. Pero, antes de hacerlo, les interrogó:

—¿Habíais consultado oráculos sobre vuestro destino?

—Sí —respondieron ellos.

—¿Y os fueron favorables?

—Lo fueron.

—¿Estáis a un paso de que vuestra sangre cubra mis tambores y aún llamáis a este destino vuestro «favorable»?

—Precisamente por eso es favorable. Nuestro Estado nos ha enviado aquí para averiguar si vuestro general es iracundo o no; si averiguamos que lo es, en nuestro Estado se excavarán hondos socavones y se levantarán altas murallas protectoras; si averiguamos que no lo es, se relajará. De modo que, si vuestro general nos da muerte, nuestro Estado extremará precauciones, aguzará vigilancias y nuestra muerte habrá servido para salvarlo. Los oráculos no hablaban de nuestro futuro sino del de nuestro Estado. Además, si es verdad que tras la muerte no hay nada, ¿qué nos importa a nosotros que untéis vuestros tambores con nuestra sangre? Pero, si algo hay y algo queda de nosotros, ¿no teméis que eso que quede de nosotros impida que vuestros tambores suenen?

Y no recibieron muerte.

28. Zhi Bo planeaba atacar al pequeño Estado de Chouyou, mas los caminos estaban impracticables. Así que ordenó hacer una gran campana de regalo para el monarca de Chouyou. Éste se alegró tanto de la noticia que decidió reparar los caminos para salir a recibir tal regalo. Pero su consejero Chi Zhang Man Zhi se opuso: *siendo el nuestro un pequeño Estado, somos nosotros quienes deberíamos hacer regalos a un gran Estado; sin embargo, es un Estado grande el que viene a regalarnos una gran campana. Sin duda, sus ejércitos llegarán tras el regalo: debemos declinarlo.* Pero su monarca no le escuchó y lo aceptó; así que Chi Zhang Man Zhi, ligero su carro de equipaje, abandonó rápido el Estado y fue a parar al de Qi. A los pocos meses, el Estado de Chouyou era estragado.

29. El Estado de Yue, tras derrotar al de Wu,

pidió ayuda y ejércitos al de Chu para atacar al de Jin. El historiador real de Chu, Yi Xiang, le advirtió a su monarca: *el Estado de Yue acaba de derrotar al de Wu, pero sus mejores soldados murieron en ello, sus armas están todas destrozadas y ya no le queda ejército apenas. Si ahora nos pide nuestro ejército para atacar al Estado de Jin es porque quiere hacernos creer que sigue teniendo fuerza militar y energía para seguir guerreando. Mejor nos aprovechamos de su debilidad para, prestándole nuestro ejército, hacernos con terrenos del Estado de Wu que acaba de ganar.* El monarca de Chu, conforme, le prestó sus soldados, pero con ellos también ejerció sobre Yue una presión militar, manifestación de su ventaja. Encolerizado por dicha presión, su monarca quiso responderles con un ataque; pero su consejero se opuso: *nuestros mejores soldados han muerto, nuestras armas están destrozadas y no nos queda ejército apenas. En tal estado, nunca les venceríamos; mejor les sobornamos.* Y ofrecieron al Estado de Yue una vasta extensión de terreno al norte del monte Lu.

31. Los Estados de Han y de Zhao estaban en guerra. El monarca de Han pidió al de Wei su ejército: *querría usar vuestro ejército para atacar al Estado de Zhao.* El monarca de Wei, llamado Wen Hou, respondió: *entre el Estado de Zhao y el mío existe la amistad. Me es imposible complaceros.* El monarca de Zhao también le pidió al mismo monarca su ejército para atacar al Estado de Han. Y también le respondió: *entre el Estado de Han y el mío existe la amistad. No puedo complaceros.* Así, no habiendo logrado ningún ejército prestado, encolerizados, ambos monarcas regresaron a sus respectivos Estados. Y sólo después se supo que el monarca de Wei había usado este método para reconciliar a los otros dos Estados, que, más tarde, se postraron ante él en señal de respeto.

32. El Estado de Qi y el de Lu estaban en guerra. El de Qi exigió a Lu la entrega de un trípode. El de Lu entregó uno falso. Los de Qi dijeron: *es falso.* Los de Lu dijeron: *es auténtico.* Los de Qi dijeron: *llamemos a Yue Zheng Zi Chun y entonces lo creeré.* El monarca de Lu le hizo venir. Vio el trípode y le preguntó: *¿por qué no entrega un trípode auténtico?* El monarca de Lu respondió: *porque me gusta hacer así.* Yue Zheng Zi Chun le replicó: *también a mí me gusta tener buena reputación y crédito.*

33. Cuando Han Jiu, en el Estado de Han, aún no había sido coronado, su hermano menor, en el Estado de Zhou, fue ascendido a un cargo de importancia. Pero en el Estado de Zhou se temió que Han Jiu no llegara a ser coronado, así que Qi Wu Hui dijo: *deberíamos, escoltado por cien carros militares, acompañarle de vuelta al Estado de su hermano mayor. Porque, si sube al trono, diremos que nuestros carros servían de protección a su hermano menor y, si no sube al trono, diremos que son carros que entregan al Estado de Han a un criminal.*

34. Un conde de Jing quería levantar una ciudadela militar en Xue, pero muchos de sus consejeros se lo desaconsejaban; de modo que se retiró para meditarlo, ordenando: *que nadie me moleste.* Al poco, un hombre del Estado de Qi solicitó audiencia con él, diciendo:

—Sólo pido poder decirle tres palabras; hervidme hasta la muerte si dijese una sola más.

El conde le concedió audiencia. El hombre se le acercó humildemente y dijo:

—Mar, grande, pez.

Y se retiró. El conde le exhortó:

—Querría oír lo que tengáis que decir.

—Pero no me atrevo a jugar con la muerte —respondió el hombre.

—Aun así, querría oíros.

—Sin duda tenéis noticia de esos grandes peces que ninguna red puede atrapar ni ninguna caña pescar pero que, si se agitan alocadamente, caen fuera del agua, quedando su cuerpo a merced de gusanos y de hormigas. Pues bien, el Estado de Qi rodea al suyo como un gran mar. Si lograseis haceros con las riendas de dicho Estado durante mucho tiempo, ¿os haría falta construir una ciudadela militar en Xue? Y, si no lo lograseis, aunque las murallas de vuestra ciudadela llegasen hasta el cielo, ¿de qué os serviría allá?

El conde dijo: *es cierto*. Hizo una pausa y resolvió: *no se levantará la ciudadela.*

37. El monarca de Wu atacó numerosas veces Ying, la capital del Estado de Chu. El monarca de Wu le preguntó a Zi Xu, uno de sus consejeros: *¿nos retiramos?*; a lo que contestó: *cuando uno quiere ahogar a otro, no basta con forzarle a beber un vaso de agua, sino que ha de aprovechar la debilidad de cuando esté moribundo ya para hundirle aún más firmemente en el agua la cabeza.*

CAPÍTULO 28

EL PREDICAMENTO DE LOS MONARCAS

Siguiendo la lógica de la Naturaleza; logrando que el pueblo esté de su parte, procediendo con habilidad en todo y manteniéndose en plena posesión de sus poderes: he ahí cómo consiguen predicamento los monarcas inteligentes.

Porque nada conseguirían, ni aunque contasen con la ayuda de diez rectísimos hombres como el rey modelo Yao, yendo en contra de la lógica de la Naturaleza: ¿acaso podrían hacer que las espigas brotasen en invierno?; y porque nada conseguirían, ni aunque contasen con la fuerza de fortísimos hombres como Ben y Yu, teniendo en contra al pueblo. Pero si siguieran la lógica de la Naturaleza no necesitarían ni esforzarse en conseguir esas espigas, porque nacen solas en su momento, ni estar conminando al pueblo a obedecer, porque ya estaría de su lado. Además, gracias a proceder con habilidad en todo lograrían sus objetivos prontamente, y gracias a estar en plena posesión de sus poderes la buena reputación les lle-

garía sin necesidad de ir a buscarla. Sería todo como un fluir de aguas y un deslizarse de bajeles. Por eso, lo que un monarca inteligente haría es aprehender la lógica de la Naturaleza y aplicar leyes conformes a ella.

Por otra parte, para tener dominados a los ímprobos no basta a los monarcas con ser honrados y capaces ellos mismos, sino que necesitanestar en una posición de poder y autoridad. Ved, si no, que la altitud de un palo corto colocado en una cumbre a miles de metros del fondo del valle no estriba en su propia longitud sino en su posición. Y ved, también, que el crudelísimo monarca Jie no logró ser emperador por ser honrado sino por estar en una poderosa posición. Y ved, también, que si el rey modelo Yao no podía gobernar apenas tres familias tras haber abandonado el trono no fue, desde luego, ni por falta de dotes para el gobierno ni porque fuera un hombre ímprobo, sino porque ya no estaba en una posición de poder. Finalmente, ved cómo el hecho de que pongamos algo de menos de cien gramos en el agua se hunda, pero que algo de varias toneladas que pongamos en el agua sobre un barco flote, no se debe a la levedad de aquello ni a la gravedad de esto, sino a tener o carecer de cierto tipo de poder: el barco. En conclusión: del mismo modo que es la posición lo que hace alto a lo alto, es también la posición lo que usan los honrados para tener dominados a los ímprobos.

Considerando, por un lado, que la posición y la autoridad de los monarcas serán tanto más estables cuanto mayor sea el apoyo popular que tengan y tanto más respetadas cuanto más unánimemente aclamados sean, y, por otro, que la fiel dedicación que conseguirán de sus ministros será tanto mayor cuanto más los empleen en las tareas para las que estén

mejor capacitados, de la compaginación de ambos lados, es decir, del unánime apoyo popular y de fieles ministros empleándose al máximo en sus tareas, resultaría esto: una nación próspera y estable. Y el predicamento de cualquier monarca que consiga tener una nación así será excelente.

Igual que toda sombra se corresponde con un cuerpo y toda palabra se corresponde con una realidad, todo ministro se corresponde con un monarca. Es decir, que tanto monarcas como ministros tienen un objetivo común, aunque se ocupen de cosas diferentes. Puesto que están movidos por un deseo común, lo peor que podría ocurrirle a un monarca sería que nadie respondiese a sus llamadas y ser como una mano agitándose sola y queriendo emitir un sonido de palmas. Del mismo modo, lo peor que podría acaecer a los ministros sería no poder entregarse al cargo para el que estén capacitados y ser como una mano derecha queriendo dibujar círculos y una mano izquierda queriendo dibujar cuadrados simultáneamente, sin lograr nada ninguna de las dos. Pero digo que esto no es así en las naciones bien gobernadas. En ellas, el monarca es como la maza que golpea y los ministros como los bombos que resuenan, su habilidad es como un auriga y las cosas como sus caballos. Es así como se consigue que los hombres mejores respondan a la llamada de sus monarcas y que los que están bien capacitados para sus tareas las lleven a cabo.

Sin embargo, puede ocurrir que el monarca lo sea sólo nominalmente, que la palabra *monarca* no se corresponda con la realidad designada. ¿Cuándo un monarca lo es sólo nominalmente? En los siguientes cinco casos: cuando los que recibieron honra y gloria por servicios distinguidos en bien de la nación dejan

de servirle; cuando sus allegados dejan de serle lo bastante fiables; cuando quienes le ayudaron a construir su buena fama no ponen ya todo su poder a su servicio; cuando quienes le son cercanos tienen en verdad sus corazones lejos de él, y cuando quienes le son lejanos cortan su relación con él.

Y es que para que los monarcas logren honor y buena fama no sirve que sean sabios y virtuosos como los reyes modelo Yao y Shun, ni que sean dechados de integridad moral como Bo Yi. Lo que necesitan es el esforzado y unánime apoyo del pueblo, la fidelidad de los que les sean cercanos, las alabanzas de los que les sean lejanos y, además, tener detrás a quienes estén en cargos importantes. Haciendo así cobrarán una fama tan perdurable como la montaña de Tai Shan, tan duradera como el tiempo que el Sol y la Luna duren entre el Cielo y la Tierra. Y es que en verdad fue así, con este tipo de respaldo unánime, como alcanzaron Yao y Shun ese predicamento que le permitió al primero sentarse en su trono de emperador y ser un ministro con honores, al segundo.

CAPÍTULO 43

LA IMPLANTACIÓN DEL SISTEMA LEGAL[17]

Si alguien preguntase: ¿qué teoría, la de Shen Bu Hai o la de Gong Sun Yang, es más necesaria para las naciones?, respondería: no son comparables. ¿O es

[17] Para mejor comprender las líneas siguientes conviene saber que Shen Bu Hai y Zhang Guo fueron dos destacados pensadores de la Escuela de las leyes, sobre cuya base ideológica, mejorada, unificada y complementada, levantó Han Fei sus teorías. El primero fue primer ministro en el Estado de Han, durante el período Zhang Guo (481-221 a.n.e.), donde introdujo numerosas reformas legales; aunque tras dichas reformas, el Estado de Han atravesó un período de estabilidad política y primacía militar, fueron superficiales e incompletas, de modo que no logró reformar el sistema legal general del Estado al que servía. Por su parte, Gong Sun Yang, también conocido por Shang Yang, fue un legalista del mismo período que Shen Bu Hai pero que, a diferencia de éste, sirvió en el Estado de Qin, donde llevó a cabo profundas reformas legales que influyeron en la fortificación general del Estado de Qin. Su pensamiento está en el libro *Shang Jun Shu*. Vid. Introducción, XXVII ss.

que se podría cuestionar qué es más importante para evitar la muerte de los hombres, si la comida que han de tomar al menos cada diez días o el abrigo que han de vestir en tiempo gélido? ¿Podría decirse que es una cosa más necesaria que la otra, si carecer de cualquiera causaría su muerte? Pues lo mismo ocurre con la teoría del uso de Shen Bu Hai y la del sistema legal de Gong Sun Yang: que ambas son igualmente necesarias. Porque si la teoría del uso dice a los monarcas cómo han de proceder para usar bien y tener bien controlados a sus ministros, la teoría del sistema legal dice a los ministros a qué normas deben amoldarse y respetar. Dicho de otro modo: si la teoría del uso propugna que los monarcas deberían usar y emplear sólo a los funcionarios que estén en verdad capacitados para desempeñar eficazmente sus cargos, y que deberían darles cargos altos o bajos sólo según su eficacia sea alta o baja, y que nunca deberían cederles ese poder exclusivo suyo de castigar y premiar y, por último, que habrían de investigar siempre si son en verdad eficaces, la teoría legal defiende el establecimiento de una ley que, fijada por el Gobierno, distinga a los que han de ser premiados de los que han de ser castigados según la hayan observado o infringido, y la inculcación en el pueblo de la existencia de un sistema de castigos legales. Es decir, que puesto que con la teoría del uso se podría evitar que los monarcas fueran embaídos por sus subordinados, pues tendrían un modo de controlarlos, y puesto que con la del sistema legal se podría impedir que sus ministros actuasen arbitrariamente, pues habría una ley que les obligaría, las dos son igualmente necesarias: gracias a ambas se evitaría la muerte de príncipes y monarcas.

Si alguien preguntase: ¿no se puede aplicar sólo la teoría del uso pero no la del sistema legal, o sólo la teoría del sistema legal pero no la del uso?, la respuesta sería: cuando Shen Bu Hai era primer ministro del monarca de Han, cuya nación se había desgajado del Estado de Jin, la situación era como sigue: su nuevo sistema legal ya había sido implantado pero el antiguo aún no había sido abolido; las normas del nuevo monarca ya estaban en vigor pero aún no se habían derogado las del precedente. Es decir, debido a que Shen Bu Hai no se entregó a la implantación completa de un único sistema legal que unificase las normas de la nación, cosa perjudicial, tanto los malos funcionarios como los malos ministros siguieron uno u otro sistema legal, el nuevo o el antiguo, según les convenía, aprovechándose de las contradicciones existentes entre el precedente y el reciente según les favoreciese. Por ello, de poco le sirvió a Shen Bu Hai insistir en la aplicación rigurosa de la teoría del uso, por un lado, pues nada controlaba a los malos ministros, por el otro. Lo cual muestra que la causa de que una nación entonces grande y de poderoso ejército como Han, en la que se había venido aplicando la teoría de Shen Bu Hai durante setenta años, no consiguiese hacerse cabeza del Imperio se halla en que en ella sólo se aplicó la teoría del uso, sin hacer lo mismo con la teoría de un sistema legal unificado con el que obligar a sus ministros traidores.

En cuanto a Gong Sun Yang, cuando tenía mando en la nación de Qin, aplicó la teoría del sistema legal, instaurando la complicidad y la no delación como figuras punibles; instituyendo el sistema de *shi wu*, según el cual se castigaba hasta cinco familias colindantes a una familia culpable de alguna infracción acusadas de complicidad por no delación y entregando y ejecutando indefectiblemente tan generosos pre-

mios y rigurosos castigos como hubieran sido estipulados. Todo esto hizo que el pueblo se afanase sin descanso en sus trabajos agrícolas y que, en la batalla, nunca retrocediese ante el peligro, de lo cual le vino la riqueza material y la fuerza militar a su nación, respectivamente.

Sin embargo, al no aplicar la teoría del uso, dejó sin investigar a sus ministros traidores, luego ignoró que acaparaban los beneficios tanto de dicha fuerza militar como de dicha riqueza material. Tal situación no mejoró tras su muerte y la de su monarca, Xiao Gong, pues bajo el mandato del nuevo monarca Hui Wang, aunque el sistema legal de Gong Sun Yang perduró intacto, hubo quien utilizó el poder de la nación en beneficio privado, como el primer ministro y diplomático Zhang Yi. Ni tampoco con la muerte de dicho monarca y el ascenso al trono de Wu Wang, pues también bajo su mandato hubo quien utilizó el poder de la nación en beneficio privado, como el primer ministro Gan Mao. Ni tampoco con la muerte de dicho monarca y con el entronamiento de Zhao Xiang Wang, pues también bajo su mandato hubo quien logró territorios para sí gracias a la fuerza militar de su nación, como Rang Hou, que atravesó las naciones de Han y Wei y atacó la de Ji desde el este durante cinco años, infructuosos en terrenos para su nación aunque no para sí, pues se hizo con una ciudadela; o como Ying Hou, quien atacó a Han durante ocho años y consiguió ningún terreno para su nación, mas todos los que están al sur del río Ru para sí.

Desde ellos en adelante, todos los políticos de la nación de Qin, actuando como los citados Ying Hou y Rang Hou, se beneficiaron por medio de este tipo de traiciones (además, si su nación vencía en la guerra, también ellos recibían honores; y, si su nación se

anexionaba territorios, ellos también), traiciones ignoradas por sus monarcas, ignorancia debida a que no aplicaban la teoría del uso. De ahí que, a pesar de que Gong Sun Yang mejorase constantemente el sistema legal, los grandes ministros siempre acabaran usándolo en su provecho. Lo cual muestra que la causa de que una nación entonces grande y de poderoso ejército como Qin, en la que se aplicó y mejoró ininterrumpidamente la teoría del sistema legal, no consiguiese hacerse cabeza del Imperio habiéndolo intentado durante muchos años, se halla en que sus monarcas nunca llegaron a aplicar la teoría del uso.

Si alguien preguntase: ¿bastaría, pues, con que los monarcas aplicasen la teoría del uso según está en Shen Bu Hai y con que los ministros cumpliesen con la del sistema legal según está en Gong Sun Yang simultáneamente?, la respuesta sería: no, pues en ambas teorías hay fallos: aún no son perfectas. Por su parte, Shen Bu Hai establecía: «limítate a las funciones propias de tu puesto y nunca hables de los demás». Mientras que ese «limítate a las funciones propias de tu puesto» es un buen modo de que cada uno cumpla su tarea, ese «y nunca hables de los demás» es un mal modo de impeler a no informar de las infracciones de los otros. Y, si los monarcas supieran ver y escuchar con los ojos y los oídos de todos sus súbditos, ni verían ambiguamente ni escucharían confusamente; pero no saben, de suerte que sólo pueden llegar a conocer las infracciones de sus ministros y la verdad de las cosas si sus otros ministros les informan de ellas.

Por la suya, el sistema legal de Gong Sun Yang establece: «que el premio para quien dé muerte a un pequeño oficial del ejército enemigo sea un ascenso de un grado en una escala de veinte y un pequeño

cargo oficial para quien lo desee; que el premio para quien dé muerte a dos pequeños oficiales del ejército enemigo sea un ascenso de dos grados y un puesto oficial, el doble de importante que el anterior, para quien lo desee». De modo que los ascensos y los puestos oficiales, es decir, los premios, se concederían en relación proporcional a la cantidad de cabezas enemigas cortadas. Pero siguiendo esta lógica, la ley bien podría establecer también: «que el premio para quien dé muerte a enemigos sean puestos de médicos o de obreros». Entonces, ni los enfermos serían sanados ni las casas erigidas, pues ni los médicos sabrían confeccionar medicinas ni los obreros erigir edificios, discordando sus capacitaciones con las tareas propias de sus puestos.

Pues bien, cuando lo necesario actualmente es que quienes tengan cargos oficiales sean astutos y hábiles y que quienes tengan que matar enemigos sean valerosos y fuertes, tan improcedente sería dar a estos hombres valerosos y fuertes cargos oficiales en los que hubiesen de aplicar habilidad y astucia como obligar a los hombres dedicados a cortar cabezas enemigas a ejercer de médicos o trabajar de constructores de casas. Por eso, mi respuesta es no, pues ni la teoría del uso de Shen Bu Hai ni la del sistema legal de Gong Sun Yang son perfectas.

CAPÍTULO 48

LOS OCHO PRINCIPIOS

1. LAS TENDENCIAS DE LOS HOMBRES

Se ha de gobernar conforme a las tendencias de los hombres. ¿Cuáles son? Buscar y evitar, querer y aborrecer. De ahí que el sistema legal de premiar con lo que quieren y castigar con lo que aborrecen sea un conveniente fundamento de la ley; y, habiendo ley, el gobierno será perfecto.

Para que los mandatos de los monarcas sean cumplidos y acatadas sus prohibiciones, han de tener poder y autoridad: poder absoluto para emitir y no emitir penas de muerte y autoridad para someter al pueblo. ¿Y qué han de hacer para no desacreditar tal poder y para no perder tal autoridad? Primero: nunca han de instaurar ni abolir leyes, según las que se decida si premiar o castigar, arbitrariamente, sino que han de seguir un solo criterio fijo y claro; segundo: nunca han de permitir que sus ministros castiguen ni premien a nadie, o su autoridad quedaría dispersada.

Por ello, si los monarcas tuvieran claras las ideas, escucharían las propuestas de sus ministros libres de preferencias personales y, después, trazarían planes de gobierno libres de sus propios gustos. Verificarían exhaustivamente si lo que dicen sus ministros es verdad o mentira, porque podrían ser engañados por los malos ministros y, consiguientemente, perder parte de su poder. Actuarían ante sus ministros mostrando suma cautela y sabiduría porque, de lo contrario, su autoridad podría verse amenazada. Serían justos como el Cielo al premiar y castigar, misteriosos como fantasmas al aplicar la teoría del uso, pues así se volverían tan incensurables como el Cielo y tan indemnes como fantasmas. Ejercerían su autoridad con rigor, y así nadie, ni siquiera sus ministros contrarios, osaría oponérseles; y se ceñirían a la ley fijada para juzgar a los hombres, y así nadie los reprobaría. Premiarían a los honrados y castigarían a los ímprobos, pues es el mejor método para incitar al bien, no siendo el de premiar a los ímprobos y castigar a los honrados sino una incitación al mal; es decir, premiarían a quienes obrasen como ellos quieren que se obre y castigarían a quienes no obrasen como ellos quieren que se obre. Y cuando premiasen, lo harían generosamente, para que el pueblo viese que en verdad tiene bienes que obtener; y, cuando alabasen, lo harían grandemente, para que el pueblo viese que en verdad hay honra por recibir; y, cuando castigasen, lo harían severamente, para que el pueblo se sintiese atemorizado y, cuando reprendiesen, lo harían rigurosamente, para que el pueblo se sintiese afrentado. En suma, establecerían una sola e invariable ley y prohibirían a sus ministros aplicar los castigos de dicha ley libremente; de lo contrario, el sistema legal de premios y castigos se derrumbaría. Que

sigan un método tal que los premios dados y los castigos infligidos estén siempre bajo su solo control, y su gobierno será perfecto.

2. EL MONARCA PERFECTO

Siendo mayor la fuerza de muchos que la de uno solo y excediendo la sabiduría de todos la de uno, resultaría mejor a los monarcas usar toda una nación en lugar de usar un hombre solo, pues así aventajarían en fuerza a todo un pueblo y en sabiduría a todos. Mejor sería esto que dejarlo todo a cargo de un solo hombre, que no cosecharía sino fatigas y responsabilidades: las fatigas de los trabajos logrados y las responsabilidades de los intentos fracasados. A la luz de lo dicho se distingue tres tipos de monarcas: los que gobiernan usando solamente sus dotes individuales o monarcas inferiores; los que gobiernan usando la fuerza de los demás o monarcas medianos, y los que gobiernan usando la sabiduría de los otros o monarcas superiores.

De ahí se deduce que, antes de tomar una resolución, los monarcas deberían concentrar primero en sí la sabiduría de los otros: que escuchen primero las soluciones de sus consejeros uno a uno y, después, dejen que las discutan en asamblea. Conviene que primero les escuchen uno a uno porque, así, se evita que los últimos consejeros en hablar en la asamblea puedan desechar sus soluciones para adoptar las acaso mejores de sus precedentes y, en consecuencia, se consigue que los monarcas sepan qué ministros son en verdad inteligentes y qué ministros, necios. Y conviene también que las escuchen en asamblea porque así, con todos discutiendo todas las soluciones,

pueden escuchar muchos puntos de vista y decidir más fácilmente qué resolución tomar.

En todo caso, y para eludir que algunos ministros les engañen, han de ser los monarcas mismos quienes, tras haber elegido una y tomándole la palabra al ministro proponente, le obliguen implacablemente a cumplirla (de ahí que deban hacer apuntar y conservar lo dicho por los ministros). Y, después, han de examinar si la propuesta aceptada dio los resultados prometidos, por un lado, y si los esfuerzos de quienes ejecutaron físicamente la solución adoptada fueron eficientes de verdad o no, por otro, y otorgar premios e imponer castigos en consecuencia y a quien corresponda. De este modo, si se ha logrado el trabajo, el monarca se cubrirá de honra; si todo queda en un intento fracasado, las culpas recaerán sobre sus ministros.

Que los monarcas, pues, nunca se ocupen ellos mismos de ejecutar nada, ni los asuntos más simples; y, si ni siquiera habrían de ocuparse de minucias como comprobar la autenticidad de las credenciales de bambú de sus generales, ¡cuánto menos de los asuntos que requieran esfuerzos físicos! Y, si tampoco habrían de ocuparse de asuntos que requieran esfuerzos mentales, ¡cuánto menos de aquellos de difícil juicio y resolución! Que se ocupen, sin embargo, en usar a los ministros cuyas sugerencias no sean como las de los otros y en descargar su cólera implacable sobre aquellos cuyas sugerencias copien las de los otros. Y que se ocupen también en usarlos de una manera misteriosa e incomprensible, como un semidiós, pues sólo siéndoles misteriosos e incomprensibles estarán en posición de obtener y usar para sí toda la fuerza y toda la sabiduría de sus subordinados. Y es que sólo aquellos monarcas que logran concentrar en sí toda la fuerza y toda la sabiduría de sus subordinados se libran de ser usados por ellos. Y en eso estriba ser un monarca perfecto.

3. EL ORIGEN DEL DESORDEN

Para llegar a ser Emperador, todo monarca ha de tener presente que los privilegios de ser monarca y los de ser ministro son diferentes. Creer que coinciden sería una debilidad que aprovecharían sus ministros para compelerle. Que nunca les permitan, pues, premiar y castigar, o sus malos ministros bien podrían asesinarle. Un monarca inteligente nunca se engañaría en esto y comprendería claramente cuáles son sus poderes y hasta dónde llegan los de sus ministros, qué podría perjudicarle y qué no.

El origen del desorden en las naciones es séxtuple: las madres de los monarcas; sus mujeres; sus hijos; sus hermanos; sus grandes ministros y esos «venerables» hombres que, con dilatada fama de honrados, el pueblo considera Grandes.

Pero son controlables: para mitigar la posible influencia de sus madres en sus decisiones, basta con que decidan qué personas ocuparán qué cargos sólo según sus méritos por el bien de la nación, y nunca por lo que ellas recomienden; para que no haya disputas entre sus concubinas y sus esposas en cuanto a la posición de cada una, basta con aplicar unos ritos claros con que dirimir; para evitar las luchas de sucesión y poder entre los hijos de sus concubinas y los de sus esposas, basta con que confieran su autoridad a uno solo; para evitar que sus hermanos se hagan con derechos propios del monarca, basta con que establezcan firmemente cuál es su autoridad y cuáles

sus poderes; para precaverse de ser embaídos por sus ministros más poderosos, basta con que impidan que tengan excesivo mando sobre otros ministros menores o sobre el pueblo, y, finalmente, para que esos hombres «venerables», con dilatada fama de «honrados» pero que en realidad defienden ideas contrarias a la ley no osen ir contra ella, basta con exigirles también a ellos que cumplan con el sistema de premios y castigos, que no hagan lo que éste prohíba hacer y que hagan lo que éste estatuya.

Hay dos cosas, que podemos calificar de exterior la una y de interior la otra, que los grandes ministros pueden usar en beneficio personal y, por tanto, en perjuicio de los monarcas: los mandatarios extranjeros y los allegados a los monarcas[18]. Conocedores los malos ministros de que los monarcas tienden a complacer a aquellos mandatarios extranjeros a los que temen, y de que creen ciegamente a sus adorados allegados, de ambas cosas se aprovechan para violar la ley en beneficio personal. ¿Cómo? Confabulándose subrepticiamente con mandatarios extranjeros (de ahí que los monarcas debieran investigar a sus funcionarios y castigar a aquellos cuya relación con mandatarios extranjeros fuera estrecha y estuvieran siendo pagados por ellos, y así no habría ministro ni funcionario que osase apoyar a potencias extranjeras en contra de su nación) y logrando los favores de los allegados a los monarcas (de ahí que si algún allegado les pidiese un cargo o más paga para otro, el

[18] Por *allegados* ha de entenderse aquí personas de trato íntimo y cercanas a los monarcas, lo que abarca tanto sus almotacenes como sus secretarios, tanto sus concubinas y esposa como ministros de especial confianza.

monarca hubiera de castigar a ambos, pues cargos y pagas han de concederse sólo a quien por sus buenas obras por la nación lo merezca, y así no habría ministro ni funcionario que osase violar las normas y buscar los favores de los allegados a los monarcas). De este modo, impidiendo tanto el apoyo de las potencias extranjeras como la ayuda de los allegados, se impide el paso a este tipo de malos ministros.

De ahí que lo sensato sea que los monarcas vayan promoviendo a sus funcionarios paulatinamente hasta hacerlos llegar a cargos importantes y, una vez ahí, los controlen según los tres métodos siguientes: el de los rehenes, el de los premios y el de las investigaciones. El método de los rehenes consiste en mantener a los familiares de dichos ministros en una condición extremadamente regalada pero bajo secreto arresto domiciliario, de manera que puedan ser utilizados como rehenes cuando haga falta; el de los premios estriba en otorgar sin falta a dichos funcionarios generosas pagas y elevados puestos, según las cantidades y grados que estén estipulados y, finalmente, el de las investigaciones se funda en que los monarcas verifiquen si los ministros hacen lo que dijeron que harían y en exigirles rigurosamente que así lo cumplan. Son tres métodos de control eficaces porque tener de rehenes a los familiares de cualquier hombre honrado basta para que obedezca, y conceder grandes regalos a cualquier hombre materialista basta para que detenga sus maquinaciones, e investigar a cualquier hombre malo basta para descubrir sus ardides. En suma, que los monarcas no sean tolerantes con los hombres malos o éstos se harán con su poder; que corten lo malo de raíz, antes de que crezca, y que no duden un punto en emitir penas de muerte, siempre que los delitos las merezcan. Y, en el caso de hombres cuya

existencia les fuera perjudicial mas cuya pena de muerte humillaría la buena reputación del monarca que la impusiese, conviene que apliquen lo que podría llamarse una *eliminación sigilosa de lo malo*, es decir, que los envenenen o que los destinen allí donde vayan a ser muertos por cualquier otro enemigo.

Embaír a los monarcas consiste en trazar estratagemas, y trazar estratagemas no es sino cambiar. Pero tanto las estratagemas como los cambios de los malos ministros son evitables: si los ministros ven que los monarcas premian a quienes sirven bien a la nación y castigan a quienes delinquen, no osarán delinquir, y si ven que los monarcas nunca desvelan sus juicios sobre lo que les gusta y disgusta y siempre callan para sí lo que cada ministro les transmite, no se atreverán a cambiar de opinión sólo para que coincidan con las que, ya desveladas, sabrían que satisfarían a los monarcas, sino que dirían las que en verdad favorecieran a éstos.

Hay cinco calamidades que pueden traer la muerte a los monarcas que las desconozcan. La primera, a la que puede calificarse de *viaje de desventura*, consiste en que sus familiares más importantes y los hombres mejor dotados de su nación emigren a tierras enemigas; es peligrosa porque esta huida fortalece a sus enemigos. La segunda, a la que puede calificarse de *impropia cercanía con delincuentes*, consiste en que el monarca mantenga una relación indebidamente estrecha con hombres que hayan sido castigados por él; es peligrosa porque el odio y la vergüenza que llena el corazón de dichos hombres estalla fácilmente. La tercera, a la que puede calificarse de *confusión*, consiste en que los monarcas hayan de ocultar su ira interior y en que, conocidos los delitos de sus ministros, deban sujetar su cólera; es peligrosa

porque, viendo aquéllos, gentes irreflexivas, que la cólera de los monarcas debería caer sobre ellos mas no cae, podrían aprovecharse de ello y levantarse en su contra. La cuarta, a la que podría calificarse de *catástrofe envolvente*, consiste en que los monarcas tengan simultáneamente dos grandes ministros de semejante autoridad y poder; es peligrosa porque podrían confabularse y asesinarlo. Y la quinta, a la que puede calificarse de *desprestigio*, consiste en que los monarcas, por actuar descuidadamente, dejen de ser misteriosos e imprevisibles; es peligrosa porque alguna de sus mujeres podría aprovecharse de ello para envenenarles. Éstas son las cinco calamidades que pueden traer consigo la muerte de los monarcas.

Así pues, sólo siendo los propios monarcas (y no los mandatarios extranjeros) quienes diputen a sus oficiales se librarán sus naciones de revueltas y desórdenes. De ahí se deduce que los monarcas, si fuesen precavidos, se cuidarían no sólo de tener unos buenos oficiales y una buena política interna sino también de beneficiarse de las potencias extranjeras, pues así no sólo estabilizarían sus naciones sino que también desestabilizarían las naciones enemigas. En suma: lo que desestabiliza a las naciones es que los ministros que hayan sido aborrecidos por sus monarcas busquen el apoyo de potencias extranjeras, lo cual es tan peligroso para éstos como un mareo, y que sus favoritos puedan hacerles cuanto daño quieran, lo cual es tan peligroso como el veneno.

4. LA INVESTIGACIÓN DE LOS MINISTROS

Así se ha de investigar a los ministros: consiguiendo información de todo tipo acerca de ellos, o nunca

llegarán a saber cómo son y qué hacen en verdad, y ponderando cada hecho turbio, o nunca descubrirán qué ministro es responsable de qué infracción. Es decir, que los monarcas deberían diseccionar todo lo que hacen y dicen sus ministros y reprender rigurosamente a los hallados culpables de infracciones. ¿Qué les podría ocurrir de no seguir este método? Por un lado, el ver sus obras y palabras libres de disección llevaría a los malos ministros a perderles al punto todo respeto; por otro, el ver sus faltas libres de reprensión y castigo les movería a maquinar en su contra sin temor. Siguiendo este sistema de disección meticulosa de lo que dicen y hacen sus ministros, sin embargo, los monarcas obtendrían pruebas manifiestas de si cumplen, y cómo de bien, su deber de servir a la nación. Y en cuanto a la reprensión de los culpables, conviene anotar que los monarcas que tengan intención de llevarla a cabo deberían mantenerla secreta hasta el momento mismo de ejecutarla.

De ahí se deduce que si, al observar lo que hacen y escuchar lo que dicen y proponen, descubriesen los monarcas indicios de que sus ministros andan en maquinaciones, correspondería que premiasen a los que no hayan tomado parte en la maquinación y que castigasen con igual rigor tanto a los malos maquinadores como al resto de los ministros que, conociéndola, no la hubiesen delatado.

Para no caer en las engañosas propuestas de los maquinadores, deberían considerar en ellas estos cuatro aspectos antes de aceptarlas: si convienen o no desde un punto de vista territorial; si se oponen o no al Cielo y si son factibles dada la situación material, por un lado, y humana, por otro, de la nación. Y, viendo si concuerdan o no los cuatro resultados, sabrían si las propuestas eran buenas o malas.

En suma, los monarcas sabrán si sus ministros les son honrados o no al escrutar lo que dicen y proponen, y sabrán lo que en verdad hacen al analizar información de todo tipo acerca de ellos; y así, sabiendo tanto sobre los ministros, podrán detectar fácilmente cualquier conducta irregular suya.

Los monarcas han de aplicar un método tal que mantenga a sus ministros cercanos limitados exclusivamente a lo propio del cargo de cada uno y han de controlar a sus ministros lejanos emitiendo incesantemente unas prohibiciones tales que los mantengan atemorizados. Han de conocer bien a sus ministros: su pasado, para lo cual han de listar minuciosamente todas sus obras pretéritas; sus pensamientos, para lo cual han de mantenerlos cerca de sí, y sus procederes, para lo cual han de encargarles trabajos diversos no tan cerca de sí; y, si algo les quedara aún oscuro sobre ellos, habrán de deducirlo de lo que ya tengan por claro.

Deberían los monarcas actuar siempre arteramente para que nunca les perdieran los ministros el respeto. Deberían despejar sus dudas sobre cualquier asunto diciéndoles lo contrario de lo que pensaran al respecto y utilizar métodos igualmente inversos e incomprensibles para saber si están maquinando en su contra. Deberían sujetar la prepotencia de sus grandes ministros por medio de consejeros informadores. Deberían rectificar a sus malos ministros recriminándoles por sus malas obras y vigilando si se corrigen después. Deberían evitar toda posible infracción de la ley por parte de sus ministros explicándosela muy claramente de antemano. Para saber qué ministros les son lisonjeros y qué ministros, sinceros, deberían tratarles sin altivez. Deberían averiguar totalmente aquellas cosas semiocultas que pudiesen perjudicar-

les divulgando lo que ya sepan sobre ellas. Que desurdan confabulaciones malquistando a los confabulados. Para descubrir la verdad sobre cualquier caso, que atemoricen al pueblo. Que frustren cualquier mal propósito manifestando adrede indicios de cómo piensan malograrlo. Que examinen todo asunto oscuro y sospechoso hasta bien esclarecer su realidad. Al reprobar a un ministro, que enumeren primero sus faltas y digan después su defecto fundamental. Que borren toda prepotencia en sus ministros castigándoles por sus faltas. Que comprueben si sus ministros cercanos y sus oficiales lejanos les son leales por medio de espías. Que disgreguen las maquinaciones de sus ministros destituyéndoles progresivamente.

Y que instauren un sistema de información, que considero sensato, según el cual se pongan de acuerdo con los ministros para que les informen de sus superiores; con los grandes ministros para que les informen del primer ministro; con los subministros para que les informen de los grandes ministros; con los soldados para que les informen de los cuadros; con las embajadas para que les informen de los embajadores; con los funcionarios para que les informen de los gobernadores; con los subsecretarios para que les informen de los secretarios personales de los monarcas y, finalmente, con las sirvientas de palacio para que les informen de sus primeras mujeres y concubinas. Y que nunca divulguen ni cómo ni por quién fueron informados, ni qué medidas se dispusieran a adoptar en cada caso, o inefectiva sería la teoría del uso.

5. EL PODER DOBLE

Lo que más estimarían los monarcas, si fueran inteligentes, sería el conducirse en todo con extremada cautela. Se cuidarían mucho de ser reservados con sus sentimientos de predilección y aborrecimiento hacia otros, porque si sus ministros notasen por quién sienten predilección o aborrecimiento, serían ellos quienes dispensarían favores al predilecto o impondrían castigos al aborrecido, arrogándose, en cualquier caso, bien la magnanimidad bien la autoridad que no les corresponde. De ahí que los monarcas, si fueran inteligentes, se expresarían con una cautela tan extremada que nada desvelarían ni mostrarían acerca de sí.

Hay dos modos de descubrir las maquinaciones: uno descendente y otro ascendente. El primero consiste en hacer que un hombre investigue a diez que estén por debajo de él; el segundo, en hacer que diez hombres investiguen a uno que esté por encima de ellos. Los monarcas precavidos usarían ambos y, así, ninguna maquinación se les escaparía. Conseguirían también que las cuatro divisiones políticas de la nación (es decir, las de casas agrupadas en unidades de cinco, las agrupadas en unidades de veinte, las comarcas y las provincias) fuesen como cuatro vecinos que se vigilan mutuamente, vecinos a los que premiarían cuando delatasen a otros vecinos culpables y a los que castigarían cuando no. Con las delaciones yendo tanto de arriba a abajo como de abajo a arriba, los monarcas lograrían también que los de arriba temiesen a los de abajo y que los de abajo temiesen a los de arriba y que, en consecuencia, todos vigilasen mutuamente quién trabaja por el bien común y quién no, nadie osando infringir la ley.

Dado que lo connatural a los hombres del pueblo es anhelar tanto numerosos bienes como buena fama, serán los monarcas que satisfagan en esto a sus pueblos los que pasen a la posteridad como buenos monarcas. Para lograrlo bastaría con que agregaran una cosa a la propia buena fama de monarcas sabios y honrados: el poder, doble, de premiar y castigar. Así lo lograrían.

6. INVESTIGAR LO ESCUCHADO

Que los monarcas analicen bien cuanto propongan sus ministros, o nunca podrán hacerles responsables de sus palabras, y que examinen la verdadera utilidad de sus propuestas, o acabarán embaídos por ellos. Tal embaimiento se debe a que la verosimilitud de un discurso viene de dos cosas: de que muchos lo repitan, de modo que palmarias falsedades, repetidas por diez hombres, comienzan a parecer verdad y, repetidas por mil, se tornan cosas de cuya verdad o falsedad no se está ya seguro; y de que se diga con elocuencia, pues creemos lo dicho con alta elocuencia pero descreemos de lo dicho con palabra torpe. Es por ello por lo que los ministros que quieren engañar a sus monarcas procuran la ayuda de los muchos y de la elocuencia en el hablar, de suerte que lo dicho les sirve para ocultar que sus propuestas son tan perjudiciales para la nación como beneficiosas para ellos. Si un monarca descubriera que así es como le presentan proposiciones sus ministros, que les reprenda al instante descargando gran ira sobre ellos (lo contrario, es decir, esperar a conocer los resultados de sus investigaciones, sería como hacerles un gran favor).

He aquí cómo proceden los monarcas que saben gobernar: primero, escuchan las propuestas de sus ministros; segundo, analizan su utilidad; tercero, comprueban qué resultados han dado y, cuarto, conceden premios a los ministros cuyas propuestas los hubieran dado buenos e impondrían castigos a aquellos cuyas propuestas no; y así, siguiendo este método, no quedaría en sus cortes un solo elocuente inútil.

Que los monarcas, pues, destituyan a todo oficial cuya inteligencia sea insuficiente; que, ante exageradores y prometedores de grandes cosas, investiguen por qué hablan así y, si descubriesen que malos designios los mueven, los reprendan rigurosamente; que consideren delincuentes, y como tales traten, a cualquier ministro cuyas palabras no se correspondan con sus obras, pues engañan, y, finalmente, que siempre comprueben si sus ministros dicen la verdad y examinen siempre si los resultados de sus propuestas han sido buenos, y ninguna noticia de maquinaciones llegará más a sus oídos.

En suma, al escuchar las propuestas de sus ministros, los monarcas han de mirar dos cosas: si hay alguna que sea parte de alguna confabulación tramada en su contra, y qué propuesta es la mejor; para saber lo primero, que les obliguen a decir la verdad; para saber lo segundo, que les hagan discutir extendidamente todas sus propuestas. Que los monarcas se cuiden de saber ambas cosas, o los traidores se aprovecharán de su ignorancia.

De esto se deduce que los monarcas, si fueran inteligentes, examinarían la falsedad o verdad tanto de las propuestas que les entusiasmasen como de aquellas que les irritasen, decidiéndose sólo una vez templado su ánimo, que es cuando mejor se distingue si eran buenas o malas, en beneficio de la nación o

en provecho personal del proponente. Permitirían una sola y clara propuesta por ministro o, de lo contrario, cada uno haría varias y vagas y, con artificios, todos lograrían que fuesen los monarcas quienes acabasen proponiendo y adoptando una, rehuyendo de este modo la responsabilidad de sus palabras y los correspondientes posibles castigos. Así pues, que no se les permita expresar una opinión acerca de un asunto y después añadir otra distinta, afirmando que es tan buena como la anterior, sino que meramente miren si sus propuestas dan los resultados prometidos y sus palabras concuerdan con sus hechos, y que en ello se basen para juzgar si lo escuchado eran engaños o verdades.

En suma, si los monarcas fueran inteligentes impedirían que sus ministros se expresasen varia y vagamente a cerca de un asunto, consintiendo una sola idea por persona; les exigirían que se ciñeran a las leyes al obrar y les impondrían que sus propuestas dieran los resultados prometidos, y así ningún mal ministro sería capaz de lograr sus malos propósitos.

7. EL CUMPLIMIENTO DE LA LEY

Si los oficiales llegan a ser poderosos es porque no hay un sistema legal en uso; si lo hubiera, pero inefectivo, sería por la ineptitud de los monarcas; y, si los monarcas fuesen ineptos y en sus Estados no hubiese un sistema legal en uso, nada controlaría a los oficiales; sin nada controlando a los oficiales, podrían añadirse cuanto sueldo quisieran; y, pudiendo añadirse cuanto sueldo quisieran, habría de forzarse el recaudo popular y así, a costa del recaudo, acabarían volviéndose ricos; de tal riqueza derivarían

poder, y que los ministros tengan poder es el origen de la perdición.

De ahí se deduce que los monarcas, si tuviesen claras las ideas, darían cargos sólo a quienes estuviesen en verdad capacitados para ellos, honrarían sólo a quienes hubiesen cumplido con su deber y premiarían sólo a quienes hubiesen servido a la nación. Por eso, si recibiesen una propuesta de promocionar a hombres de dichas características, favorecerían satisfechos tanto a los grandes ministros proponentes como a los propuestos; mas, si no fuese así y los propuestos no tuviesen tales características, escarmentarían encolerizados tanto a los proponentes como a los propuestos y así, en adelante, ningún ministro se atrevería a proponer a sus amigos, sino sólo a aquellos que estuvieran en verdad capacitados para los cargos, aunque fuesen enemigos personales suyos.

En cuanto a los subordinados, si por un lado los monarcas habrían de conferirles autoridad suficiente para que pudieran hacer cumplir la ley y, así, todo estuviera en orden, y también paga suficiente para que no abusaran de su cargo y, así, aunque bajo duras condiciones de trabajo, no aumentasen los impuestos y al pueblo le resultasen intolerables, por otro habrían de impedir dos cosas: que dicha autoridad fuera excesiva, restringiéndosela a la que da el rango, y que usasen sus cargos en beneficio privado, limitándoselo a lo que da la paga. Haciendo así conseguirían que las ventajas de ser ministros les viniesen de su rango y su paga exclusivamente, y de ninguna otra cosa más.

Y es que rango y paga, esos premios que los monarcas conceden a sus ministros y al pueblo, son fundamentales para el buen gobierno. ¿En qué sentido? En el de que si los ministros y el pueblo despre-

ciasen el ser premiados con rango y paga, no habría orden social. Y no lo habría porque si los ministros no se tomasen en serio los premios de rango y paga sería porque habrían visto que los premios estarían siendo concedidos a quienes no los merecen, que la ley para decidir a quién premiar y castigar estaría siendo aplicada arbitrariamente y que estarían siendo otorgados tanto premios sin honores como honores sin premios, es decir, tres cosas que, en definitiva, les inducirían a desconfiar del sistema.

Y es que de ningún modo se puede estar instando al pueblo a esforzarse por el bien de la nación, por un lado, y, por otro, estar premiando a quienes merecen reprensión; ni se puede estar prohibiendo actos contra la nación, por un lado, y, por otro, estar castigando a quienes merecen elogio. De ahí se deduce que los monarcas, si fueran inteligentes, seguirían el método de conceder premios materiales sólo a quienes se esforzaran por el bien de la nación y el de conceder honores sólo a quienes sirvieran en el ejército; y nunca concederían premios sin honores y nunca infligirían castigos sin afrentas. Y así, agregando a los severos castigos igualmente graves afrentas, mantendrían atemorizados a todos sus subordinados.

En suma, para gobernar es conveniente usar de castigos, pues sólo ante los castigos sienten los hombres ese temor que induce a acatar las prohibiciones y a detenerse antes de violar la ley.

8. LA AUTORIDAD DEL MONARCA

Que los monarcas favorezcan valores morales individualistas, como está ocurriendo actualmente, sólo conduce al menoscabo de su propia autoridad, y

que crean en la piedad y en la benevolencia, como quieren los confucianos, sólo lleva a la destrucción del sistema legal de su propia nación.

En cuanto a lo primero, es precisamente gracias a que gobiernan según un sistema legal, y no según dichos valores individualistas, por lo que los ministros temen y se someten, pues, si no fuera así y los monarcas disminuyesen su autoridad y tratasen con extrema humildad a sus ministros, la reacción de éstos no sería otra que, despreciando al monarca y su magnanimidad, desobedecer las leyes sin temor alguno, con lo que su autoridad quedaría disuelta.

En cuanto a lo segundo, es precisamente gracias a que gobiernan según un sistema legal, y no según dichas ideas de piedad y benevolencia, por lo que les es difícil a los ministros transgredir y desobedecer; si no fuera así y los monarcas gobernaran según sus ideas de piedad y benevolencia, al ver que son cosas en contradicción con las leyes, sus ministros las desobedecerían y buscarían los favores de sus superiores e inferiores, siguiendo una política corrupta basada en los sobornos, con lo que el sistema legal se derrumbaría. Y tal derrumbamiento no engendraría sino una nación donde la admiración por los ministros delincuentes; la disolución de la autoridad de los monarcas; la corrupción imperante; la debilidad de la ley; la connivencia de los monarcas y sus consiguientes contradicciones legales y los vituperios que recibirían al tratar de mejorar la situación serían causa del menoscabo de su autoridad y lo que yo llamo una nación sin ley.

Por todo ello, si los monarcas tuvieran claras las ideas, aplicarían este otro sistema sobre cuya base negarían honra y premios materiales a los ministros que actuasen según valores morales individualistas y

a los que buscan su propio bien en lugar del de la nación, y concederían honra y premios materiales a los que, según la ley, lo mereciesen; y nunca alentarían a los que, aun habiendo logrado arduos empeños, lo hubieran hecho ilegalmente, y nunca premiarían a ningún ministro que hubiese obrado en provecho individual y no en bien de la nación.

Conviene, pues, que los monarcas instauren un sistema legal para que el pueblo piense y actúe homogéneamente; un sistema de premios y castigos, dados e infligidos sin falta, para que los ministros se entreguen por completo a la nación, y un sistema de honras y afrentas, basado en un criterio claro para todos, para incitar al bien y obstruir el mal. Y es que dichos sistemas, el de la honra y la afrenta, el de los premios y los castigos y el de la ley y sus normas, combinados al gobernar, pueden conseguir que en una nación los logros de los grandes ministros consistan en respetar siempre a sus monarcas y los del pueblo llano, en beneficiarles; es decir, que en una nación haya orden y ley.

CAPÍTULO 49

LAS CINCO POLILLAS

En el principio, cuando los hombres eran pocos y los animales muchos y el mundo estaba repleto de aves, mamíferos y reptiles intolerables para los humanos, apareció un gran hombre que, con ramas, construyó refugios semejantes a los nidos de los pájaros y les libró así de todos aquellos daños; al pueblo le gustó aquel hombre, le aclamó jefe supremo y le llamó *el inventor de nidos*. En aquellos tiempos sin fuego, además, los alimentos se pudrían, hediendo tanto las calabazas de la tierra como las almejas del mar, y su ingestión era tan perniciosa para los estómagos y los intestinos de los hombres que muchos enfermaban; entonces apareció un gran hombre que ludió piedras, prendió un fuego y desapareció el hedor; al pueblo le gustó aquel hombre, le aclamó jefe supremo y le llamó *el ludidor*. Hombres semejantes hubo también hacia finales del tercer milenio, como Gun y Yu, que solucionaban los grandes desbordamientos desobstruyendo ríos cavando y

cavando. Y también en época más reciente, cuando los reyes modelo Tang y Wu acabaron con la protervia y el despotismo de los reyes Jie y Zhou enviando contra ellos sus ejércitos.

Ahora bien, si, durante la dinastía Xia, Gun y Yu hubiesen visto a otros construyendo aún con ramas los refugios y prendiendo aún los fuegos con dos piedras, sin duda que se habrían reído de ellos; y si Tang y Wu hubiesen sabido de hombres que, en su época, la del rey Zhou, aún anduvieran desobstruyendo el cauce de los ríos cavando y cavando, también se habrían reído de ellos. Los grandes hombres actuales no serían diferentes: también se reirían de todo aquel que alentase el uso de métodos anticuados, semejantes a los de los reyes modelo Yao, Shun, Tang, Wu o Yu, pues los grandes hombres no atienden a épocas antiguas ni siguen patrones prefijados, sino que inventan soluciones apropiadas a cada tiempo y asunto, tras examinarlo. En el Estado de Song, hubo una vez un labrador en cuyo sembrado había un tocón; un día, un conejo chocó contra el tocón, se partió el cuello y murió; desde aquel día, en que colgó su azada para siempre, el labrador no hizo otra cosa que permanecer junto al tronco esperando conejos, pero no cazó uno más: se volvió el hazmerreír de todo el Estado de Song. Pues bien, semejantes a este labrador, esperando coger conejos con sólo estar sentado junto al tocón son los que esperan gobernar el mundo de hoy con sólo continuar las políticas con las que aquellos reyes modelo gobernaron el mundo de ayer.

En la antigüedad, ni los hombres cultivaban, pues las frutas y las hierbas que había eran alimento suficiente para todos, ni las mujeres tejían, pues las pieles de los animales que había eran vestido suficiente

para todos; tenían de todo sin trabajar; la población era poca y sobrantes los víveres, de modo que no surgían disputas entre los hombres y la paz era espontánea entre ellos; innecesario era ofrecerles cuantiosos premios e infligirles severos castigos. Pero esto ha cambiado y, actualmente, nadie se extraña de que una familia tenga cinco hijos, que cada uno de ellos tenga otros cinco y que un abuelo, en vida, llegue a tener veinticinco nietos, de suerte que somos ya muchos los hombres y pocos los bienes; trabajamos, pero de nada hay ya suficientemente, y tal carencia engendra disputas, disputas que ni añadiendo premios ni multiplicando castigos se logran evitar.

En los primitivos tiempos del rey Yao, modelo según los confucianos, ni él ni nadie decoraba los techos ni pulía las vigas de las cabañas; todos se nutrían de arroz basto y cereales en grano; de hierbas silvestres hacían sopa, y con apenas una piel de vaca se abrigaban en invierno y con un tejido de pajas se tapaban en verano; ¿había alguna diferencia entre el modo de vida de un porquero y el del propio rey? No mucha. En los primitivos tiempos del rey Yu, modelo también, él mismo tomaba las herramientas para que todos le imitasen y trabajaba hasta quedar exhausto, sin carne en los muslos ni vello en los gemelos; ¿había alguna diferencia entre sus penalidades y las propias de sus esclavos prisioneros de guerra? No mucha. ¿Qué tiene de modélico, pues, ese declinar trono y poder que algunos encomian hoy en los antiguos, cuando lo que en verdad estaban haciendo era evitar una vida de porqueros y de penalidades propias de esclavos?

Pero las cosas han cambiado y hoy nadie declinaría un cargo de tercera, pues es un puesto de cuyos pingües beneficios pueden gozar varias genera-

ciones. De manera que declinar trono y poder en favor de otros era fácil antiguamente, porque pocos beneficios reportaba ser rey, pero difícil se ha vuelto hoy, cuando muchos reporta un cargo de tercera. Igual ocurre con el agua, pues, si para los que viven en las cumbres y han de bajar al valle a recogerla es algo valioso que regalarse en días especiales, no es sino algo molesto y de lo que cuesta deshacerse para los que viven en zonas bajas inundadas, o con los alimentos, de suerte que en primaveras de mala cosecha ni a un hermano se da de comer, aunque a cualquier extraño se convide en otoños de abundante recolección; esto es, lo que en verdad mueve a los hombres no es ni la indiferencia hacia hermanos ni el amor hacia extraños, sino la abundancia o la carencia de las cosas. Ni los antiguos menospreciaban los bienes materiales por benevolencia, como dicen los confucianos, sino meramente porque los bienes materiales abundaban, ni los modernos pelean por ellos por avaricia, sino porque escasean. Del mismo modo que los antiguos rechazaran fácilmente trono y poder no se debía a su rectitud moral, como quieren los confucianos, sino a que el poder que rechazaban era poco, el que los modernos luchen por un puesto oficial o se arrimen a los nobles no se debe a su falta de rectitud moral, sino a que el poder que ganan es mucho. Consiguientemente, los grandes hombres de hoy decidirían qué penas y qué normas de gobierno estatuir considerando ante todo si hay abundancia o carencia de bienes materiales en sus naciones y si los puestos de poder son importantes o fútiles para sus súbditos; así, no sería ya la benevolencia lo que les movería a estatuirlas leves ni la crueldad a estatuirlas graves, sino simplemente el que estuvieran ajustadas a la situación real de la nación. Y es que el tiempo pasa y las cosas cambian: el tiempo pasa y las cosas cambian, luego los métodos se han de adaptar.

En la antigüedad, hubo un rey de Zhou llamado Wen que gobernaba su pequeño Estado, que estaba entre Feng y Hao, sobre la base de la benevolencia, lo que le granjeó la sumisión unánime de las tribus bárbaras del norte y el trono de Emperador. En época reciente, al monarca de Xu llamado Yan, cuyo Estado mediano estaba al oriente del río Han, le fueron donados, también por la benevolencia en que basaba su gobierno, los terrenos de treinta y seis Estados; pero esto suscitó temores en su vecino monarca de Chu, quien, previniéndose, le estragó. Si fue la benevolencia la que le granjeó honores de monarca a Wen en la antigüedad, también fue la benevolencia la que acarreó la perdición al monarca Yan en época reciente. Ved, pues, que la benevolencia era apropiada a la antigüedad, mas no lo es a la actualidad. Por eso afirmo: el tiempo pasa, las cosas han de cambiar.

Una vez que el oficial Yu se disponía a atacar a ciertas tribus Miao que rehusaban sometimiento a su monarca, llamado Shun, éste le detuvo: «no atacarás, pues no es correcto usar la fuerza militar en vez de la moral»; y así fue: dichas tribus recibieron durante muchos años una educación basada en la moral y en lo espiritual; los escudos y las picas sólo fueron usados en el baile y los Miao se sometieron. Pero si el famoso guerrero Gong, en las batallas actuales, no blandiese una larga pica con la que alcanzar fácilmente a sus enemigos y no vistiese una armadura resistente, sería herido con facilidad. Ved, pues, que usar las picas en el baile fue apropiado en la antigüedad, mas ya no lo es. Por eso afirmo: las cosas cambian, luego los métodos se han de adaptar: si en la remota antigüedad el método de gobierno más

importante era la moral y siglos después el fundamental fue la estrategia, hoy el principal es la fuerza.

Ante un inminente ataque del Estado de Qi, el Estado de Lu envió a Zi Gong, orador y discípulo de Confucio, para que les persuadiese; pero los de Qi le respondieron: «nos conmueve tu oratoria, pero lo que queremos no está en lo que nos ofreces: queremos territorios»; acto seguido, el ejército de Qi se anexionó tan vasto territorio del Estado de Lu que llegó a situar su frontera a las puertas de la capital de dicho Estado. Ved, pues, que confiar en la oratoria confuciana lleva a la pérdida de territorios, como le sucedió al monarca de Lu, y que fiarse de la benevolencia conduce a la destrucción de Estados completos, como es sabido que le acaeció al famoso monarca de Ye. Y es que ni la benevolencia ni la rectitud ni la sabiduría ni la oratoria son métodos apropiados para la conservación de los Estados. La fuerza sí, sin embargo; y si los señores de Ye y de Lu se hubiesen valido de ella y no de la benevolencia ni de la oratoria, aliándose acaso con otros Estados contiguos como Xu y Lu para atacar a los grandes Estados de Qi y de Chu, no habrían sucumbido.

Puesto que ni las costumbres antiguas se parecen a las modernas y, en consecuencia, las medidas políticas modernas tampoco deberían parecerse a las antiguas, aplicar esa política confuciana de la benevolencia en este tiempo de terrible inestabilidad social sería como montar un caballo encabritado sin bridas ni fusta, cometiéndose así una insensatez tal que no podría traer sino desastres. No obstante, los seguidores actuales de Confucio y de Mo Zi siguen propugnando el amor universal de los reyes modelo de la antigüedad y aquel tratar suyo a los súbditos —dicen de ellos— con tanto amor como los padres tratan a

los hijos. Pero ¿cómo prueban que los reyes modelo, en verdad, obraban así? Aduciendo que «aquellos reyes no sólo prohibían músicas alegres cuando los magistrados de prisiones emitían penas capitales sino también, al ser informados de las condenas a muerte, lloraban»; ¡y por eso los glorifican! También arguyen que la concordia del mundo de los reyes modelo se debía a que trataban a sus ministros con tanto amor como el padre por sus hijos, lo cual, en buena lógica, implica que no puede existir relación filial desavenida. Sin embargo, aunque verdaderamente creo que en la naturaleza de los hombres no existe un amor mayor que el de los padres por sus hijos y que, por tanto, se aman profundamente, es notorio que existen familias desavenidas. Así pues, existiendo familias desavenidas a pesar de que el amor que las une sea el mayor y más profundo que existe, y amando los reyes modelo al pueblo con un amor semejante al paterno-filial, ¿cómo no iba a haber desavenencias también entre ellos y el pueblo?

Por otra parte, que llorasen al imponer penas es manifestación de benevolencia interior, no prueba de que basaran su gobierno en la benevolencia. De hecho, sí era la benevolencia lo que les movía a desear la remisión de los castigos, pero también era la ley lo que les hacía no poder no imponerlos. En suma, los reyes modelo concedían mayor importancia a gobernar según la ley que según la piedad de su corazón. ¿Quedará duda alguna, pues, de que aplicar la benevolencia no es un buen método para conseguir que los Estados estén en orden?

Además, el pueblo obedece a la autoridad pero pocos siguen la llamada de la benevolencia. Ved, si no, cómo a pesar de haber sido un gran hombre de intachable honradez moral y de haber viajado por

innúmeros Estados propagando sus ideas de la benevolencia y la justicia, Confucio sólo halló setenta discípulos. Esto ocurrió por dos motivos: porque a pocos parecía importante la benevolencia y a muchos arduo practicar su idea de justicia. De ahí que, en un mundo tan grande, sólo setenta se le adhirieran y uno solo lograra ser benévolo y justo: él mismo. Sin embargo, desde su trono, el bastante incompetente duque Ai logró que todos sus súbditos le obedeciesen. De ahí que diga que la mayoría obedece a la autoridad, que con autoridad es fácil hacer obedecer a los hombres y que, por eso, incluso el gran Confucio hubo de obedecer mientras que el mediocre Ai podía hacer obedecer. No es que Confucio se adhiriese a la benevolencia del duque: es que hubo de obedecerle, pues el otro tenía autoridad. Es decir, que, aunque según su propia idea de justicia Confucio no tendría por qué obedecerle, el duque, según su autoridad, sí tenía cómo hacerle obedecer. Aun siendo esto así, los confucianos actuales siguen queriendo convencer a los monarcas de que sean benevolentes y justos (pues así llegarán a Emperador, les dicen), descartando la autoridad como método eficaz de someter al pueblo. Pero esto es como pretender que los monarcas remeden a Confucio en todo y que el resto de los hombres sea como discípulos confucianos, es decir, una gran quimera.

Consideremos, por ejemplo, el caso de un joven malogrado cualquiera, un joven que ni el enfado de sus padres haya podido corregir ni la reprensión de sus cercanos enmendar ni las enseñanzas de sus maestros rectificar. Un joven que, ni agregando al amor de sus padres la rectitud de sus vecinos y la sabiduría de sus maestros mejore, no cambiando una pizca. ¿Acaso no se corrige cuando ve llegar a los

oficiales, haciendo cumplir la ley y persiguiendo a quienes la violan armas en mano? Claro que sí. Y es que el amor paternal no basta para educar en el bien a los hijos, sino que es necesario aplicar castigos severos, como hacen los oficiales, pues lo que obra en el hombre no es tanto el amor, que lo ensoberbece, como la autoridad, que lo atemoriza.

Nadie, ni el gran saltador Lou Ji, podría escalar una escarpada muralla de unos pocos metros de alto pero cualquier cabra coja podría subir a pastar hasta una cima a tres mil que estuviera en cuesta: las leyes que instaurarían los monarcas, si fueran precavidos, serían escarpadas como esa muralla y su aplicación de los castigos legales, tan rigurosa.

¿Por qué, pregunto ahora, cualquiera recogería del suelo un pedazo de seda, pero ni Zhi el ladrón querría coger veinte lingotes de oro líquido? Porque el hombre quiere lo que no le daña y aborrece lo que sí, al margen de su precio. De ahí que los monarcas inteligentes gobernarían: uno, aplicando unas leyes que premiasen al pueblo con lo que quiere y le castigasen con lo que aborrece, siempre dando los premios (mejor cuanto más cuantiosos) e infligiendo los castigos (mejor cuanto más severos) estipulados, o el pueblo ni se esforzaría por conseguir aquéllos ni temería éstos; dos, aplicando *un solo* sistema legal para dirimir a quién premiar o castigar y por qué, un sistema idéntico e inmutable en todo lugar del Estado, o el pueblo no lo conocería bien y difícil le sería entenderlo y observarlo; y, en fin, tres, nunca aumentando los premios ni remitiendo los castigos libremente y siempre acompañando aquéllos de honra y éstos de afrenta para que todos, tanto honrados como ímprobos, se esforzaran en trabajar bien por la nación.

Pero no es así como hacen las cosas hoy. Hoy, con-

ceden cargos oficiales a quienes han luchado por la nación pero, al mismo tiempo, les desprecian por dedicarse a eso; premian a los agricultores esforzados pero, al mismo tiempo, desdeñan tales ocupaciones. Admiran a esos confucianos que desprecian las cosas mundanas y que desoyen las órdenes de trabajar en el gobierno, y veneran como a valientes a esos guerreros independientes que son condenados por infractores de las leyes. Ved que es de ahí de donde surgen las contradicciones entre a quién premian y a quién castigan, entre a quién honran y a quién afrentan, contradicciones que llevan a la destrucción del sistema legal y, consiguientemente, al desorden. ¿O es que no es desorden que se considere un acto de integridad humana el vengar personalmente al hermano vapuleado y un acto de lealtad el vengar rápidamente al amigo vilipendiado, cuando no son sino violaciones de la ley, violaciones que incluso los monarcas encomian y, con su encomio, conminan al pueblo a no observarla e imposibilitan a los magistrados su función de hacerla cumplir? ¿Y no es desorden que se llame «capaces» a hombres que tienen de todo para vivir sin trabajar y «honrados» a hombres que obtienen gloria sin haber ido a la guerra[19]? Como consecuencia de ello, los ejércitos están débiles y casi sin soldados, las tierras están baldías y desiertas. Mas esta grave desgracia de que los monarcas tengan hoy débiles los ejércitos y baldías las tierras no se debe sino a ellos mismos, a que amparan ese tipo de hombres «capaces» y «honrados» que no buscan el beneficio de la nación sino el provecho propio.

[19] Alusión a confucianos y guerreros independientes.

Y es que los confucianos desfavorecen la ley con sus teorías, los guerreros independientes infringen las normas con sus obras... y los monarcas aún los tratan con distinción: he ahí el porqué de los desórdenes actuales. En cuanto a aquéllos, aun siendo criminales porque desfavorecen la ley, son preferidos por los monarcas por su preparación clásica; en cuanto a éstos, aun debiendo ser condenados por infringir las normas, también son elegidos por los monarcas por la independencia de sus espadas, de manera que lo preferido por los monarcas resulta ser aquello a lo que la ley se opone y los elegidos por los monarcas resultan ser a quienes los magistrados deberían condenar.

Las contradicciones que hay hoy entre lo que la ley combate y lo que los monarcas amparan, lo fomentado por éstos y lo castigado por los magistrados, son tales que ni con diez estrictos aplicadores de la ley como el Emperador Amarillo sería posible mantener una nación en orden. No se debe querer, pues, a quienes aplican la ley con benevolencia y justicia confucianas, pues es perjudicial para la agricultura y el ejército, ni tampoco se debe favorecer a los confucianos, versados en los clásicos, pues desfavorecen la ley.

Hubo en el Estado de Chu un hombre honrado llamado Zhigong que acusó ante el más alto magistrado a su padre por haber robado un cordero; el magistrado ordenó airado: «¡pena capital para Zhigong!», pues juzgó que ser fiel al monarca pero traicionar a un padre era punible. Y es que hay veces en que la lealtad al monarca implica indefectiblemente la desobediencia filial. Hubo en el Estado de Lu un hombre que siguió a su monarca hasta la batalla, que llegó al frente tres veces y tres veces huyó; Confucio le pre-

guntó por qué; respondió: «porque mi padre es ya un anciano y, si muero, no habrá quien le dé de comer», así que Confucio, apreciando su obediencia filial, le recompensó proponiéndole para un cargo de oficial. Y es que hay veces en que la obediencia filial implica indefectiblemente la deslealtad al monarca. Por un lado, la ejecución de Zhigong suprimió toda delación del mal en el Estado de Chu; por el otro, la recompensa de Confucio engendró numerosos desertores en el de Lu. A pesar de que lo que es bueno para la nación es incompatible con lo que es bueno para cada uno, los monarcas actuales están favoreciendo que cada uno mire y obre por su propio bien y queriendo, al mismo tiempo, que se mire y obre por el bien de la nación. ¿No es esto una quimera?

Que cuando ya en la antigüedad Cang Xie[20] representase la idea de *lo individual* por medio de un carácter casi circular, mientras que para la idea de *lo común* prefiriese un carácter igual al anterior pero añadiendo dos líneas que los diferenciaran, indica que sabía bien que lo individual y lo común son contrarios. Sin embargo, la ofuscación actual hace creer que no lo son. Así piensa la gente. Piensa que el mejor futuro posible principia por llevar una vida virtuosa y estudiar los clásicos confucianos, porque sabe que por llevar una vida virtuosa ganará la confianza de todos (y, con esa confianza, un cargo oficial) y que por estudiar los clásicos confucianos se convertirá en un brillante dechado (y, por serlo, logrará dignidad); en suma, son un puesto oficial y dignidad lo que más aprecia la gente hoy.

[20] Mítico inventor de los caracteres.

Es precisamente de ahí, de conceder los cargos oficiales a quienes no han luchado por la nación y la dignidad a quienes no tienen cargos estatales, pero sí buena reputación, de donde vienen los desórdenes en las naciones y las amenazas para los monarcas. Y es que, aunque dos contrarios no debiesen concurrir, hoy día se premia a los soldados que matan enemigos al mismo tiempo que se ensalza a los piadosos; se galardona con títulos de nobleza y dinero a quienes conquistan ciudadelas al mismo tiempo que se elogia a los compasivos; se prepara consistentes armaduras y afiladas picas para la guerra al mismo tiempo que se alaba los vestidos de amplio fuste y anchas mangas; se funda en la agricultura la riqueza de las naciones y en el ejército su defensa al mismo tiempo que se venera a los hombres de letras y, finalmente, se menosprecia a quienes temen la ley y respetan al monarca al mismo tiempo que se respalda a los guerreros independientes, que violan la ley: así una nación jamás será grande y fuerte. Porque que los monarcas favorezcan a los confucianos y a los guerreros independientes cuando sus naciones están en paz pero se sirvan del ejército cuando están en guerra es favorecer a quienes no sirven a la nación y desfavorecer a quienes sí la han de servir; por eso, desfavorecidos los que sí la han de servir, se han vuelto lentos y negligentes, mientras que los guerreros independientes y los confucianos siguen aumentando día a día, a la par que el desorden creciendo por el mundo.

Por influjo confuciano, hoy se llama *honrados* a quienes se conducen noble y sinceramente y *sabios* a los de pensamiento complejo y sutil. Si lo necesario hoy es tener una ley comprensible para todos, ¿por qué se usa doctrinas complejas y sutiles, difícilmente

comprensibles para los sabios y absolutamente incomprensibles para el pueblo? Al gobernar, del mismo modo que quien apenas puede comer un poco de salvado ni siquiera piensa en comer exquisitas carnes, o del mismo modo que quien apenas puede vestir ropas que le cubran todo el cuerpo ni siquiera piensa en hacerse ropa lujosamente bordada, no se debería pensar en solucionar los asuntos secundarios sin haber solucionado antes los de mayor urgencia. Sin embargo, la política actual sigue complejas doctrinas de hombres sabios incomprensibles para el pueblo llano: he ahí algo contrario al buen gobierno. Complejidades y sutilezas no compaginan con el pueblo.

En cuanto a los *honrados*, el pueblo llano los enaltece porque no engañan y porque cree que conducirse noble y sinceramente es encomiable; pero no ve que esos que no engañan carecen de medios para impedir que otros engañen a los demás. Y es que los hombres del pueblo llano prefieren y confían en estos que no engañan porque, como son igualmente pobres, no se aprovecharán de ellos y porque, como carecen igualmente de autoridad, no les han de temer: de ahí que confíen en los que no engañan. Pero los monarcas actuales ¿para qué habrían de recurrir a los honrados si con su autoridad pueden controlar a los súbditos, si poseen toda la riqueza de sus tierras, si tienen el poder de conceder grandes premios e imponer graves castigos y pueden librarse de todo embaimiento gracias a la buena aplicación de la teoría del uso? No, ni aun estando rodeados de viles y ruines ministros como Tian Chang o Ci Han necesitarían recurrir a los honrados y de buena fe por naturaleza. Además, ¿sería posible que los más de cien puestos oficiales estuviesen ocupados todos por hombres honrados y de buena fe, hoy que no debe haber más de diez en toda la nación?, ¿no faltarían hombres honrados en muchos puestos? Y de que haya pocos hombres honrados para muchos puestos, ¿no se sigue que pocos honrados habría con mando y muchos desmandados? Por consiguiente, si los monarcas tuvieran claras las ideas no buscarían hombres sabios para gobernar sino una ley unificada, no buscarían hombres honrados sino una correcta aplicación de la teoría del uso; y así tendrían un sistema legal fuerte que eliminaría toda deslealtad entre sus ministros.

Pero los monarcas de hoy sólo miran si las teorías que les proponen suenan bien, olvidándose de si son útiles, y sólo eligen a los oficiales que tienen reputación de honrados, olvidándose de si cumplen bien sus trabajos por la nación. De lo primero se deriva que en las cortes abunden hombres que se expresan con palabras bonitas pero que no miran si sus consejos son útiles, es decir, hombres que propugnan la benevolencia y la justicia de los reyes modelo de la antigüedad sin mirar que no sirven para anular los desórdenes de hoy. De lo segundo se deriva que en el mundo abunden hombres que declinan los puestos oficiales y sus correspondientes salarios y prefieren retirarse a las cuevas de las montañas, es decir, hombres que proclaman una moral del desapego a las cosas mundanas sin mirar que sólo sirve para dejar sin hombres los ejércitos. Y, si por culpa de estos hombres a los ejércitos les faltan soldados y a las naciones orden social, ¿por qué están ahí? ¿No es justamente eso que el pueblo venera y eso que los monarcas reverencian lo que desestabiliza las naciones?

En todas las casas se tiene hoy los brillantes libros

de política de Shang y Guan[21], y el pueblo se mete a opinar sobre cómo gobernar de modo que las naciones sean ricas, pero las naciones son cada vez más pobres: muchos hablan de cultivar la tierra pero pocos toman la azada. Igualmente, en todas las casas de los Estados se tiene hoy los brillantes libros de estrategia de Sun y de Wu, y el pueblo se mete a opinar sobre cómo hacer para que los ejércitos sean fuertes, pero los ejércitos son cada vez más débiles: muchos hablan de cómo hacer la guerra pero pocos se visten la armadura. Los monarcas inteligentes, en consecuencia, no atenderían las opiniones del pueblo sino que simplemente usarían su fuerza, inteligentes a los que sirvieran bien a la nación y eliminarían a los que no, pues es así como les obedecería el pueblo. Y, aunque cultivar le pareciera fatigoso, obedecería y cultivaría pensando: «así obtendré muchos premios y bienes», y, aunque ir a la guerra le pareciera peligroso, iría pensando: «así me cubriré de honor». Mas viendo el pueblo que tanto bienes como honores van a parar a manos de los confucianos, hombres dedicados a los clásicos y entregados a la oratoria que ni fatigan cultivos ni aventuran vidas, ¿cómo no iba a remedarlos?; consecuencia: por cada cien hombres que se dedicaran al estudio, uno se dedicaría al ejército o la agricultura. Que muchos se dediquen al estudio trae la destrucción del sistema legal; que pocos se dediquen al ejército o la agricultura, el empobrecimiento de la nación; su conjunción, el caos.

Por ello, en las naciones de monarcas de ideas claras no habría libros antiguos, sino que se tendría a la ley por sola materia de estudio; no se seguiría las

[21] Legistas que subrayaban la importancia de la agricultura.

enseñanzas de los reyes modelo de la antigüedad, sino que se tendría a los oficiales de la ley por únicos maestros, y no se acogería las violentas espadas de los guerreros independientes, sino que se tendría por valientes sólo a quienes cortaran cabezas enemigas. Haciendo así conseguirían que todas las ideas de los hombres estuvieran ajustadas a la ley, que todos los trabajadores fueran agricultores y que todo valiente sirviera en el ejército y, por consiguiente, conseguirían una nación buena tanto agrícola como militarmente, próspera en tiempos de paz y fuerte para la guerra. Y es que un monarca actual sólo tiene un camino para igualarse y aventajar a los Cinco Grandes Reyes y a los Tres Emperadores: hacer de su tierra una tierra rica y de su ejército un ejército fuerte, primero, y atacar a sus enemigos en sus puntos flacos, después.

Pero ¡qué gran peligro corren los monarcas hoy, hoy que nada, ni la situación interna de sus naciones, con los confucianos y los guerreros independientes infringiendo la ley, ni la externa, con los diplomáticos haciéndose con un poder privado en el extranjero, les es favorable! Y es que los diplomáticos bien pertenecen a facciones en busca de alianzas verticales u horizontales, bien están queriendo usar la fuerza de su propio Estado para atacar a alguna nación por la que sienten enemistad personal. Dichas alianzas verticales consisten en aliarse con varias naciones débiles, situadas en un eje norte-sur, para atacar a una nación fuerte; las horizontales, en aliarse con una nación fuerte, situada en un eje este-oeste, para atacar a varias naciones débiles. Y aunque ninguna de dichas alianzas sea buena para el gobierno de ninguna nación, los diplomáticos las están defendiendo.

Por una parte, propugnan alianzas horizontales arguyendo que «o servimos a una nación fuerte o, en

cuanto aparezcan enemigos, seremos arrasados», cuando lo que ocurre, en realidad, es que servir a una nación fuerte no acarrea grandes ventajas indefectiblemente. No, porque para lograr su ayuda militar ha de entregarse el mapa propio y los sellos; y entregarle el mapa es como entregarle territorios, lo que debilita a cualquier nación, y hacerle entrega de los sellos es como someterse a ella y menoscabar nuestro honor, lo que la desequilibra políticamente; en consecuencia, servir a una nación fuerte, es decir, entrar en una alianza horizontal, acarrearía, antes de haber visto ningún beneficio, pérdida de territorios y desestabilidad política.

Por otra parte, los diplomáticos están defendiendo las alianzas verticales argumentando que «o nos asociamos con naciones pequeñas y atacamos a una grande, o lo perderemos todo; perdiéndolo todo, perderemos también la confianza tanto de otros países como la del nuestro; si perdemos esa confianza, nuestra nación estará en peligro; con la nación en peligro, nuestro monarca perderá posición y sufrirá menoscabo». Sin embargo, auxiliar a naciones débiles ni comporta indefectiblemente grandes ventajas, ya que exige un envío de tropas para atacar a la nación fuerte, ni implica necesariamente que se logrará salvar a esas pequeñas naciones. Y es que al atacar a una nación fuerte se corren dos peligros: el de cometer un pequeño descuido que, aprovechado por una nación fuerte serviría para controlarnos totalmente, y el de enviar tropas en campaña, dejando indefensas nuestras ciudadelas, que serían tomadas por el enemigo con facilidad; en consecuencia, ayudar a naciones débiles, es decir, entrar en una alianza vertical, significaría, antes de haber visto ningún beneficio, pérdida de territorios y de tropas.

Mientras tanto, los diplomáticos se beneficiarían tanto de las alianzas con naciones poderosas, porque así los mandatarios extranjeros les apoyarían para conseguir altos puestos en sus propios países, como de las alianzas en auxilio de países débiles, porque en sus propios puestos se apoyarían para lograr otros en los países extranjeros. De aquí que haya naciones que nada estén ganando mientras algunos de sus hombres estén medrando y ganando Estados; que la posición de los monarcas esté descendiendo mientras la de algunos diplomáticos esté ascendiendo y que las naciones se estén empobreciendo territorialmente mientras estén aumentando las riquezas de algunos. ¿Por qué? Porque tanto si las alianzas mencionadas logran sus propósitos como si no, los diplomáticos salen ganando: si las alianzas que negocian son fructuosas, mantienen durante largo tiempo el poder que ya tenían y, si infructuosas, podrán retirarse y vivir apartados de todo con las riquezas ya alcanzadas. Así pues, con los diplomáticos adquiriendo riquezas y ganando buena fama aunque sus alianzas no hayan sido fructíferas para su nación, y con los monarcas no castigándoles por sus fracasos, ¿qué hay de raro en que todos los que se ocupan en política exterior disparen esa buena flecha que siempre regresa?

Ocurre, pues, que la perdición de las naciones y las muertes de sus monarcas no se deben sino a ellos mismos, a que creen en las grandes palabras de los diplomáticos. Pero ¿por qué las creen? Porque ni distinguen entre lo que es bueno para éstos y lo que es bueno para la nación ni ven qué hay de útil y qué de inútil en sus grandes palabras, lo cual les lleva a no castigarles nunca, pues creen que las alianzas siempre les beneficiarán: «seré Emperador —piensan— si sus alianzas son un gran éxito y, si es sólo peque-

ño, al fin y al cabo mantendré mi nación libre de peligro». Ahora bien, para ser Emperador lo crucial no es eso sino estar en posición de poder vencer militarmente a las demás y en posición de no poder ser vencido por ninguna de ellas. Y estas cosas, poder vencer y orden social interno, son cosas que no se consiguen por medio de la política exterior, sino de la política interior, es decir, por medio de la aplicación de la teoría del uso y de un sistema legal, con sus premios y castigos. Pero ninguna nación está aplicando hoy ni la ley ni la teoría del uso, sino que todas se están concentrando en asuntos de política exterior: así nunca serán militarmente fuertes ni tendrán orden social interno.

Hay un refrán que dice: «a mangas largas, baile hermoso; a mucho dinero, grandes negocios». Quiere esto decir que, cuando la situación es favorable, la obtención de buenos frutos es probable. De ahí se deduce que sería fácil para una nación militarmente fuerte y con el pueblo y la agricultura en orden lograr sus objetivos, mas arduo resultaría si estuviera militarmente débil y políticamente desgobernada. Ved, si no, cómo mientras que los planes seguidos en el Estado de Qin, a pesar de sus cambios constantes, fueron generalmente un éxito, los seguidos en el Estado de Yan, a pesar de sus mínimos cambios, raramente lo fueron. ¿Por qué? No porque los planes aplicados en el Estado de Qin fuesen claramente inteligentes mientras que los usados en el Estado de Yen fuesen claramente necios, sino porque aquella nación era militarmente fuerte y sus agricultores trabajaban en orden mientras que en la otra no. Y ved, también, cómo el Estado de Zhou se alejó del de Qin para entrar en una alianza vertical en su contra y, al cabo de un año, fue invadido por éste; cómo el Estado de Wei se alejó del de Wei para entrar en una alianza horizontal en su contra y, en el plazo de medio año, fue aniquilado por éste. Cómo, en fin, tanto la invasión de Zhou como la aniquilación de Wei se debieron a sus alianzas vertical y horizontal, respectivamente.

Imaginemos ahora que los Estados de Zhou y Wei hubiesen pausadamente analizado sus futuras alianzas horizontales y verticales y decidido reforzar su situación interior proclamando una ley clara para todos, por un lado, y aplicando indefectiblemente los premios y los castigos en ella contemplados, por otro. Gracias a la primera medida habrían logrado explotar integralmente las posibilidades productivas de sus terrenos hasta hacer gran acopio de alimentos y, gracias a la segunda, que el pueblo arriesgase su vida en la defensa de las ciudades, de suerte que ninguna nación que se hubiese apoderado de sus terrenos habría podido apoderarse ya de gran cosa, por un lado, y la nación que les hubiese atacado habría sufrido grandes pérdidas, por otro. Además, ni siquiera una nación de poderoso ejército se habría atrevido a exponerse al agotamiento de asediar ciudades tan defendidas, pues otros poderosos enemigos podrían aprovechar dicho agotamiento para eliminarles: he ahí, pues, un método infalible para evitar ser destruidos. Pero las naciones arriba mencionadas no lo utilizaron, luego fueron destruidas: he ahí el error de sus gobernantes; y es que nada sino una buena política exterior y un buen gobierno que mantenga el orden interno pueden salvar a las naciones de la destrucción.

El hombre acostumbra a buscar seguridad y bienes, a huir de los peligros y de la pobreza. ¿Cómo no iban a huir, pues, también los hombres de hoy, de los

peligros de la guerra, donde van porque se les ordena y donde tanto si avanzan son muertos por los enemigos como si desertan, por sus compatriotas? ¿Y cómo no iban a alejase de la pobreza, cuando la guerra les impone abandonar haciendas que, descuidadas, ven depauperarse ante la indiferente mirada de sus propios oficiales? ¿Cómo no iban a buscar seguridad trabajando para los nobles, si gracias a ello evitan tanto las levas como los trabajos forzados en peligrosas obras públicas, o sobornando a quienes tienen cargos de poder, si gracias a ello satisfarían sus deseos de seguridad personal y, consiguientemente, de otros beneficios? He ahí el porqué de la escasez de hombres que buscan el bien de la nación y la abundancia de hombres que sólo buscan su propio bien.

Pues es eso lo que buscan los comerciantes hoy. De ahí que los monarcas, si fueran precavidos, aplicarían una política capaz de disminuir su número y humillar su buena fama, y también de los artesanos y de los trabajadores eventuales, porque demasiados son hoy los que se ocupan en trabajos accesorios y pocos los que se ocupan en los fundamentales, es decir, en la agricultura y en el ejército. Pero ni su buena fama será humillada ni el número de dichos comerciantes y artesanos quedará disminuido mientras siga siendo común en nuestras sociedades la compra de títulos de nobleza y cargos oficiales por medio de los allegados al monarca y mientras siga siendo corriente el comercio ilegal con bienes de la nación, que son los dos medios que dichos comerciantes utilizan para ganar no sólo dinero, y más que los agricultores, sino también respeto social, y más que los militares. De tal situación resulta que es el número de hombres rectos el que está reduciéndose conforme el de comerciantes va aumentando.

En conclusión, la inestabilidad de las naciones se debe a: primero, los confucianos, quienes promoviendo la benevolencia y la justicia de los reyes modelo de la antigüedad y concediendo importancia tanto a la belleza de los vestidos y el aspecto como a la de las palabras, van contra la ley y ofuscan el entendimiento de los monarcas; segundo, los diplomáticos, que mintiendo y haciendo uso de la fuerza de potencias extranjeras logran fines personales en lugar de fines que beneficien a su nación; tercero, los guerreros independientes, que maquinan, alardean de integridad para enaltecerse y lograr renombre y, al tiempo, violan todo tipo de normas; cuarto, los que evitan la milicia, que se arriman a los nobles y a hombres de poder para, sobornándoles con dinero y otras cosas, evitar ir a la guerra y a los trabajos forzosos en obras públicas, y, quinto, los comerciantes y los artesanos, que fabrican cosas notablemente defectuosas y acopian bienes esperando momentos de escasez para vendérselos a los labradores, aprovechándose así de ellos. He ahí cinco tipos de hombres: he ahí la polilla de las naciones. Y, si los monarcas no se deshacen de ellos como de polillas y empiezan a apoyarse en hombres rectos y de buena fe, nada raro será que en el mundo conocido siga habiendo Estados debelados y cortes aniquiladas.

CAPÍTULO 50

LAS ESCUELAS MÁS FAMOSAS

Las escuelas de pensamiento más famosas de la actualidad son la confuciana y la moísta. De la confuciana, Confucio es el más sobresaliente; de la moísta, el más sobresaliente es Mo Zi. Tras la muerte de Confucio, el confucianismo se dividió en numerosas subescuelas: el confucianismo de Zi Si, el confucianismo de Yan Shi, el confucianismo de Mencio, el confucianismo de Qi Diao, el confucianismo de Zhong Liang Shi, el confucianismo de Sun Shi y el confucianismo de Yue Zheng Shi. Tras la muerte de Mo Zi, el moísmo también se dividió en numerosas subescuelas: el moísmo de Xiang Li, el moísmo de Xiang Fu Shi y el moísmo de Deng Ling. Muertos Confucio y Mo Zi, pues, el confucianismo dio en dividirse en ocho subescuelas y el moísmo en tres; pero del ideario de sus maestros ninguna ha elegido lo que las otras; todas son contradictorias, diferentes y cada una sostiene ser la única auténtica. ¿Cómo podríamos hoy saber cuál

lo es, siendo imposible resucitar a Confucio y a Mo Zi?

Pero es que lo mismo sucede con Confucio y Mo Zi: que, aunque ninguno eligió lo que el otro del ideario de los reyes modelos Yao y Shun, a quienes veneraban, ambos sostuvieron ser el único continuador auténtico. ¿Cómo podríamos saber hoy quién lo fue, siendo imposible resucitar a Yao y a Shun? Y si igualmente imposible sería saber la verdad acerca de la política de los Estados de Yin y Zhou, modelos confucianos, y de los Estados de Yu y Xia, modelos moístas, porque existieron hace más de setecientos y dos mil años respectivamente, ¿acaso es posible que confucianos y moístas hayan podido saber cuál fue la verdadera política de sus reyes modelo, Yao y Shun, que vivieron hace más de tres mil años? Quien juzga sin haber verificado los hechos es estúpido; quien defiende ideas que sabe infundadas, mentiroso; luego estúpidos o mentirosos han de ser quienes defienden abiertamente a los reyes modelo Yao y Shun. Puesto que son estúpidas y mentirosas estas dos referidas escuelas de pensamiento, y confusas y contradictorias sus conductas, deberían ser rechazadas por todo monarca precavido.

Según los moístas, en los sepelios paternos no se ha de gastar dinero en nuevas ropas: en invierno se ha de vestir al muerto con ropa de invierno y en verano, de verano; en todo caso ha de usarse un sencillo y pobre ataúd de madera de aleurites de diez centímetros de grueso y guardar tres meses de luto; por su parsimonia, los monarcas actuales reverencian estos usos. Los confucianos, por su parte, gastan hasta la última moneda de sus ahorros en los sepelios, guardan tres años de luto y, por su enorme contrición, su salud se ve tan debilitada que caminan apoyándose

en bastones; los monarcas actuales también reverencian estos usos, pero por su obediencia filial. De modo que, aunque adherirse a la parsimonia de Mo Zi implicaría necesariamente oponerse al derroche de Confucio y adherirse a la obediencia filial de Confucio implicaría necesariamente oponerse a la desobediencia filial de Mo Zi, ocurre que los monarcas actuales dan en reverenciarlo todo, tanto la desobediencia filial y la parsimonia de los moístas como la obediencia filial y el derroche de los confucianos.

Según las teorías de Qi Diao, un hombre nunca ha de amilanarse ni su cara ha de expresar sometimiento; y, si fuese malo, hasta de sus esclavos se debería guardar, mas, si fuese bueno, hasta con príncipes y monarcas podría enfrentarse; en Qi Dao, los monarcas actuales reverencian honradez. Song Long, por su parte, opinaba que un hombre nunca ha de llegar a la pelea ni a la venganza y no creía vergonzante ser encarcelado ni deshonroso ser insultado por ello; en Song Long, los monarcas actuales también reverencian algo: su paciencia. De modo que, aunque si uno se adhiriese a la rectitud de Qi Diao debería oponerse necesariamente a la paciencia de Song Long y si uno se adhiriese a la paciencia de Song Long debería oponerse necesariamente a la ira de Qi Diao, ocurre que los monarcas actuales dan en reverenciarlo todo, tanto la paciencia y la tolerancia de Song Long como la rectitud y la ira de Qi Diao.

Y aún más: también reverencian y se adhieren a esas escuelas estúpidas y falsas, de confusas conductas, provocando en todos los hombres cultos de la Tierra ofuscación intelectual y conductas desorientadas. Tan imposible es que hielo y brasas perduren en un mismo cuenco o que el invierno y el verano lleguen al mismo tiempo como gobernar bien siguien-

do, simultáneamente, el pensamiento de dos escuelas contradictorias y confusas. Por tanto, este desorden que hay hoy en las naciones no se debe sino a los propios monarcas, a que se hayan adherido a dichas confusas escuelas y estén siguiendo sus contradictorios y absurdos modelos de conducta, pues, adhiriéndose a tales escuelas y siguiendo tales modelos de conducta, ¿cómo no iban a gobernar, también, contradictoria, confusa y absurdamente?

Y, así, actualmente, la mayoría de los hombres cultos defiende que los Gobiernos habrían de ayudar al pueblo y contrarrestar su pobreza «dividiendo los terrenos de la nación y entregándoselos». Ahora bien, hay hoy quienes, viviendo en idénticas condiciones a las del resto de los hombres y aun no habiendo tenido grandes cosechas ni ningún otro gran ingreso, pueden vivir sin necesidad de tal ayuda; ¿por qué?, sin duda, porque son trabajadores y parsimoniosos. Y hay también quienes, viviendo en idénticas condiciones a las del resto de los hombres y aun no habiéndoles sobrevenido ningún año de mala cosecha ni ninguna enfermedad duradera ni desastres naturales ni crímenes ni ningún otro tipo de desgracias serían incapaces de sobrevivir sin tal ayuda; ¿por qué?, sin duda, porque son perezosos y derrochadores. Si los pobres son pobres por ser perezosos y derrochadores, y los ricos son ricos por ser trabajadores y parsimoniosos, ¿por qué los monarcas están recaudando bienes de los que tienen para donárselos a los que no tienen?, ¿cómo es que quieren que el pueblo sea trabajador y viva con frugalidad cuando, al mismo tiempo, están regalando a los perezosos y derrochadores lo que expropian a los trabajadores y a los parsimoniosos?, ¿no es quererlo una quimera?

Hay hoy hombres cuyo modelo de conducta consiste en evitar las ciudadelas en guerra, nunca alistarse al ejército y no cambiar ni un pelo de sus gemelos por la mayor riqueza imaginable[22]. ¿Y cómo los tratan los monarcas actuales? No ofreciéndoles buenos terrenos y grandes mansiones y puestos oficiales y sueldos elevados a cambio de su total entrega por la nación, sino admirándolos y apoyándolos, respetando su sabiduría y elogiando tanto su menosprecio por lo material como su aprecio por la vida. Y, así, ocurre que los monarcas actuales dan en reverenciar a los que menosprecian lo material y aprecian su propia vida. ¿Es que no ven que hacer así y querer que su pueblo dé la vida por ellos en la guerra no es más que una quimera?

Hay hoy otros hombres que poseen gran cantidad de libros y estudian oratoria, organizan academias, analizan los clásicos y publican teorías[23]. ¿Y cómo los tratan los monarcas actuales? Con admiración y respeto, sosteniendo que «respetar a estos hombres honrados es seguir los pasos de los reyes modelo de la Antigüedad». Y, así, se dedican a regalar a estos hombres dedicados al estudio mientras imponen innúmeros impuestos a los agricultores de la nación. ¿Es que no ven que hacer así y querer que los agricultores sigan siendo buenos trabajadores y se mantengan callados no es más que una quimera?

Hay hoy otros hombres que defienden la integridad moral. Son astutos, jamás permiten ofensa alguna contra sus principios y, cuando escuchan alguna murmuración en su contra, sin vacilar desenvainan

[22] Alusión a los seguidores de los primeros taoístas.
[23] Alusión a los confucianos.

las espadas[24]. ¿Y cómo los tratan los monarcas? Con respeto y reverencia por su autoestima e integridad de principios. Y así, ocurre que se dedican a alabar el valor de dichos guerreros que sólo luchan para sí en vez de premiar a sus soldados por cortar cabezas enemigas. ¿Es que no ven que hacer así y querer que los hombres den sus vidas en las batallas contra naciones enemigas en vez de luchar para sí no es más que una quimera?

Porque que los monarcas favorezcan a los confucianos y a los guerreros independientes cuando sus naciones están en paz pero se sirvan del ejército nacional cuando están en guerra es favorecer a quienes no sirven a la nación y desfavorecer a quienes sí la han de servir, lo cual sólo trae desorden. Así que, cuando los monarcas escuchen doctrinas de estudiosos què juzguen buenas, deberían difundirlas entre sus ministros y favorecerles con un cargo oficial, mas, cuando las creyesen malas, lo que deberían es deshacerse de ellos y borrar sus ideas de raíz. Pero no es esto lo que hacen los monarcas actuales: cuando las creen buenas, no las difunden entre sus ministros y, cuando las creen malas, no las borran de raíz. Y ahí, en que los monarcas no utilicen las buenas ni aniquilen las malas, está el porqué de la desestabilidad y la perdición de los Estados.

Una vez, Confucio se fijó en Tan Tae Zi Yu por su aspecto de monarca de talento y virtud; tras mucho tiempo juntos, descubrió que su aspecto no concordaba con sus actos. Otra, se fijó en Cai Yu, hombre elocuente, culto y elegante en el hablar; tras mucho tiempo juntos, descubrió que su sabiduría era mucho

[24] Alusión a los guerreros independientes.

menor que su oratoria. De ahí que Confucio afirmase que «fijarse en alguien por su aspecto es un error, como hice con Tan Tae Zi Yu; y fijarse en alguien por su elocuencia, también, como hice con Cai Yu». Ved, pues, que incluso hombres tan inteligentes como Confucio suspiran decepcionados por las apariencias que no concuerdan con la realidad. Así que, con los monarcas actuales cometiendo el gran error de contratar a hombres elocuentes sólo porque se complacen en su elocuencia, ¿cómo no iban a estar más desorientados de lo que Confucio estuvo, cuando la elocuencia de Cai Yu es grandemente superada por los oradores de hoy?

En el Estado de Wei, por ejemplo, se contrató al elocuente Meng Mao, lo cual sólo trajo desgracias a la ciudad de Hua Xia; lo mismo ocurrió en el Estado de Zhao, donde se contrató al elocuente Zhao Kuo, lo cual sólo trajo calamidades a la ciudad de Chang Ping. En ambos casos, el error fue uno: haber confiado en la elocuencia.

Y es que para saber si una hoja es buena o mala no basta con saber la proporción de estaño que tiene y el color del fuego que la templó: ni siquiera al gran espadero Ou Ye le bastaría; pero a cualquier sirviente le basta con usarla en mojado matando ocas y gansos y en seco despiezando potros y caballos para no tener la menor duda de la calidad de su filo. Lo mismo sucede con los caballos: solamente abrirles la boca y mirarles los dientes, observar su aire, no basta para saber si es un buen caballo o no: ni siquiera al gran caballista Bo Le le bastaría; pero a cualquier sirviente le basta con engancharlo a un carro y observar hasta dónde puede tirar de él para no tener la menor duda de la calidad del animal.

E igualmente sucede con las personas: solamente

fijarse en su hermosura y en su elegancia, solamente escuchar lo que dicen, no basta para saber cómo son: ni siquiera a Confucio le bastaría; pero a cualquiera le basta con darle un cargo oficial y escrutar sus resultados para no tener ninguna duda de si es inteligente o estulto.

De ahí que los monarcas, si tuvieran claras las ideas, promoverían siempre a sus hombres paulatinamente, llevándolos desde los puestos más bajos hasta los más altos, de modo que llegarían a primer ministro desde un puesto local y fueran ascendidos a gran general desde soldado raso. Y premiarían sin falta a todo el que trabajara bien por la nación, concediendo tanta más paga cuanto más elevado fuera el cargo, porque así tanto más se esforzarían; y los promoverían según su eficacia, de modo que los altos cargos fueran también hombres altamente eficientes. He aquí, pues, algo fundamental para llegar a ser Emperador: dar tanta más paga cuanto mayor sea el cargo, y tener a los hombres más eficientes en los cargos más altos.

Nadie diría que un pedregal es fértil sólo porque sea vasto, ni que un ejército de terracotas es fuerte sólo porque sean miles. Por muy grande que sea un pedregal, si no da arroz, es tierra baldía; por muchas terracotas que haya, si no matan enemigos, es un ejército inútil. Pues bien, en la actualidad hay muchos comerciantes y artesanos que tienen de comer sin cultivarlo ellos mismos y muchos confucianos y guerreros independientes que reciben gloria y honores sin haber servido en el ejército. Por culpa de dichos hombres, los campos se semejan cada día más a vastos pedregales sin surcos, y los ejércitos, a grupos de terracotas. Y cualquiera que supiese un poco de paralelismos vería el que se da entre los

pedregales y las terracotas, por un lado, y los comerciantes, los confucianos y los guerreros independientes, por otro: el ser igualmente perjudiciales, por inútiles, para cualquier nación.

Y es que, si uno quisiera que otros países, semejantes al propio en poder y de acuerdo con sus ideas le obedeciesen como si fueran sus propios ministros, de nada le serviría practicar la equidad confuciana. Pero distinto sería si usase el poder: con poder, fácil es que cualquier funcionario menor, aunque contrario a ti, te ofrende un ave[25]. Dado, pues, que si los otros te obedecerían debido a tu poder y, si no, serías tú quien hubiese de obedecerles, los monarcas precavidos tendrían poder, no equidad. Además, fijémonos en esto: si bien el rigor en el gobierno de las casas aleja de ellas a todo sirviente inquino, el amor en la educación de los hijos sólo los malogra. Esto quiere decir que es con un poder imponente, y no con una gran moralidad, como se puede impedir la violencia en las naciones y evitar los desórdenes sociales.

De ahí que ningún hombre sabio gobernaría esperando a que los hombres hicieran el bien *motu proprio* sino obligándoles a no hacer el mal, pues en todo un Estado no llegarían a diez los que harían el bien *motu proprio* pero todo un pueblo actuaría igual si se le obligase a no hacer el mal. De esto, es decir, de que los gobernantes deberían utilizar métodos efectivos sobre la mayoría y no métodos efectivos sobre la minoría, se sigue que deberían gobernar con la ley y no con la moral, pues gobernar esperando que los hombres hiciesen el bien *motu proprio* sería

[25] Muestra de sumisión en el protocolo de la audiencia con el monarca.

como esperar a que la Naturaleza diera una rama perfectamente recta, de manera que ni en cien años tendríamos una flecha, o como esperar a que la Naturaleza diera una tabla perfectamente circular, de manera que ni en mil años tendríamos una rueda.

Pero, aunque ni en cien años se dé una flecha natural y perfectamente recta ni tampoco una rueda natural y perfectamente redonda, es un hecho que todos montamos en carros y abatimos pájaros. ¿Cómo lo logramos? Corrigiendo la Naturaleza con las herramientas apropiadas. Y es que ni siquiera los mejores artesanos apreciarían más una flecha perfectamente recta o una rueda perfectamente redonda sólo por haber sido producidas por la Naturaleza. ¿Por qué? Porque lo que hoy necesitamos es muchas para muchos carros y para muchos arcos. Igual que dichos artesanos, los monarcas precavidos desecharían ese método de esperar a que algunos hombres hicieran el bien *motu proprio* y aplicarían un método de premios y castigos. ¿Por qué? Porque lo que hoy se necesita es un método para gobernar a muchos. De ahí que el objetivo de los monarcas que saben gobernar no sería el que unos pocos hombres hicieran el bien *motu proprio* sino el aplicar una ley obligatoria y efectiva.

Si, cuando oímos hoy a los hombres que afirman *puedo hacerte longevo e inteligente*, mayoritariamente pensamos que se trata de un embuste, pues tanto la inteligencia como la longevidad son dones de la Naturaleza el uno y del Destino el otro; si, cuando oímos a alguien que promete conseguir lo que nadie puede conseguir, por ser algo connatural y predestinado, es mayoritariamente considerado un embustero; y si, cuando alguien lo desenmascara afirmando que son cosas inconseguibles, no está sino esclareciendo a los demás, explicando cuáles son las verdaderas capacidades humanas, ¿por qué hay monarcas que creen en las promesas confucianas de hacer a los hombres benevolentes y justos, cuando no son sino propuestas semejantes a las de hacernos longevos e inteligentes? Del mismo modo que, si lo que uno quisiera es embellecer su rostro, de nada le serviría hablar de las bellísimas Mao Qiang y Xi Shi sino que debería empezar por ponerse ciertos afeites, si lo que uno quisiera es gobernar mejor un Estado, de nada le serviría hablar de la benevolencia y la justicia de los reyes modelo de la Antigüedad sino que debería empezar por instituir un sistema legal claro. Tal sistema legal, acompañado de premios y castigos, sería como los afeites: mejoraría su nación. De ahí que los monarcas, si tuvieran claras las ideas, concederían importancia a lo que les es útil para el buen gobierno y no a lo inútil: no gobernarían hablando de justicia y benevolencia.

Si cuando oímos hoy a chamanes diciendo frases como *puedo hacer que vivas mil otoños, que vivas diez mil años*, frases que sólo nos zumban en los oídos sin lograr hacernos vivir ni un solo día de más, descreemos mayoritariamente de ellos, ¿por qué hay monarcas que creen en los discursos de los confucianos que actúan ante ellos como embajadores, que creen en esos discursos que versan sobre cuán perfectamente fueron gobernados los reinos de la Antigüedad en lugar de exponerles con qué ley deberían gobernar hoy y cómo impedir sus infracciones? ¿Por qué les creen cuando dicen *sigue mis doctrinas y serás Emperador*, si no son más que palabras bonitas propias de chamanes, palabras a las que ningún monarca adherido a la ley daría crédito? Los monarcas inteligentes gobernarían con lo útil y no con lo

inútil, es decir, no aplicarían ni la benevolencia ni la justicia ni seguirían ninguna otra idea confuciana.

Hoy en día, sólo los que ignoran cómo gobernar un Estado afirman: *hay que gobernar ganándose al pueblo*. Porque, si para gobernar un Estado bastase con ganarse al pueblo, ¿no habría bastado con seguir sus opiniones en lugar de las de los grandes ministros Yi Yin y Guan Zhong?[26] Por supuesto que no, porque el pueblo sabe tanto como un recién nacido.

Y los recién nacidos son así: cuando hay que afeitarles la cabeza para que no les duela la tripa y sajarles los tumores para que no mueran[27], protestan y lloran sin descanso aunque se haga con la ternura de una madre, porque ignoran que a cambio de un poco de dolor pueden lograr un gran beneficio. Lo mismo sucede con el pueblo actualmente: que, cuando los monarcas le ordenan que abra surcos en los campos y los cultive para que la riqueza aumente, sólo ve sevicia en ello; que, cuando endurecen los castigos sólo tratando de evitar el mal en sus Estados, sólo ve severidad en ello; que, cuando gravan al pueblo y recolectan sus productos tratando de hacer acopio para usarlo en tiempo de carestía y como abastecimiento para el ejército en las guerras, sólo ve avaricia en ello y, finalmente, que, cuando le ordena saber qué es una armadura, que ninguno evada las levas y que todos se entreguen a las batallas para, así, apresar muchos prisioneros, sólo ve tiranía en ello.

En suma, ninguno de estos cuatro métodos que, juntos, conducen a la paz en los Estados, contenta al

[26] Ministros en verdad indispensables para la fundación de los Estados de Shang y de Qi, respectivamente.

[27] Creencias comunes en la época.

pueblo. De ahí que los monarcas hayan recurrido a hombres sabios e inteligentes rechazando la inteligencia del pueblo, pues es insuficiente e inservible. Ved, si no, cómo en la Antigüedad hombres extraordinarios como Yu quisieron solucionar los desbordamientos del río Amarillo cavando aberturas en su lecho y hombres innovadores como Ci Chan quisieron arar para plantar higueras, en lugar de otras cosas más comunes, en beneficio del Estado[28]; pero ocurrió que el pueblo obstruyó con peñas y tejas las aberturas en el lecho del río y se opuso con invectivas a que Ci Chan plantase higueras, resultando así que el pueblo sólo supo maldecir a aquellos que no hacían sino ayudar a todo el Imperio y trabajar por el bien de su mismo Estado.

Que ningún monarca, pues, emplee a hombres sabios e inteligentes ni gobierne tratando de contentar al pueblo: no sólo son causas del desequilibrio de las naciones, sino también medidas inservibles para el buen gobierno de los Estados.

[28] Se supone que Yu logró fijar el curso de los ríos, salvando al Imperio de una gran inundación. Ci Chan introdujo numerosas reformas agrícolas que, a pesar de la fuerte oposición popular inicial, beneficiaron al Estado donde era ministro.

CAPÍTULO 54

LOS HOMBRES Y LA LEY

Ningún gran hombre fundaría su gobierno en el principio de satisfacer los deseos de los hombres, pues los hombres sólo buscan su provecho material, sino en la ley, con sus premios y sus castigos. Y gobernaría aplicándoles castigos extremadamente rigurosos, mas no por odio sino por amor, porque es gracias al rigor de los castigos que nadie osaría violar la ley y las naciones y los pueblos vivirían, así, en paz.

Por ello, para que las naciones vivan en paz es fundamental imponer rigurosos castigos, pues si sólo se concediera premios muchos osarían violar la ley. Y dado que lo connatural en el hombre es tender a violar la ley en lugar de tender a observarla, los monarcas, si fueran inteligentes, entregarían siempre y en la cantidad prometida los premios, o el pueblo dejaría de entregarse en el ejército por ganarlos, e infligirían siempre y con el rigor estipulado los castigos, o el pueblo dejaría de observar la ley. Y así, con el pueblo

entregándose al ejército por el bien de la nación, la nación se volvería indesestablilizable, y entregándose a la observancia de la ley quedaría exenta de toda violación, pues ni llegaría a ocurrir.

De ahí que conseguir evitar que se cometan violaciones de la ley y conseguir que todo el pueblo esté dispuesto a luchar por la nación antes de que llegue la batalla sean dos cosas absolutamente fundamentales para que una nación esté gobernada y en orden. Y es que para que una nación esté gobernada y en orden hay que impedir que en ella se infrinja la ley, y para que tenga las victorias militares aseguradas, su pueblo ha de estar dispuesto a luchar por ella. Y gobernando así es como conseguirían los grandes hombres una nación fuerte e invencible.

Para que una nación sea fuerte e invencible, pues, cuatro cosas son necesarias: que el pueblo observe la ley y apoye al ejército con unanimidad total; que el pueblo aprecie lo que es bueno para la nación entera y desprecie lo que sea bueno sólo para algunos; que todo el pueblo sea delator, con lo que nadie osaría violar la ley, y que la ley sea clara e impida todo desorden social. Sólo cuando una nación haya logrado estas cuatro cosas será fuerte, y decaerá si no las logra.

¿Cómo llega una nación, pues, a ser fuerte? Siendo regida con los métodos acertados. Y los monarcas ¿cómo llegan a ser respetados por el pueblo? Teniendo poder. De ahí que los monarcas de ideas claras tendrían ambas cosas, métodos acertados y poder. Pero dichos métodos y dicho poder no están sólo en manos de los monarcas precavidos, sino que hay monarcas imprudentes que también los tienen. Si los tienen, ¿por qué los resultados de las políticas de aquéllos y de éstos son muy diferentes? Porque sus

principios de gobierno son diversos. ¿Cuáles serían los principios de los monarcas inteligentes? Estos: controlar ellos todo el poder, y así el pueblo les respetaría, y seguir solamente la ley, y así habría orden en su nación. De ahí que digamos que quien aplica la ley podría llegar a ser Emperador y que el origen de los castigos sea el amor al pueblo.

Por otra parte, ocurre que lo connatural al hombre es evitar los trabajos y buscar las comodidades. Pero si sólo buscase comodidades, las tierras quedarían baldías; y si las tierras estuvieran baldías, la carestía haría al pueblo difícil de controlar; y si fuera difícil de controlar, se rebelaría produciendo desórdenes sociales. Y sin un sistema legal de premios y castigos aplicable en todo el territorio nacional, ninguna nación podrá ser fuerte, pues para fortalecer a una nación se requiere la colaboración del pueblo (que la ley asegura) además de que los viejos usos sean sustituidos por una ley moderna, único modo de conseguir una sociedad estable y en paz. Para llegar a bien gobernar, pues, no hay más que un camino: el de abandonar la aplicación de normas inmutables y seguir una ley que dé estabilidad a la nación, siendo una ley que da estabilidad aquella que cambia con los tiempos. De esta suerte, para que el gobierno dé buenos resultados ha de emplear medidas amoldadas a cada situación social concreta: mientras que para dominar a un pueblo corriente, por ejemplo, bastaría con deshonrar u honrar verbalmente a sus hombres sin ser necesaria la ley, para dominar un pueblo astuto convendría otorgarle premios e infligirle castigos.

Actualmente, dado que todo ha cambiado, se han de adaptar los métodos de gobierno a los tiempos, o los desórdenes sociales serán inevitables, y se han de reemplazar las antiguas amenazas verbales por leyes

que sometan a los hombres astutos actuales, como los confucianos, o la decadencia de las naciones será inevitable. De ahí que los grandes hombres gobernarían aplicando una ley conforme con los tiempos y modificando la ley según los pueblos fuesen astutos o no.

Es un hecho que las naciones que despliegan al máximo su fuerza en la explotación agrícola llegan a ser ricas y que las que se entregan por completo en la guerra llegan a ser fuertes; de ahí se sigue que llegará a ser cabeza del Imperio la que alcance a desarrollar tanto su fuerza militar como su riqueza agrícola evitando, a la vez, toda obstrucción extranjera. Dicho de otro modo: la primera clave para hacerse con el trono del Imperio está en qué se *despliega* y qué se *obstruye*, en que si se logra obstruir lo que pueda perjudicarla, a todas vencerá.

Hacerse con el trono del Imperio, por tanto, no consiste en esperar que los demás Estados no desestabilicen el nuestro, sino en impedir de antemano que pueda ser desestabilizado. De hecho, mientras que gobernar esperando que los demás Estados no desestabilicen el propio sólo lo debilitaría, gobernar aplicando la ley, e impidiendo así que pudiera ser desestabilizado, lo fortalecería. De ahí que si los mejores monarcas llegaran a gobernar en paz sería por sus esfuerzos expresos en impedir que otros Estados y principados pudieran desestabilizar los suyos.

La segunda clave es el rango. Es común que los hombres aprecien el rango; de tal aprecio se deriva el poder de los monarcas, poder que permite premiar con promociones a quienes trabajan bien por la nación y también eliminar a los que pudieran perjudicarla. Pero no siempre ocurre así. En las naciones donde lo importante es la agricultura y el ejército, es

cierto que se apreciaría y respetaría el rango, de suerte que los monarcas serían respetados y, con tal respeto, podrían hacer de su nación la cabeza del Imperio. Pero en naciones donde lo importante no fuese la agricultura ni el ejército sino los confucianos, el rango sería menospreciado, de suerte que los monarcas serían menospreciados y menoscabados y, en tal menoscabo, sus naciones no podrían sino decaer, nunca llegando a ser poderosas.

De lo dicho se deduce que la manera de hacer poderosa a una nación y mejor usar a un pueblo consistiría en: primero, impedir que otros Estados desestabilizasen al propio; segundo, en excluir de él a todos los confucianos y, tercero, en lograr los objetivos sin ayuda de otras naciones. Y haciendo así, el trono del Imperio sería suyo.